

Laicos hoy

Colección de estudios
Consejo Pontificio para los Laicos

PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS

LA BELLEZA DE SER CRISTIANO

Los movimientos en la Iglesia

Actas del II Congreso mundial de los movimientos eclesiales
y de las nuevas comunidades

Rocca di Papa, 31 de mayo – 2 de junio de 2006

Encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI
Vísperas de la Vigilia de Pentecostés

Plaza de San Pedro, 3 de junio de 2006



LIBRERIA EDITRICE VATICANA
2007

Portada: *Benedicto XVI, plaza de San Pedro, 3 de junio de 2006*
Foto Emanuele Gualtieri

© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana - 00120 Città del Vaticano
Tel. (06) 698.85003 - Fax (06) 698.84716

ISBN 978-88-209-7951-5

www.libreriaeditricevaticana.com

INTRODUCCIÓN

Este volumen recoge las intervenciones y meditaciones pronunciadas en la celebración de las Vísperas de la Vigilia de Pentecostés el 3 de junio de 2006 en la plaza de San Pedro, que fue presidida por el Sumo Pontífice en presencia de los miembros de más de un centenar de movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Asimismo, recoge las Actas del segundo Congreso mundial que fue organizado por iniciativa del Consejo Pontificio para los Laicos, en Rocca di Papa, los días inmediatamente precedentes.

Es muy significativo que la decisión de encontrarse con los movimientos se sitúe entre las primeras opciones operativas de Benedicto XVI, que manifestó este deseo en la primera audiencia que me concedió como presidente del Consejo Pontificio para los Laicos. Era el 14 de mayo de 2005: por una coincidencia realmente singular, ¡Vigilia de Pentecostés! Esta opción del papa Ratzinger representó un importante signo de continuidad con el magisterio de Juan Pablo II, que en las nuevas agregaciones eclesiales veía dones preciosos del Espíritu y un gran signo de esperanza para la humanidad de nuestros tiempos. Una convicción que el Siervo de Dios hizo resonar con palabras vibrantes en aquel memorable 30 de mayo de 1998, cuando al pueblo de los movimientos, que a su invitación, de dar todos juntos un testimonio común, había respondido abarrotando la plaza de San Pedro, decía: «En nuestro mundo, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. [...] ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades ecle-

siales: son la respuesta, suscitada por el Espíritu Santo, a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial». ¹ Ese día marcó una etapa decisiva para la vida y el compromiso misionero de movimientos y comunidades. Y ocho años más tarde, el nuevo Sucesor de Pedro quiso volver a partir justamente de ese momento para reanudar el discurso con ellos, convocándolos en el mismo lugar y en la misma fiesta.

Las relaciones del papa Benedicto XVI con los movimientos – cuya contribución teológica es de fundamental importancia para la definición de su identidad eclesial – se remontan a hace mucho tiempo y tienen una historia de la que él mismo ha hablado en más de una ocasión, indenticando en estas realidades asociativas los frutos de las reiteradas irrupciones del Espíritu que, a través de siglos y milenios, mantienen siempre viva y nueva la estructura de la Iglesia. ² Recientemente decía también a un grupo de obispos: «Después del Concilio, el Espíritu Santo nos ha regalado los “movimientos” [...], lugares de fe en los que los jóvenes y los adultos experimentan un modelo de vida en la fe como oportunidad para la vida de hoy. Por eso os pido que salgáis al encuentro de los movimientos con mucho amor. En ciertos casos hay que corregirlos, insertarlos en el conjunto de la parroquia o de la diócesis, pero debemos respetar sus carismas específicos y alegrarnos de que surjan formas comunitarias de fe en las que la palabra de Dios se convierte en vida». ³

Al pueblo en fiesta que el 3 de junio invadió la plaza de San Pedro

¹ JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la Vigilia de Pentecostés*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

² Cfr. J. RATZINGER, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 25. Cfr. también *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *Nuove irruzioni dello Spirito. I movimenti nella Chiesa*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo 2006, 15.

³ BENEDICTO XVI, *Discurso al segundo grupo de obispos de la Conferencia Episcopal de Alemania en visita “ad limina apostolorum”*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 24 de noviembre de 2006, 4.

y las zonas limítrofes hasta el Castillo de Sant'Angelo para revivir con el Sucesor de Pedro el misterio de Pentecostés, proclamar la alegría de creer en Jesucristo y renovar el compromiso de caminar siguiendo sus pasos, Benedicto XVI habló de vida, de libertad y de unidad: «Pentecostés – dijo a aquella inmensa multitud procedente de cada rincón de la Tierra – es esto: Jesús, y mediante él Dios mismo, viene a nosotros y nos atrae dentro de sí. [...] El Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad. [...] Los movimientos han nacido precisamente de la sed de la vida verdadera [y] quieren y deben ser escuelas de libertad [...], la libertad de los hijos de Dios». Su misma multiplicidad es expresión de la vivificante y siempre asombrosa acción del Espíritu Santo para enriquecer la Iglesia, a cuya estructura pertenecen. Y el Papa añadió: «en él la multiplicidad y la unidad van juntas. Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas». Por lo tanto, su presencia se demuestra también en el ímpetu misionero que lleva a anunciar el Señor en todos los ámbitos de la vida humana sin temores, sin presunción y sin desánimo, actuando siempre «en la unión con los órdenes duraderos – las junturas – de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de San Pedro». Al concluir el encuentro, el Santo Padre quiso confirmar de nuevo la confianza que tiene en los movimientos y las comunidades pidiéndoles que sean «aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Éste es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres».

El encuentro con Benedicto XVI en la plaza de San Pedro fue precedido por el segundo Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades que tuvo lugar en Rocca di Papa del 31 de mayo al 2 de junio de 2006 sobre el tema “La belleza de ser cristiano y la alegría de comunicarlo”. Participaron cerca de 300 delegados de estas realidades asociativas y diferentes personalidades invitadas, entre las cuales cardenales, obispos, religiosos, religiosas y una delegación ecuménica. Inspirándose en una afirmación de Benedicto XVI en la homilía de inicio de su ministerio petrino: «Nada hay más

hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los demás la amistad con él»,⁴ el Congreso quiso invitar a los participantes a reflexionar sobre lo esencial del acontecimiento cristiano: el anuncio convincente de Cristo, «la más hermosa de las personas» (*Sal* 45[44]), al mundo de nuestros días. En efecto, a esto estamos llamados los cristianos: a anunciar que el Evangelio no es una utopía, sino un camino hacia la vida plena; que la fe no es una carga, un yugo que somete al hombre, sino la aventura fascinante que le restituye, con su humanidad, toda la dignidad y la libertad de los hijos de Dios; que Cristo es la única respuesta al deseo de felicidad que llevamos dentro.

En nuestros días la experiencia de la belleza de ser cristiano encuentra un terreno realmente fértil en los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. En efecto, los carismas de los que nacen han engendrado itinerarios educativos que siguen formando a una multitud de testigos de la belleza de Cristo, cristianos para los que la fe se ha convertido en una opción radical de vida que les lleva a ser fieles discípulos del Señor, capaces de dar razón de la esperanza que han encontrado y de anunciar con alegría al Dios vivo a todos los hombres. En nuestro tiempo, en el que parece que la capacidad misma del hombre de percibir lo divino se haya agotado, estos dan testimonio del “gusto de Dios”, de la centralidad de Dios que es la única que llena de sentido una existencia que de lo contrario estaría destinada a reducirse a los límites estrechos de lo factible y de lo comprensible, la conciencia de que Dios nos mira... Dice el Papa: «Se podrían enumerar muchos problemas que existen en la actualidad y que es preciso resolver, pero todos ellos sólo se pueden resolver si se pone a Dios en el centro, si Dios resulta de nuevo visible en el mundo, si llega a ser decisivo en nuestra vida y si entra también en el mundo de un modo decisivo a través de nosotros. [...] El destino del mundo en esta situación dramá-

⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la solemne celebración eucarística para la asunción del ministerio petrino*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 29 de abril de 2005, 7.

tica depende de esto: de si Dios, el Dios de Jesucristo, está presente y si es reconocido como tal, o si desaparece».⁵ Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades encuentran su razón de ser en la misión de manifestar la presencia y la acción del Señor ante los ojos de nuestra generación. Y de este modo, en un mundo gris insidiado por la mediocridad, se convierten en luces de esperanza, en lugares de resplandor irresistible de la Belleza que salva el mundo (F. Dostoyevski) porque, como escribió el Santo Padre en el mensaje autógrafo enviado al Congreso, «no hay belleza que valga si no hay una verdad que reconocer y seguir».

Esperamos que con la publicación del presente volumen la memoria de estos dos grandes acontecimientos sea un estímulo para los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades que participaron en ellos y dé fruto en la existencia de todos los que hojeando esta páginas podrán ver – para usar palabras del Papa – como el Señor embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos.

✠ STANISŁAW RYŁKO

Presidente

del Consejo Pontificio para los Laicos

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la Santa Misa con los obispos de Suiza*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 17 de noviembre de 2006, 6.

PARTE I

II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades

Rocca di Papa, 31 de mayo - 2 de junio de 2006

I.1. Mensajes

Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

A la espera del encuentro, previsto para el sábado 3 de junio en la plaza de San Pedro, con los miembros de más de cien movimientos eclesiales y nuevas comunidades, me alegra saludaros cordialmente a vosotros, representantes de todas estas realidades eclesiales, reunidos en Rocca di Papa en un Congreso mundial, con las palabras del Apóstol: “El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (*Rm* 15, 13).

Sigue vivo en mi memoria y en mi corazón el recuerdo del anterior Congreso mundial de los movimientos eclesiales, celebrado en Roma del 26 al 29 de mayo de 1998, al que fui invitado a dar mi contribución, entonces en calidad de prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con una conferencia sobre la situación teológica de los movimientos. Ese congreso culminó en el memorable encuentro con el amado Papa Juan Pablo II, el 30 de mayo de 1998 en la plaza de San Pedro, durante el cual mi predecesor confirmó su aprecio por los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, que definió “signos de esperanza” para el bien de la Iglesia y de los hombres.

Hoy, consciente del camino recorrido desde entonces a través de la senda trazada por la solicitud pastoral, por el afecto y por las enseñanzas de Juan Pablo II, quisiera congratularme con el Consejo Pontificio para los Laicos, en las personas de su presidente Mons. Stanisław Ryłko, del secretario Mons. Josef Clemens y de sus colaboradores, por la importante y válida iniciativa de este Congreso mundial, cuyo tema –“La belleza de ser cristiano y la alegría de comunicarlo”– se inspira en una afirmación que hice en la homilía de inicio de mi ministerio petrino.

Es un tema que invita a reflexionar sobre una característica esencial del acontecimiento cristiano, pues en él nos sale al encuentro Aquel que en carne y sangre, de forma visible e histórica, trajo a la tie-

rra el esplendor de la gloria de Dios. A Él se aplican las palabras del Salmo 45: “Eres el más bello de los hombres”. Y a Él, paradójicamente, hacen referencia también las palabras del profeta: “No hay en él parecer, no hay hermosura para que le miremos, ni apariencia para que en él nos complazcamos” (Is 53, 2).

En Cristo encontramos la belleza de la verdad y la belleza del amor; pero, como sabemos, el amor implica también la disponibilidad a sufrir, una disponibilidad que puede llegar incluso a la entrega de la vida por aquellos a quienes se ama (cf. *Jn* 15, 13).

Cristo, que es “la belleza de toda belleza”, como solía decir San Buenaventura (Sermones dominicales 1, 7), se hace presente en el corazón del hombre y lo atrae hacia su vocación, que es el amor. Gracias a esta extraordinaria fuerza de atracción, la razón sale de su entorpecimiento y se abre al misterio. Así se revela la belleza suprema del amor misericordioso de Dios y, al mismo tiempo, la belleza del hombre que, creado a imagen de Dios, renace por la gracia y está destinado a la gloria eterna.

A lo largo de los siglos, el cristianismo se ha comunicado y se ha difundido gracias a la novedad de vida de personas y comunidades capaces de dar un testimonio eficaz de amor, de unidad y de alegría. Precisamente esta fuerza ha puesto en “movimiento” a tantas personas generación tras generación. ¿Acaso no ha sido la belleza que la fe ha engendrado en el rostro de los santos la que ha impulsado a tantos hombres y mujeres a seguir sus huellas?

En el fondo, esto vale también para vosotros: a través de los fundadores y los iniciadores de vuestros movimientos y comunidades habéis vislumbrado con singular luminosidad el rostro de Cristo y os habéis puesto en camino. También hoy Cristo sigue haciendo resonar en el corazón de muchos la invitación: “Ven y sígueme”, que puede decidir su destino. Eso se produce normalmente a través del testimonio de quienes han experimentado personalmente la presencia de Cristo. En el rostro y en la palabra de estas “nuevas criaturas” resulta visible su luz y audible su invitación.

Así pues, a vosotros, queridos amigos de los movimientos, os digo:

haced que sean siempre escuelas de comunión, compañías en camino, en las que se aprenda a vivir en la verdad y en el amor que Cristo nos reveló y comunicó por medio del testimonio de los apóstoles, dentro de la gran familia de sus discípulos. Que resuene siempre en vuestro corazón la exhortación de Jesús: “Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

Llevad la luz de Cristo a todos los ambientes sociales y culturales en los que vivís. El impulso misionero es una confirmación del radicalismo de una experiencia de fidelidad, siempre renovada, al propio carisma, que lleva a superar cualquier encerramiento, cansado y egoísta, en sí mismos.

Iluminad la oscuridad de un mundo trastornado por los mensajes contradictorios de las ideologías.

No hay belleza que valga si no hay una verdad que reconocer y seguir, si el amor se reduce a un sentimiento pasajero, si la felicidad se convierte en un espejismo inalcanzable, si la libertad degenera en instintividad. ¡Cuánto daño puede producir en la vida del hombre y de las naciones el afán de poder, de posesión, de placer!

Llevad a este mundo turbado el testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado (cf. Ga 5, 1). La extraordinaria fusión entre amor de Dios y amor al prójimo embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos. Donde la caridad se manifiesta como pasión por la vida y por el destino de los demás, irradiándose en los afectos y en el trabajo, y convirtiéndose en fuerza de construcción de un orden social más justo, allí se construye la civilización capaz de frenar el avance de la barbarie. Sed constructores de un mundo mejor según el *ordo amoris* en el que se manifiesta la belleza de la vida humana.

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son hoy signo luminoso de la belleza de Cristo y de la Iglesia, su Esposa. Vosotros pertenecéis a la estructura viva de la Iglesia. La Iglesia os agradece vuestro compromiso misionero, la acción formativa que realizáis de modo creciente en las familias cristianas, la promoción de las vocacio-

nes al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada que lleváis a cabo en vuestro interior. También os agradece la disponibilidad que mostráis para acoger las indicaciones operativas no sólo del Sucesor de Pedro, sino también de los obispos de las diversas Iglesias locales, que son, juntamente con el Papa, custodios de la verdad y de la caridad en la unidad.

Confío en vuestra obediencia pronta. Más allá de la afirmación del derecho a la propia existencia, siempre debe prevalecer, con indiscutible prioridad, la edificación del Cuerpo de Cristo entre los hombres. Los movimientos deben afrontar cualquier problema con sentimientos de profunda comunión, con espíritu de adhesión a los legítimos pastores.

Que os sostenga la participación en la oración de la Iglesia, cuya liturgia es la expresión más elevada de la belleza de la gloria de Dios, y constituya de algún modo un asomarse del cielo en la tierra.

Os encomiendo a la intercesión de María, a la que invocamos como la *Tota pulchra*, la “Toda hermosa”, un ideal de belleza que los artistas siempre han tratado de reproducir en sus obras, la “Mujer vestida del sol” (Ap 12, 1), en la que la belleza humana se encuentra con la belleza de Dios.

Con estos sentimientos, envío a todos, como prenda de constante afecto, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 22 de mayo de 2006

A handwritten signature in black ink, reading "Benedictus XVI". The signature is written in a cursive, slightly stylized script. The first letter 'B' is large and prominent, with a long vertical stroke extending upwards. The rest of the name follows in a fluid, connected hand.

Carta del Congreso al Santo Padre

Santidad:

Representando a más de cien movimientos eclesiales y nuevas comunidades hemos participado en el II Congreso mundial en Rocca di Papa del 31 de mayo al 2 de junio, en preparación de la gran Vigilia de Pentecostés. Le damos las gracias por el mensaje que nos ha enviado, signo de una paternidad que confirma la fe y sostiene la esperanza de quienes nos hemos sentido atraídos por la belleza de Cristo a través del encuentro con un carisma, que ha hecho más persuasiva la propuesta cristiana como respuesta fascinante al corazón de cada uno de nosotros.

En estos días nos hemos planteado qué significa dar razón de la belleza de Cristo y del hecho de ser cristianos en un mundo caracterizado por el nihilismo, por distintas formas de pobreza y de violencia, y por la reducción de la fe a una vaga religiosidad que aleja de la realidad.

En repetidas ocasiones, en las conferencias y en los diálogos, han resonado las primeras palabras de Vuestra encíclica: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».¹

Sentimos el vínculo directo con Vuestra Santidad como el fundamento de la libertad de profundizar el carisma que hace que Cristo sea contemporáneo a nuestra vida y, al mismo tiempo, como una posibilidad de ser solicitados con autoridad a usarlo para la edificación del Cuerpo de Cristo.

El hecho de que Vuestra Santidad reconozca que pertenecemos a la «estructura viva de la Iglesia» es una renovada responsabilidad a manifestar la caridad de Cristo como «pasión por la vida y por el des-

¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

tino de los demás [...], en los afectos y en el trabajo», que llegue a convertirse en «fuerza de construcción de un orden social más justo».²

Bien conscientes del desafío que el relativismo implica dentro de la fragilidad de nuestra existencia, en la aventura del camino cotidiano nos sentimos confortados por la continua verificación de la verdad de lo que Vuestra Santidad nos confió al principio de su pontificado: Cristo «no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida».³

Por eso confiamos de nuevo nuestra vida y la de los amigos de todos nuestros movimientos y de nuestras comunidades en sus manos de padre, para que nuestra fe, que se apoya sobre la roca de Pedro, pueda florecer como testimonio de esperanza y obra de caridad para nuestros hermanos.

Rocca di Papa, 2 de junio de 2006

² ID., *Mensaje a los participantes en el II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 2 de junio de 2006, 7.

³ ID., *Homilía durante la solemne celebración eucarística para la asunción del ministerio petrino*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 29 de abril de 2005, 7.

I.2. Conferencias

**La belleza de Cristo
y la misión de la Iglesia**

Nuevos frutos de madurez eclesial

Mons. STANISŁAW RYŁKO*

Con el corazón lleno de gratitud por la comunión que hemos vivido en torno al altar del Señor, os doy una calurosa bienvenida al II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos, Dicasterio que tengo el honor de presidir. Vosotros representáis aquí al gran pueblo de los movimientos que con generosidad, alegría y pasión sirve la misión de la Iglesia en todos los continentes. Provenís de un centenar de movimientos eclesiales y nuevas comunidades (un número que casi dobla al de la primera edición del Congreso), que son una expresión concreta de la extraordinaria riqueza “carismática” de la Iglesia de nuestros tiempos y un fuerte mensaje de esperanza. Saludo con gratitud a nuestros huéspedes, que con su presencia enaltecen este Congreso: los Eminentísimos Señores Cardenales, los Excelentísimos Señores Obispos, los sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos. Saludo cordialmente a los representantes de los Dicasterios de la Curia Romana. Saludo a los delegados hermanos de otras Iglesias y Comuniones cristianas, cuya presencia nos es especialmente grata. Respiramos ya el clima de Pentecostés, y cuando el Espíritu sopla, crece y se refuerza en nosotros el deseo de unidad. Saludo también a todos aquellos que han asumido la tarea de preparar las conferencias o las mesas redondas, os lo agradezco de corazón desde ahora. A todos, os digo con las palabras de Pablo: «A vosotros gracia y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo» (2 Cor 1, 2).

Empezamos los trabajos de este Congreso en profunda comunión con el Sucesor de Pedro, el papa Benedicto XVI, a quien expresamos nuestro afecto filial y nuestro vivo agradecimiento por el mensaje tan

* Arzobispo titular de Novica, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos.

denso de contenido con el que ha querido estar presente entre nosotros, dando una firme orientación a nuestra reflexión. Un gesto, que es un signo más de su atención paternal hacia estas nuevas realidades asociativas en las que reconoce «una presencia nueva y muy fuerte de la fe»,¹ fruto de «irrupciones siempre nuevas del Espíritu Santo»² para responder a los desafíos que el mundo lanza a la misión de la Iglesia. La persona del Sucesor de Pedro hace un llamamiento ya desde el principio de este Congreso a la necesidad de abrirnos al horizonte de la Iglesia universal y de hacer nuestros, no sólo de sus alegrías y sus esperanzas, sino también de los difíciles problemas que la afligen. Durante estas jornadas, por lo tanto, nuestro *sentire cum Ecclesia* deberá ser especialmente intenso y encontrar expresiones concretas.

Con la estupenda manifestación de la multiforme variedad de dones del Espíritu Santo a la Iglesia actual, en estas jornadas experimentaremos nuevamente su profunda unidad en la comunión eclesial, esa misteriosa dinámica de la que San Pablo escribe: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios, que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12, 4-7). En esta “escuela” de comunión proyectada hacia la misión, daremos gracias al Señor por los frutos de santidad y por el dinamismo evangelizador que estos carismas – manifestación de una primavera de la fe – generan en la vida de los bautizados y de las comunidades cristianas en todo el mundo. Sobre todo – y esto sintetiza la razón última de este segundo Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades – nos dispondremos a escuchar lo que el Señor nos pide aquí y ahora (cfr. Ap 2, 7). Ante la inminencia de la solemnidad de Pentecostés nuestra memoria va hasta aquel Cenáculo donde hace dos mil años los

¹ J. RATZINGER, *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia Católica ante el nuevo milenio*, Palabra, Madrid 1997, 19.

² ID., *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 15.

apóstoles estaban reunidos en oración junto con María. Que nuestro Congreso sea como el Cenáculo desde el que se eleve nuestra oración a Dios para que descienda el Espíritu y renueve la faz de la Tierra.

Para comprender el significado pleno de este Congreso hay que volver atrás con la memoria a su primera edición, realizada en mayo de 1998. Se trató de un acontecimiento que marcó profundamente la vida de los movimientos: ofreció sólidos fundamentos teológicos a su identidad eclesial y abrió horizontes nuevos y fascinantes a la misión de estos en la Iglesia. Vale la pena releer algunos de los fragmentos más significativos del mensaje que el siervo de Dios Juan Pablo II envió a los participantes en aquella ocasión. Escribía: «[Los movimientos] representan uno de los frutos más significativos de aquella primavera de la Iglesia ya pre-anunciada en el Concilio Vaticano II, pero desgraciadamente no pocas veces obstaculizado por el difuso proceso de secularización. Su presencia es alentadora porque muestra que esta primavera avanza, manifestando la frescura de la experiencia cristiana fundada en el encuentro personal con Cristo». Y más aún: «Vuestra misma existencia es un himno a la unidad en la pluriformidad querida por el Espíritu y es testimonio de esta. Efectivamente, en el misterio de comunión del Cuerpo de Cristo, la unidad no es nunca una homogeneidad monótona o una negación de la diversidad, como tampoco la pluriformidad puede convertirse en particularismo o dispersión. Se entiende así porque cada una de vuestras realidades merece ser valorada por la peculiar contribución que ofrece a la vida de la Iglesia». Finalmente, la frase que toca el punto esencial de la identidad eclesial de los movimientos: «En varias ocasiones he subrayado que no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo».³ Palabras entusias-

³ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, "L'Osservatore Romano", edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 5.

mantes y comprometedoras que, a través de los años, han mantenido intacta la fuerza de inspirar y orientar la vida de los movimientos y las comunidades.

En aquel primer Congreso, otra voz dejó una huella indeleble en la vida de estas nuevas realidades y fue la voz del entonces cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger. Benedicto XVI, desde hace muchos años, sigue con pasión de teólogo y de pastor a los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, para los que ha sido siempre un interlocutor atento y con los que ha instaurado en el tiempo una relación de verdadera amistad. El cardenal Ratzinger inauguró los trabajos del Congreso con una conferencia sobre la colocación teológica de los movimientos, una ponencia de extraordinario espesor teológico y de gran valor pastoral que los participantes acogieron con calurosas expresiones de agradecimiento, ya que en sus palabras magistrales vieron reflejada y confirmada su experiencia de fe y su identidad eclesial más profunda. En los años difíciles del post-Concilio – decía el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe – cuando muchos hablaban de “invierno” en la Iglesia: «de pronto, algo que nadie había planeado. He aquí que el Espíritu Santo [...] había pedido de nuevo la palabra. Y la fe renacía en hombres y mujeres jóvenes, sin “peros”, sin subterfugios ni escapatorias, una fe vivida en su integridad como don, como un regalo precioso que da vida».⁴ Según el cardenal Ratzinger, para plantear correctamente el discurso teológico sobre los movimientos eclesiales no basta la dialéctica de los principios: institución y carisma, cristología y pneumatología, jerarquía y profecía, porque la Iglesia no se edifica de manera dialéctica, sino de manera orgánica. El camino que hay que seguir es el de la aproximación histórica, remóntandose a la apostolicidad. La misión constituye la base teológica de los movimientos en la Iglesia. Una misión que trasciende los límites de las iglesias locales para llegar a “todos los confines de la tierra” y que constituye el vínculo que los une al ministerio del Sucesor de Pedro. El cardenal Ratzinger afirmaba: «El

⁴ J. RATZINGER, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, cit., 24.

papado no ha creado los movimientos, pero ha sido su sostén esencial [...], su pilar eclesial. [...] El Papa necesita de estos servicios, y estos le necesitan, y en la reciprocidad de los dos tipos de misión se cumple la sinfonía de la vida eclesial».⁵ El fenómeno de los movimientos es una constante en la historia de la Iglesia. Con su interesante análisis del tema demostró como estos dan forma a las oportunas intervenciones del Espíritu Santo en «respuesta [...] a las nuevas situaciones con las que se va encontrando la Iglesia».⁶ La apasionante conferencia concluía con algunas consideraciones de carácter pastoral, criterios prácticos de discernimiento para poner en guardia, por un lado a estas nuevas realidades contra los riesgos que derivan de una condición en algunos aspectos todavía “adolescencial”, como formas a veces excesivamente exuberantes, unilateralidades de diversa índole o absolutizaciones erróneas; y, por otro lado, a los Pastores que invitaba a «no [...] ceder a ninguna pretensión de uniformidad absoluta en la organización y en los programas pastorales [porque] – decía – es mejor menos organización y más Espíritu Santo».⁷ A ambas partes, por lo tanto, dirigía una llamada apremiante a dejarse educar y purificar por el Espíritu.⁸ Al releerlas hoy, estas palabras están cargadas de toda la autoridad de Pedro. Benedicto XVI, elegido Papa, sigue mirando con gran atención a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades, sobre los cuales afirmaba en agosto del año pasado en Colonia: «La Iglesia ha de valorizar estas realidades y, al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad [...]. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia».⁹ La herencia doctrinal y pastoral que nos viene del primer Congreso mundial de los movimientos ecle-

⁵ *Ibid.*, 39 y 46.

⁶ *Ibid.*, 46.

⁷ *Ibid.*, 50.

⁸ Cfr. *Ibid.*, 49.

⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los prelados de la Conferencia Episcopal Alemana*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 26 de agosto de 2005, 16.

siales y de las nuevas comunidades – en el que resonaron las voces de dos Papas – es un verdadero tesoro que puede ser muy enriquecedor para nuestros trabajos.

A los movimientos eclesiales reunidos en la plaza de San Pedro el 30 de mayo de 1998, Juan Pablo II asignó una misión exigente: buscar la madurez eclesial. «Hoy – decía – ante vosotros se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de vosotros frutos “maduros” de comunión y de compromiso».¹⁰ Por lo tanto, es oportuno hacer un balance del camino recorrido en los ocho años transcurridos desde entonces. Una valoración que, durante el Congreso, constituirá el *Leitmotiv* de los grupos de trabajo.

La brújula segura para encaminarse hacia la meta sigue siendo para los movimientos y las nuevas comunidades el Magisterio del Concilio Vaticano II. El 8 de diciembre del año pasado, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, celebramos el 40° aniversario de la clausura de aquella asamblea providencial, que fue para la Iglesia un nuevo Pentecostés. Este Congreso es ahora la ocasión propicia para elevar juntos a Dios nuestra acción de gracias por el don del Concilio, del que justamente los movimientos y las nuevas comunidades constituyen uno de los frutos más preciosos; por la teología del laicado desarrollada por el Vaticano II; por la renovada valorización del bautismo y del sacerdocio común de los fieles derivado de este; por su eclesiología pneumatológica que resalta la importancia de los carismas en la vida de la Iglesia y en la de los cristianos; por la llamada a la vocación universal a la santidad en la Iglesia; por haber hecho accesible a todos el misterio fascinante de la Iglesia como comunión misionera¹¹. De todo esto, el pueblo de Dios es deudor del Concilio. Y el único modo de saldar esta

¹⁰ JUAN PABLO II, *Discurso en el encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la Vigilia de Pentecostés*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

¹¹ Cfr. A. CATTANEO, *Unità e varietà nella comunione della Chiesa locale*, Marcianum Press, Venezia 2006, 215-219.

deuda es a través del compromiso por asimilar profundamente el Magisterio, una tarea que se vuelve a proponer a cada nueva generación de católicos.

El primer signo elocuente de madurez eclesial de los movimientos es, como decía Juan Pablo II, el sentido de la comunión. Una comunión cada vez más sólida con el Papa y con los pastores, en el ámbito de la cual puedan compartir sus riquezas carismáticas¹² y una comunión fraterna entre las diversas realidades asociativas llamadas a abrirse a un conocimiento recíproco cada vez más profundo y a colaborar en proyectos comunes. En este sentido, es confortante constatar que se está viviendo un momento prometedor. Esto vale también con respecto a la acogida paternal y cordial que los pastores en número creciente van otorgando a los movimientos en sus propias Iglesias particulares, viendo en ellos un don del Espíritu y ya no una intromisión fastidiosa, como ha sucedido a veces. Estoy seguro de que el Congreso contribuirá a reforzar estas tendencias, ofreciendo la ruta para evitar el riesgo de colisiones que perjudiquen la causa del Evangelio.

El segundo índice de madurez eclesial en los movimientos y nuevas comunidades es el compromiso misionero. Efectivamente, los movimientos brindan un gran servicio a la misión evangelizadora de la Iglesia. La fuerza que tienen para despertar en las personas entusiasmo y valentía misionera es sorprendente. Como es sorprendente también su “fantasía misionera”, la capacidad de encontrar siempre nuevos caminos para hacer llegar el anuncio de Cristo al corazón de los hombres de nuestro tiempo. Los carismas de los que han nacido estas realidades generan itinerarios pedagógicos de iniciación cristiana con una extraordinaria fuerza persuasiva y propuestas de educación cristiana que llevan a vivir la fe con radicalidad evangélica y a vivir un compromiso misionero alimentado por una sólida y profunda espiritualidad. Es una

¹² Cfr. JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Seminario “Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos”*, en: *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000, 17.

dimensión que debemos cultivar para que la tentación de un activismo superficial no contamine la obra de la evangelización, por lo que nuestro Congreso le prestará toda la atención que merece.

Otro aspecto sobre el cual vale la pena detenerse al delinear los rasgos constitutivos de verdadera madurez de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades es el significado correcto que hemos de dar a este término. La madurez – que es la meta hacia la cual caminar constantemente – si bien tiene relación con el pasar del tiempo, no tiene nada que ver con la mediocridad de un espíritu envejecido, incapaz de apasionarse. Al contrario, la madurez representa el desarrollo pleno de la alegría del corazón, del entusiasmo, del ímpetu, de la valentía, de la capacidad de apostar todo por el Evangelio... Esta juventud del espíritu – don que a los movimientos y a las nuevas comunidades les viene de lo Alto – es fruto de su fidelidad cotidiana, tanto en el ámbito individual como en el comunitario, al carisma que los ha originado. Y es una llamada a una constante *metánoia*, a la conversión del corazón. La fidelidad al carisma hay que salvaguardarla ante todo en la fase de cambio generacional, situación que afecta actualmente a no pocos movimientos incluso a nivel de responsables. Llega una nueva generación de cristianos que ha vivido experiencias existenciales, culturales y eclesiales distintas de la precedente. ¿Cómo transmitirles el carisma del movimiento con toda su frescura y fuerza espiritual? ¿Cómo superar el cansancio y la rutina? En el Apocalipsis, San Juan da una indicación preciosa, cuando al ángel de la Iglesia de Éfeso escribe: «Conozco tu conducta: tus fatigas y tu paciencia [...] Tienes paciencia, y has sufrido por mi nombre sin desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido tu amor de antes. Date cuenta, pues, de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a tu conducta primera» (Ap. 2, 3-4). El amor de antes. Para los movimientos y las nuevas comunidades, madurez eclesial significa también no dejar que se debilite el amor inicial, la pasión originaria al propio carisma a pesar del cansancio, de las dificultades y de las pruebas inevitables que la vida siempre nos depara.

Pasemos ahora al tema de nuestro Congreso: “La belleza de ser cristiano y la alegría de comunicarlo”, inspirado en las palabras pro-

nunciadas por Benedicto XVI el día del inicio de su ministerio petri-
no. El Papa afirmaba: «Nada hay más hermoso que haber sido alcanza-
dos, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que co-
nocerle y comunicar a los otros la amistad con él». ¹³ Estas palabras, que
resaltan la centralidad de la persona de Cristo en la vida cristiana, desve-
lan al mismo tiempo el secreto más profundo de su poderosa fuerza de
atracción para el corazón humano: la belleza. Actualmente, la belleza es
un tema candente. El mundo que nos rodea es un mundo dominado por
el culto a la fealdad, un mundo sometido a la fuerza agresiva de falsas
bellezas que engañan a muchos, convirtiéndolos en esclavos y prisione-
ros de la mentira. En nuestra época, Hans Urs von Balthasar, con su
grandiosa obra “estética teológica”, ha favorecido en el pensamiento
cristiano el redescubrimiento de lo bello como categoría fundamental
para la vida de los bautizados. El teólogo suizo escribe: «En un mundo
sin belleza – aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la
pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado –,
en un mundo que quizá no está privado de ella pero que ya no es capaz
de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atrac-
tiva, la evidencia de su deber-ser-realizado [...]. En un mundo que ya
no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demos-
trativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclu-
sión lógica [...] El proceso que lleva a concluir es un mecanismo que a
nadie interesa, y la conclusión misma ni siquiera concluye nada». ¹⁴ El
tema de la belleza, por lo tanto, es una cuestión seria; la belleza no se re-
fiere únicamente al aspecto exterior ni se puede reducir a este.

La dimensión de la belleza es fundamental para nuestra identidad
cristiana, como bien sabe quien en la propia vida ha encontrado a
Cristo. Según el mismo Von Balthasar, en la experiencia del encuentro

¹³ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la solemne celebración eucarística para la asunción del ministerio petriño*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 29 de abril de 2005, 7.

¹⁴ H.U. VON BALTHASAR, *Gloria*, vol. I: *La percepción de la forma*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, 23.

con el misterio de Cristo el “ser arrebatados” por su belleza marca el inicio del seguimiento del Maestro: «El ser-arrebatado es el origen del cristianismo. Los apóstoles son arrebatados por aquello que ven, oyen y palpan, por aquello que se revela en la forma; Juan (sobre todo, pero también los demás) describe continuamente cómo en el encuentro, en el diálogo, se destaca la forma de Jesús y se dibujan sus contornos de manera inconfundible, y cómo de repente de un mundo indescriptible, surge el rayo de lo incondicionado y derriba al hombre, haciéndole caer postrado en adoración, transformándolo en un creyente y seguidor de Cristo».¹⁵ Y aquí nos vienen en mente las palabras del profeta Jeremías: «Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido» (*Jer* 20, 7). Las jornadas que nos esperan son, pues, una llamada a compararnos con la belleza de Cristo, personalmente y como movimiento. Somos llamados a poner a Cristo en el centro de nuestras reflexiones y a no usarle como un pretexto para hablar de otras cosas. Somos llamados a reavivar dentro de nosotros el estupor, aquel movimiento del alma que nos permite reconocer su misterio. Pero, ¿en qué consiste esta singular belleza que ha atraído a lo largo de la historia a una muchedumbre de personas, transformando radicalmente su existencia? El cardenal Ratzinger lo ilustra magistralmente, confrontando dos textos bíblicos que se refieren a la persona de Jesús: el Salmo 45 (44) – «Eres la más hermosa de las personas, la gracia se derrama por tus labios» – y la profecía de Isaías: «No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (*Is* 53, 2). Joseph Ratzinger encuentra la causa de esta paradoja en el corazón del misterio pascual donde «la experiencia de la belleza ha recibido una nueva profundidad, un nuevo realismo. Quien es la Belleza misma se ha dejado golpear en el rostro, escupir encima, coronar de espinas [...] Pero es en este rostro desfigurado donde precisamente aparece la auténtica, la extrema belleza: la belleza del amor que llega “hasta el fin”».¹⁶ Y por esto añade: «ser afectados y conquistados a

¹⁵ *Ibid.*, 34.

¹⁶ J. RATZINGER, *La Belleza. La Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 21.

través de la belleza de Cristo produce un conocimiento más real y más profundo que la mera deducción racional». ¹⁷ En relación a esto también vale la pena recordar las palabras que el joven Karol Wojtyła puso en labios del hermano Alberto – pintor que se hizo fraile para servir a los pobres – el cual frente a la imagen del *Ecce Homo*, reza así: «Pero eres terriblemente distinto de Aquel que eres. Te has fatigado mucho por cada uno de ellos. Te has cansado mortalmente. Esto se llama misericordia. Sin embargo, has permanecido hermoso. La más hermosa de las personas. Una belleza semejante no se ha repetido jamás. Oh, qué difícil es esta belleza, qué difícil. Esta belleza se llama misericordia». ¹⁸

¿Cómo transmitir esta belleza al mundo de hoy? Este es el desafío que debemos aceptar. Escribía Juan Pablo II: «Los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”». ¹⁹ Los cristianos tenemos la enorme responsabilidad de no deformar, ni falsificar, ni ofuscar, ni esconder, sino al contrario, hacer brillar con nuestra vida la belleza de Cristo, la belleza de la fe, la belleza de la Iglesia, la belleza de nuestras comunidades cristianas, la belleza de nuestras familias cristianas... Cuando preguntaron al Papa Benedicto XVI qué era lo más importante que hubiera querido transmitir a los jóvenes reunidos en Colonia para la vigésima Jornada Mundial de la Juventud, respondió sin titubeos: «¡Querría mostrarles lo hermoso que es ser cristianos!», ²⁰ una frase que se ha convertido casi en un lema de su pontificado. Y el camino de esta belleza, como él mismo ha explicado en la *Deus caritas est*, su primera carta encíclica, es el camino del amor que se convierte en don incondicional de sí mismo al otro.

La experiencia de la belleza de ser cristiano ha encontrado y encuentra en nuestros días un terreno particularmente fértil en los movi-

¹⁷ *Ibid.*, 17.

¹⁸ K. WOJTYŁA, *Fratello del nostro Dio*, en: *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milán 2001, 688 (Tdt).

¹⁹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 16.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Entrevista en Radio Vaticana*, 16 de agosto de 2005.

mientos eclesiales y en las nuevas comunidades. Ciertamente no por mérito humano, pero sí gracias a los dones de gracia que son sus carismas, estos hacen germinar verdaderas flores de belleza en la vida de los hombres y mujeres cristianos, que con su testimonio representan una provocación a la indiferencia, la opacidad y la mediocridad de la existencia de muchos, encendiendo en ellos el deseo de algo diferente, de algo más bello, más auténtico. Esta es la vocación de los movimientos y de las comunidades: ser signo de contradicción, sal de la tierra, luz del mundo (cfr. *Mt* 5, 13-16), anunciando a los hombres de nuestro tiempo que el Evangelio no es una utopía, sino un camino hacia la vida plena, y que ser cristianos es hermoso, una aventura fascinante que da alegría y felicidad. El mismo discurso sobre la madurez eclesial de los movimientos encuentra aquí su clave de lectura por excelencia. El paradigma de nuestro ser cristiano y el modelo con el cual debemos compararnos continuamente es nada menos que la persona de Cristo, “la más hermosa de las personas”. Haciendo hablar a Cristo, Pascal escribe palabras densas de misticismo: «No te compares a los otros», dicta el Padre. Si no me hallas en aquel al cual te comparas, a un abominable te estás comparando. Si en él me hallas, compárate entonces; mas ¿qué compararás con él? ¿Tú o yo en ti? Si tú, será abominable; si yo, a mí te comparas. Y yo soy Dios en todo».²¹

Nuestro Congreso, como sabéis, culminará con el encuentro de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades con el papa Benedicto XVI en la plaza San Pedro el 3 de junio próximo, en el marco de la celebración de las Vísperas de la solemnidad de Pentecostés. El Papa ha querido dar un importante signo de continuidad, convocando a los movimientos y a las comunidades en las mismas circunstancias del inolvidable encuentro que tuvo con ellos Juan Pablo II, el 30 de mayo de 1998. El Santo Padre manifestó este deseo durante la primera audiencia oficial que me concedió como presidente del Consejo Pontificio para los Laicos. Era el 14 de mayo de 2005. Por una coincidencia

²¹ B. PASCAL, *Pensamientos*, Espasa Calpe, Madrid 1995, n. 88.

verdaderamente sorprendente, ¡era el día de la Vigilia de Pentecostés! La invitación del Papa fue acogida con gran alegría, entusiasmo y agradecimiento por todos los movimientos, que se unieron con ímpetu y generosidad a las actividades de preparación del acontecimiento, que este Dicasterio puso en marcha inmediatamente. Una de las etapas significativas de esta preparación fue el primer Congreso de los movimientos y de las nuevas comunidades en América Latina, organizado por el Consejo Pontificio para los Laicos en colaboración con el CELAM, realizado en Bogotá, Colombia, del 9 al 12 de junio de este año con el tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo hoy”. Fue un acontecimiento eclesial realmente importante, especialmente en vistas a la V Conferencia del episcopado latino-americano previsto para el próximo año.

Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades esperan con gran alegría el encuentro con el Sucesor de Pedro, que para ellos es un punto de referencia en cierto sentido constitutivo desde el punto de vista eclesial. Estamos seguros de que este encuentro marcará una importante piedra miliar en la vida de los movimientos y en la vida de la Iglesia de nuestros tiempos.

Para concluir, manifiesto la alegría del Consejo Pontificio para los Laicos, que en ocasiones como esta, realiza concretamente la misión que le ha sido confiada por el Papa de ser “casa común” para todos los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, así como expresión de su paternidad con ellos.

Cristo, la más hermosa de las personas

Card. CHRISTOPH SCHÖNBORN, O.P.*

Deseo comenzar nuestra meditación con la mirada puesta en la fiesta de la Ascensión que celebramos hace seis días. A los «hombres de Galilea» que no conseguían apartar su mirada de la nube que ocultaba Jesús a sus ojos, los ángeles dicen: «Este Jesús, que de entre vosotros ha sido llevado al cielo, volverá así tal como le habéis visto marchar al cielo» (*Hcb* 1, 11).

Hace más de treinta años – ¡qué deprisa pasa el tiempo y qué breve es la vida! –, en mi libro *El icono de Cristo*, con relación a este anuncio de los ángeles, hacía notar que la promesa que Él iba a volver «del mismo modo» como le habían visto marcharse confía a la Iglesia la tarea de mantener despierta la memoria de su rostro, del rostro de Aquel que, desde entonces, intercede por nosotros al Padre, suyo y nuestro, y la empuja a profesar la propia fe en la última venida del Señor. El icono es esa profesión. Es, por decirlo de alguna manera, el término medio entre la Encarnación y la Escatología ya que afirma la verdad de ambas. El icono, al mismo tiempo que proclama la identidad de Jesús de Nazaret, el Verbo hecho carne, y la de su Señor que volverá para juzgar a vivos y muertos, asume un papel propio en el corazón mismo de la profesión de fe de la Iglesia. Es casi su síntesis.¹

El icono de Cristo: para muchos cristianos la tradición oriental del icono, de su pintura, de su espiritualidad, se ha convertido casi en un punto de contacto, un punto de encuentro para todos los fieles y es prácticamente omnipresente en la Iglesia de Oriente y de Occidente.

* Arzobispo de Viena, Austria.

¹ Cfr. C. SCHÖNBORN, *El icono de Cristo. Una introducción teológica*, Ediciones Encuentro, Madrid 1999, 135.

Su lenguaje, su simbología, la fascinación que suscita parecen tocar realmente los corazones de muchos de nuestros contemporáneos. A menudo nos hemos preguntado por qué, precisamente en nuestros días, el arte del icono ha adquirido este *status* de expresión privilegiada de la fe cristiana.

Podría haber un aspecto de “moda” (que algunos ortodoxos reprochan a los cristianos de Occidente, porque tienen la sensación de que los occidentales “usan” de manera abusiva su tradición oriental); pero yo considero que se trata de algo más profundo. El *sensus fidei* reconoce en la tradición icónica de Oriente una especie de expresión “canónica” de nuestra fe, una expresión que va más allá de las modas y las fluctuaciones culturales del lenguaje artístico cristiano. El icono no es a-temporal, sino que está sujeto a variaciones estilísticas, presenta varias escuelas, “matices culturales”, no es estático ni inmóvil, como a menudo se le ha reprochado. ¿Cuál es, pues, el secreto de su fascinación, la clave para entender su Misterio y el motivo de su gran “estabilidad” de expresión?

Pienso que la razón última es el mismo Misterio de Cristo, Verbo encarnado, Dios hecho hombre, convertido en “circunscrible”, como les gusta decir a los santos defensores de las imágenes, Teodoro Estudita y Nicéforo de Constantinopla. Más allá de las varias influencias culturales, de las referencias a algunas tradiciones iconográficas pre-cristianas, de los cambios del lenguaje artístico, hay un fondo común, una fuente única del arte del icono: el Misterio del Rostro Santo de Jesucristo.

Existe ese rostro único, ese Jesús que los apóstoles conocieron, con el que comieron y bebieron, que vieron transfigurado y humillado, resplandeciente de la gloria divina del Tabor, flagelado y coronado de espinas. Es el rostro único de Jesús, hijo de María, Hijo de Dios, que a Pedro le quedó grabado en la memoria; la mirada de Aquel que Pedro acababa de renegar y que le miraba de un modo que nada pudo borrar de su memoria y de su corazón.

El fundamento del icono, de su fidelidad al arquetipo – que algunos llegan a tachar de inmovilismo – y de su invariado atractivo es este Jesús. El icono nos atrae porque es el icono *de Cristo*; nos habla porque queremos *ver a Cristo*. El hecho de que los creyentes (y a menudo

también los no creyentes), mirando un icono de Cristo, puedan decir: «¡Es Jesús!», demuestra que la imagen les habla. En el arte iconográfico no es tanto la calidad artística lo que cuenta – aunque es importante y no hay que descuidarla en absoluto porque es una verdadera *mediación* para el encuentro con Cristo –, no es tanto la grandeza de la obra de arte lo que cuenta, sino la fuerza de la presencia de Cristo mismo.

No entro aquí en las discusiones sobre la estética de los iconos, sobre el aspecto propiamente artístico. Sobre este tema existen excelentes estudios específicos. Deseo, en cambio, atraer vuestra atención sobre un hecho sorprendente que me había impresionado cuando estudiaba los textos de los siglos VIII y IX sobre la controversia iconoclasta, la gran lucha en favor o en contra de las imágenes sagradas en el cristianismo. En toda esta literatura no he encontrado rastro de un debate estético. El problema de la belleza de los iconos santos prácticamente no tiene ninguna función. Por lo menos, yo no he encontrado rastro de ello.² ¿Cómo se explica este hecho? Di una primera explicación en *El icono de Cristo*, cuando escribía que la falta de consideraciones de orden estético se explica, a mi juicio, porque ninguna de las dos partes trató nunca de poner en duda la legitimidad del arte en cuanto tal. La controversia se refería únicamente a la extensión del arte más allá del ámbito profano, en el ámbito sagrado.³ Los iconoclastas no rechazaban el arte, como tampoco el islam, pero querían limitarlo estrictamente al ámbito profano. La iconoclastia era, en cierto sentido, una secularización radical del arte, una desacralización de la actividad artística reducida a pura decoración, a ornamento de la vida profana. Pero detrás del rechazo de todo carácter sagrado del arte se esconde algo más que una secularización de la actividad artística; se trata de una determinada concepción de lo que es “cristiano” y, por lo tanto, de lo que es el Misterio de Cristo. Al respecto es significativo que todo el debate para justificar el arte cristiano, las imágenes sagradas de Cristo y de sus santos, gire en torno al Misterio de Cristo.

² Cfr. *ibid.*, 208.

³ Cfr. *ibid.*

Estudiando la controversia sobre las imágenes, me impresionó la claridad con la que los defensores de los iconos vieron en este debate no una cuestión estética sino, ante todo, cristológica. Eran plenamente conscientes de ello los padres del II Concilio de Nicea (787), para los cuales la afirmación de la legitimidad del icono de Cristo era como el sello del reconocimiento de su divinidad (Nicea I) y de su divino-humanidad (Calcedonia). En 843 la Iglesia Ortodoxa celebra la victoria definitiva de los defensores de las imágenes como “el triunfo de la Ortodoxia”, que también se celebra litúrgicamente cada año el primer domingo de Cuaresma.

¡El icono de Cristo síntesis de la fe cristiana! Puede parecer una exageración pero, mirándolo bien, no lo es en absoluto. Concededme explicar brevemente por qué, a través de dos fases.

UNA MIRADA NUEVA

Al final de mi investigación sobre los fundamentos teológicos del icono de Cristo, llegaba a la conclusión de que hay una relación entre la visión del Misterio divino-humano de Cristo y la concepción del arte. En efecto, la Encarnación no transformó simplemente el conocimiento de Dios, cambió también la mirada del hombre sobre el mundo, sobre sí mismo y sobre sus acciones en el mundo. Por consiguiente, el Misterio de la Encarnación necesariamente tocaba también la actividad creadora de los artistas, la transformaba. Si Cristo vino para renovar totalmente al hombre, para recrearlo según la imagen de la que Él mismo es el modelo, ¿no era acaso necesario que la mirada, la sensibilidad y la creatividad de los artistas fueran a su vez recreados a imagen de Aquel en el cual «fueron creadas todas las cosas» (Col 1, 16; cfr. también Jn 1, 3)? Desde este punto de vista, el esfuerzo por relegar el arte en el ámbito “profano” se revela como el signo de una crisis profunda en la visión teocéntrica del mundo y del hombre.⁴

⁴ Cfr. *ibid.*, 209.

Existe una posibilidad de verificar esta tesis que es de apremiante actualidad: la relación del islam con el arte sagrado. No soy en absoluto competente en materia, pero hago referencia a estudios de especialistas. Si el islam, en general, rechaza la imagen antropomorfa y deja espacio sólo al ornamento y, sobre todo, a la escritura, ello no deriva tanto de una teoría artística y estética, sino que es la consecuencia directa de su visión del Dios único que, en este mundo, no tiene nada que se le asemeje, que le pueda representar, figurar y ni siquiera, en cierto sentido, simbolizar. Durante un viaje a Irán en 2001, me impresionó la insistencia con la cual se me explicó que no debía hablar del hombre-imagen de Dios. El islam rechaza con firmeza que el hombre sea realmente *ad imaginem et similitudinem* de su Creador, mientras que para la fe judeocristiana es una evidencia confirmada con fuerza por el Misterio de la Encarnación. Dios es único y sin igual: la Sura al-Tawhíd (Cor. *CXII) que todo musulmán recita cada día, dice: «Él es Dios, el Uno, él es Dios, el Único, él no ha engendrado y no ha sido engendrado. No tiene igual» (más exactamente “nada de adecuado”).

En el mundo, por lo tanto, no hay ninguna imagen de Dios. El *aniconismo* del islam no es ante todo una teoría estética, sino una consecuencia de la fe en un Dios que nada lo puede representar. Sólo la luz, en la mezquita, el *mibrâb*, sería, según algunos expertos, una evocación metafórica de lo divino; y la luz no tiene forma ni figura.⁵

Para la fe cristiana es muy distinto: puesto que el Creador habla a través de su criatura, las huellas de lo divino son “legibles” realmente, si bien con algunas dificultades. En la creación imagen de Dios es ante todo el hombre, verdadero lugarteniente de Dios. Toda la obra del Creador, en primer lugar el hombre, habla de él. La prohibición de la imagen en la Antigua Alianza tiene un significado pedagógico más que ontológico: puesto que el corazón del hombre es una fábrica de ídolos, había que eliminar toda tentación de idolatría. Pero Dios se da a conocer esencialmente a través de sus obras. Y ésta es la puerta abierta al arte sagrado.

⁵ Cfr. ASSADHULLAH SOUREN MELIKIEN CHIRRANI, *L'Islam, le Verbe et l'image*, en: F. BOESPFLUG-N. LOSSKY [ed.] *Nicée II. 787-1987. Douze siècles d'images religieuses*, París 1987, 89-117.

El Misterio divino-humano de Cristo profundiza este orden de la creación y revela su grandeza definitiva: existe realmente un rostro humano que es «el icono del Dios invisible» (cfr. *Col* 1, 15). Desde el momento que el Verbo se hizo carne y Cristo, no obstante su condición divina, asumió la condición de esclavo haciendo suya su humanidad concreta, las realidades humanas, las cosas de este mundo se han convertido en lugar de su presencia, capaces de ser expresión de él, su huella, su lenguaje.

Para mí, los cuadros de Caravaggio son una manifestación de extraordinaria intensidad del fundamento divino-humano del arte que se ha desarrollado en tierra cristiana. *La Virgen de los peregrinos* en la Iglesia de San Agustín en Roma es, a mi juicio, un ejemplo espléndido. Los peregrinos de rodillas, con los pies desnudos (y llenos de polvo) delante de esta matrona con un niño ya demasiado grande para que la madre lo pueda tener en brazos: toda la escena emana un realismo “carnal” (diría Charles Péguy) que podría escandalizar (y escandalizó) como si faltaran el sentido y la dimensión de lo sagrado. Mientras que es precisamente el realismo de la Encarnación lo que permite acercarse a los santos, a Cristo y a su Madre de un modo tan próximo a la tierra.

La fe cristiana en la Encarnación es la fuente de un arte que se inclina con gran atención sobre las cosas de la tierra. Me atrevo a pensar que el gran desarrollo del arte, sagrado y profano, en el mundo cristiano sea el fruto (sin negar otras fuentes) ante todo de ese inaudito sí a la tierra que es la Encarnación del Hijo de Dios. Este sí a lo concreto, a la materia, al mundo visible se encuentra en el origen de la explosión de creatividad del arte occidental. Admito sin reparos que habría que profundizar esta tesis; pueden hacerlo nuestros grupos de trabajo.

CRISTO ES LA BELLEZA

Me atrevo a ir todavía más lejos: nosotros conocemos la enseñanza clásica sobre los “trascendentales”, lo verdadero, lo bueno, lo bello. Son todos atributos que no son externos a Dios, sino que coinciden

con el ser mismo de Dios. Él es la verdad y el bien, Él es amor, Él es belleza. Verdad y bondad, amor y belleza son, como dicen los escolásticos, convertibles y coinciden con el ser mismo de Dios.

Toda belleza creada participa de la belleza infinita del ser de Dios. Si esto es verdad, es necesario dar un paso más y decir que el Verbo, al hacerse carne, ha “encarnado”, por así decirlo, la bondad y el amor, la verdad y la belleza infinita de Dios. Cristo es «la más hermosa de las personas» (*Sal* 45 [44], 3) no por cualidades estéticas particulares, sino porque es la belleza encarnada de Dios. Todo su ser es amor y verdad, bondad y belleza.

Si es verdad, pues, que Cristo puede decir de sí mismo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 14, 6), puede afirmar con la misma certeza: Yo soy la belleza. Él puede decir de sí mismo lo que sólo Dios puede decir: Yo soy. El ser, la verdad y el bien son, según la terminología escolástica, “convertibles”. Si Cristo es la verdad y la bondad, es también su esplendor: la belleza. *Splendor Veritatis, Splendor Boni!*

Resumiendo este segundo pasaje de nuestra breve reflexión, y modificando una frase de San Ireneo que dice: Cristo, con su venida entre nosotros, aportó consigo toda la novedad que había sido anunciada,⁶ diría: Cristo, al encarnarse, trajo consigo toda la belleza. Él es la medida de la belleza, Él es quien, con su venida, trajo una mirada nueva sobre la belleza; en cierto sentido Él es “el canon de la belleza”. No solamente ha restablecido la belleza original de la creación, perdida y profanada por el pecado y por el mal, sino que ha traído, en su misma persona, la fuente de toda belleza. Desde Él se expande por el mundo el agua viva de la belleza, y todas las bellezas del mundo, tanto las de la naturaleza, como las de la virtud o el arte, son un reflejo de su belleza.

«Tú eres la más hermosa de las personas». Esta afirmación del salmo real, leída como una profecía de Cristo, no significa que Jesús sea, según algunos criterios preestablecidos por una estética humana, el modelo de belleza más perfecto, sino: Tú eres la fuente de toda belleza

⁶ Cfr. SAN IRENEO, *Contra los herejes*, CEM, México D.F. 2000, Libro IV, 34, 1.

humana. En ti se nos revela lo que es la belleza y de ti recibimos ojos para verla, los criterios para reconocerla y la fuerza para imitarla e irradiarla.

CRISTO NOS CONDUCE POR EL CAMINO DE SU BELLEZA

De manera que debemos mirar, contemplar a Cristo, fuente de la belleza divina que se ha vuelto accesible por su Encarnación.

Me atrevo a proponeros una convicción, una intuición que creo que se puede comprobar de mil maneras: allí donde está Cristo, está la belleza. Allí donde los corazones, los espíritus, las vidas se abren a Cristo, la belleza rebosa como una corriente vivificante sobre un mundo envilecido por el pecado, desfigurado por la monstruosidad del mal.

Es así desde hace dos mil años, y pienso que todo nuestro Congreso de preparación al encuentro de Pentecostés tiene este significado: mirar cómo las semillas de la belleza esparcidas por Cristo crecen y dan fruto.

Primero tendremos que prestar atención al fruto más extraordinario de la belleza de Cristo: la santidad. Nada muestra de manera más evidente la verdad y la bondad divino-humana de Cristo como esta vía láctea, esta nube luminosa formada por los innumerables santos que ha arrastrado a seguirle. No existe nada en el mundo más hermoso que la santidad. De los santos puede decirse lo que la carta a los Hebreos dice de Cristo: son como el «resplandor de su gloria» (*Hb* 1, 3). Pienso que basta con decirlo para rendirse a esta evidencia.

En varias ocasiones el cardenal Ratzinger, gran admirador y conocedor de la tradición franciscana, ha subrayado este hecho impresionante: el *Poverello* de Asís, que intentaba únicamente seguir a Cristo pobre y humillado, no provocó solamente un gran movimiento espiritual en la Iglesia; también suscitó una estela luminosa de belleza artística. Giotto, Cimabue, por no mencionar a otros, representan una verdadera explosión de creatividad artística que todavía hoy sigue siendo el mayor tesoro artístico de Europa y, me atrevería a decir, del mundo.

El Cristo que, con su Espíritu, suscita este río de santidad, es también la fuente viva de tanta belleza artística. ¿Cómo es posible cerrar los ojos frente a esta evidencia?

En su drama *Fratello del nostro Dio* sobre el santo fraile Alberto, Karol Wojtyła, el venerado papa Juan Pablo II, habla de otra belleza, la de la misericordia.⁷ ¿Cómo no darse cuenta de esta evidencia, de Cristo que ha dado al mundo “otra belleza, la de la misericordia”? ¿Qué sería nuestro mundo sin la realidad de la misericordia? Precisamente porque, conscientes o no, vivimos todos de ella, corremos el riesgo de no ver hasta qué punto la belleza de la misericordia, que proviene del inextinguible fuego de amor que es el corazón de Jesús, resplandece en nuestro mundo duro e inhumano.

Para proseguir nuestros trabajos, nos basta haber indicado estas tres vías luminosas de la belleza de Cristo: la santidad, el arte que se inspira en ella y la misericordia que es su resplandor.

Para concluir os propongo primero un texto de San Agustín, un comentario al tercer versículo del *Salmo* 44 (45): «Eres la más hermosa de las personas». Podríamos citar otros pasajes, en particular aquel pasaje de extraordinaria intensidad que es el comentario del mismo Agustín a la primera carta de San Juan, donde se habla de dos textos bíblicos aparentemente contradictorios, el que acabamos de citar del *Salmo* 45 (44) y el del cuarto canto del siervo que no tiene «ni apariencia ni presencia [...] que pudiésemos estimar. Despreciado, marginado, hombre doliente...» (*Is* 53, 2-3). El Santo Padre los comentó admirablemente en 2002, en un mensaje al Meeting para la amistad entre los pueblos en Rímini.⁸ Habría muchos otros textos patrísticos sobre el contraste entre estos dos pasajes proféticos; nos limitamos a citar el de las *Enarraciones*, en *Salmo* 44 de San Agustín: «Se presente ya él hablando proféticamente. Salga ya él a nuestro encuentro; le amemos, y si encontramos en él alguna fealdad, no le amemos. Él halló en nosotros muchas cosas fe-

⁷ Cfr. K. WOJTYŁA, *Fratello del nostro Dio*, en: *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milán 2001, 688.

⁸ Cfr. J. RATZINGER, *La Belleza. La Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006.

as, y nos amó; si nosotros encontramos en él alguna fealdad, no le amemos. Porque aún en el mismo vestirse de carne, por lo que se dijo: ‘Le vimos y no tenía ni forma ni hermosura’ (cfr. *Is* 53, 2), si consideras en ello la piedad por la cual lo hizo, también verás que es hermoso. Pero el profeta hablaba en nombre de los judíos cuando decía: ‘Le vimos y no tenía ni forma ni hermosura’. ¿Por qué? Porque no entendieron. Para los que entendieron es sublime hermosura: ‘Y el Verbo se hizo carne’ (*Jn* 1, 14). ‘A mí – dice San Pablo – no me suceda gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo’. Poco sería no avergonzarte por ella si no te gloriasas también. ¿Por qué no tuvo forma ni hermosura? Porque ‘lo necio de Dios es más sabio que los hombres y lo flaco de Dios, más fuerte que los hombres’ (*1 Cor* 1, 25). Para nosotros los creyentes, en todas partes se presenta hermoso el Esposo. Hermoso siendo Dios, porque es ‘el Verbo en Dios’; hermoso en el seno de la Virgen donde no perdió la divinidad y tomó la humanidad; hermoso nacido niño el Verbo, porque, aun siendo pequeñito, mamando, siendo llevado en brazos, hablaron los cielos, le tributaron alabanzas los ángeles, la estrella dirigió a los Magos, fue adorado en el pesebre y en todo tiempo fue alimento de los mansos. Luego es hermoso en el cielo y en la tierra; hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso invitando a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola: hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiendo el cántico que escucháis y la flaqueza de su carne no aparte vuestros ojos del esplendor de su hermosura. La suprema y verdadera hermosura es la justicia. No veréis a un hombre hermoso si notáis que es injusto. Dondequiera que hay un justo hay un hermoso. Luego venga a nosotros para ser contemplado con los ojos de la mente».⁹

Es hermoso lo que es de Cristo: de este modo se podría resumir este pasaje de San Agustín. Es hermoso porque es de Cristo. Porque en Él todo irradia la justicia, la misericordia, el amor.

⁹ SAN AGUSTÍN, *Obras de San Agustín. Enarraciones sobre los salmos*, La Editorial Católica, S.A., Madrid 1965, *Salmo* 44, n. 3.

¿Cómo hacer que sea más evidente esta afirmación? ¿Era hermoso padre Pío? Está claro que no, según los criterios del mundo; ciertamente sí según la belleza de Cristo. Sorin Dimitescu, un refinado artista (y un editor valiente), pintor de iconos contemporáneos, ha publicado un calendario con doce primeros planos de *starex* rumanos ortodoxos. La belleza de estos viejos rostros con arrugas profundas es una prueba evidente de lo que es la belleza de Cristo.

Podría multiplicar los ejemplos y vosotros también. Pero me detengo aquí con dos preguntas que me inquietan: ¿Por qué tanto arte sagrado de nuestros tiempos es tan feo? El Museo Vaticano de arte moderno me deja perplejo y a la vez estupefacto. ¿Qué ha sucedido para que el arte sagrado se haya alejado hasta este punto de sus grandes expresiones del pasado? ¿Es por culpa de la crisis general del arte, de la cultura de nuestros tiempos? ¿Hay que volver a aprender cómo expresar el Misterio de Cristo de artistas que pueden parecer alejados de la fe? ¿Existen signos de un auténtico nuevo florecimiento del arte inspirado por este Misterio?

Otra pregunta: ¿por qué la liturgia ha perdido hasta tal punto el sentido de la belleza? ¿Por qué tanto mal gusto en todo lo que gira en torno a la celebración del Misterio de la fe? ¿No debería dar vida a la más hermosa de las bellezas? ¿De dónde viene este “pauperismo”, este “miserabilismo” en tantas de nuestras expresiones litúrgicas? ¿Hemos perdido el sentido de lo sagrado? ¿O no se trata, más profundamente, de un debilitamiento de la presencia, de la percepción del Misterio de Cristo? ¿Se ha debilitado el arraigo en Cristo, fuente de la belleza, la belleza misma?

Dos preguntas que nos dejan perplejos; no debemos evitarlas, pero tampoco podemos dejarnos engatusar. En efecto, es posible que la belleza de Cristo se esconda en la pobreza de nuestras expresiones culturales; quizá hay que excavar más en profundidad para encontrar de nuevo la fuente de la belleza. No ha dejado de fluir, pero puede estar más escondida, más oscura en estos tiempos de tinieblas. Permitidme que acabe con un recuerdo que para mí tiene un valor fundamental. Fue durante un congreso sobre el arte sagrado cerca de Le Mans, hace

ya veinte años. Éramos un grupo de jóvenes intelectuales católicos que participábamos en esa sesión. Llegó el domingo. ¿Dónde ir a misa? Estábamos en un barrio de la periferia y nos indicaron una iglesia moderna. Era una sala polivalente, sin ningún signo en el exterior. Alrededor todo eran casas populares. Liturgia dominical: la música, canciones so-sas; el estilo, post-revolución del 68; el órgano, una cinta grabada. Abreviando, tenía todo lo que podía resultar desagradable en el contexto de una sesión de arte sagrado. Al escuchar nuestros comentarios bastante sarcásticos sobre esta liturgia, Dominique Ponneau, entonces director de *L'École du Louvre*, nos interrumpió y dijo con tono firme pero a la vez lleno de dolor: «Era la misa». Nunca olvidaré aquel momento. Sí, en aquella pobreza estética, en aquella miseria cultural, era la misa. Gracias, amigo mío, por habernos reconducido, con una sola palabra, a lo esencial, al Misterio presente en medio de nuestras miserias.

Sí. Cristo está ahí, toda su belleza está ahí, escondida bajo el velo de los pobres signos de sus sacramentos; oculta bajo el cúmulo de nuestras miserias de pecadores, pero realmente presente. Es tarea nuestra ir a buscarla, cavar para encontrar la fuente viva en los desiertos de nuestros días. La belleza de Cristo está ahí. Me atrevo a parafrasear una palabra del Señor: «Ni se dirá “vedla aquí o allá”. ¡Mi belleza ya está entre vosotros!» (cfr. *Lc 17, 21*).

La belleza de ser cristianos

Card. MARC OUELLET, P.S.S.*

La idea de belleza evoca paisajes, obras de arte, hazañas excepcionales, gestos de amor o, en cualquier caso, imágenes que atraen o mueven el corazón y las energías de los seres humanos. Bello es lo que nos gusta y nos atrae, escribía ya Platón. La belleza evoca armonía, singularidad, unicidad e implica al mismo tiempo diversidad, porque la unicidad de un gesto o de una obra no se puede apreciar si no es en relación con un conjunto dentro del cual ese gesto o esa obra se destaque por su carácter extraordinario y por su esplendor, como de milagro. Pensemos en la *Piedad* de Miguel Ángel o en la sinfonía *Júpiter* de Mozart.

La belleza de la relación de amor entre la madre y el niño resalta entre muchas otras relaciones humanas, ya que ninguna de ellas tiene la intimidad, la continuidad y la intensidad de la relación madre-hijo. Lo mismo vale para las nupcias que, a pesar de las dificultades crecientes que el matrimonio encuentra en nuestros tiempos, siguen siendo uno de los símbolos más bellos de la existencia humana, tanto por la relación de amor que suponen como por el sentido de la vida que celebran. Las nupcias son la imagen privilegiada de la que Dios se sirve para manifestar el misterio de su alianza con la criatura que salió de sus manos.

En el plano teológico, la percepción de lo bello (la gloria) depende de la revelación divina y de las condiciones que ésta pone y supone para ser aferrada por el espíritu humano. Hans Urs von Balthasar piensa que la manifestación de Dios en la historia aparece en su absoluta especificidad precisamente desde el punto de vista de la belleza. Escribe: «Lo que Dios quiere decir al hombre a través de Cristo [...] Acerca

* Arzobispo de Québec, Canadá.

de este hecho tan sólo se puede decir que únicamente es creíble como acto de amor; con lo que se hace referencia a que es el mismo amor de Dios, cuya manifestación es la propia gloria divina. El conocimiento cristiano [...] apunta únicamente a la glorificación del amor divino».¹

En el lenguaje de Santo Tomás, para poder percibir este amor hace falta que exista una cierta connaturalidad entre sujeto y objeto. Para percibir el amor divino en su gloria peculiar hace falta algo más que la capacidad natural de admirar la belleza de las cosas, las obras de arte o las relaciones humanas. Hace falta un don del Espíritu Santo que suscite en el hombre la fe, la fe de la Iglesia, una fe divina y católica. Una fe que no es solamente un asenso del espíritu a verdades abstractas o un impulso afectivo de pura confianza en el Misterio. Una fe cristológica, que participe de la perspectiva de Jesús, de su capacidad innata de aceptar la voluntad del Padre y su obediencia por amor hasta el final. Una fe así no se adquiere por imitación sino por comunicación gratuita del Espíritu Santo. Es un don que mana de la belleza de Cristo, de su resurrección de los muertos, porque la resurrección de Cristo es el esplendor de la gloria trinitaria. Es testimonio del amor que del corazón de la Trinidad irrumpe en la historia. En respuesta al don del Padre – que genera y da a su Hijo por amor – y al don del Hijo, el Espíritu Santo hace que irrumpa y resplandezca en la carne de Cristo la gloria de Dios como amor absoluto. El esplendor de esta gloria sobre el rostro del Señor anuncia al mismo tiempo el pleno cumplimiento de la alianza entre Dios y el hombre, el nacimiento de la Iglesia como Esposa y Cuerpo de Cristo, y su misión evangelizadora que abraza todo el universo.

En relación al tema que se me ha asignado – “La belleza de ser cristianos” – me surgen espontáneamente dos observaciones. La primera se refiere al plural “cristianos”, como para subrayar que la identidad del bautizado nunca es puramente individual, sino que implica siempre a los demás, porque somos creados y recreados en Jesucristo,

¹ H.U. VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1995, 9-10.

a imagen y semejanza del Dios trinitario. La segunda es que este tema fascinante es espinoso y poco abordado. Normalmente, en efecto, se prefiere presentar el cristianismo desde el punto de vista de la verdad y de la bondad más que desde el de la belleza. No podía, pues, afrontarlo sin introducirlo como he hecho, al menos evocando la gloria de Dios que se manifiesta en la resurrección de Cristo.

¿Es la estética un camino realmente fecundo para la Iglesia de hoy? Kierkegaard puso en guardia contra la superficialidad del estadio “estético” de la existencia, el del diletante que no compromete la propia persona a fondo y de manera duradera. ¿En ciertos aspectos, el cristianismo actual, desarraigado de sus fuerzas vivas, no corre el riesgo de fosilizarse como un residuo cultural de otra época? ¿La belleza tiene el peso suficiente para relanzar vigorosamente la evangelización en un mundo sediento de valores pero alejado de un Dios al que cree conocer y del que de hecho ignora la palabra y el rostro? Planteo esta pregunta como una provocación a la que todos debemos responder y que concierne no sólo al compromiso social por una causa sino también a la dramática respuesta de toda la persona y de toda la Iglesia al amor absoluto manifestado en Jesucristo.

Me atrevo a plantear la hipótesis (y me arriesgo a apostar por ella) que el camino de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades es el de la belleza entendida en este sentido radical. Al comienzo del tercer milenio ¿no estamos tal vez llamados a volver a partir de la belleza de Cristo? ¿No debemos nuestro empuje y nuestra fuerza de atracción a una nueva percepción de la belleza de Cristo? Precisamente como San Francisco que, en la Edad Media, se puso a restaurar la belleza de la Iglesia tras su encuentro con el Crucifijo de San Damián.

LA BELLEZA DE LA IGLESIA, ¿UN PROGRAMA?

Empiezo diciendo que el tema de la belleza, que es el marco de la reflexión de esta asamblea, tiene un valor recapitulativo y programático, tanto más porque se inspira en la primera homilía de nuestro ama-

do Santo Padre Benedicto XVI. Valor recapitulativo porque supone el conocimiento de los datos que el entonces cardenal Ratzinger subrayó en su conferencia magistral en el Congreso de 1998. Su exposición sobre los carismas en la Tradición sirvió entonces para colocar mejor teológicamente los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades y para que fueran universalmente reconocidos su naturaleza y su original contribución. Sus puntualizaciones siguen siendo de capital importancia para llevar a buen fin la reforma y la renovación actual de la Iglesia en la línea conciliar de una «hermenéutica [...] de la renovación en la continuidad».²

En su primera encíclica Benedicto XVI decidió apostar por la belleza hablando de la armonía entre amor divino y amor humano. El eco tan positivo que tuvo indica la pertinencia de su opción que obedece al deseo de «suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino».³ Nos anima, pues, a vivir bajo el signo de la belleza del amor y a comunicar nuestra alegría de creer. Pero no definamos esto un programa, porque se trata de una gracia, la gracia de la santidad que el Espíritu Santo concede a quien quiere y no niega a quien lo convierte en objeto de su humilde oración cotidiana.

PERCIBIR LA FORMA DE JESUCRISTO Y SER ARREBATADO POR ELLA

Hans Urs von Balthasar profundizó mucho en la revelación cristiana desde el punto de vista de la belleza. Escribió *Gloria*, su “estética teológica” en siete volúmenes, mientras en Roma los Padres del Concilio Vaticano II vivían el gran Pentecostés que definió “el Concilio del Espíritu Santo”. Von Balthasar optó por considerar la revelación cristiana desde este punto de vista con la firme convicción de que la perspectiva de la

² BENEDICTO XVI, *Discurso a los cardenales, arzobispos y preladados superiores de la Curia romana*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 30 de diciembre de 2005, 10.

³ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

gloria (nombre teológico de la belleza) es la más amplia y consiente poner en relieve la originalidad y la fuerza de atracción de la experiencia cristiana. Escribe: «De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (pues para él la belleza sólo es chuchería exótica del pasado burgués) podemos asegurar que – abierta o tácitamente – ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar».⁴

Su intuición central está resumida en el pequeño libro *Sólo el amor es digno de fe*, donde muestra cómo el camino de lo bello no sólo encuentra las aspiraciones más profundas del corazón humano sino que toca, más allá de sus necesidades afectivas y racionales, la dimensión más profunda del ser donde la persona responde a la llamada del amor gratuito manifestado en Jesucristo. Sigámosle en este camino partiendo de otras dos consideraciones preliminares, una de orden metodológico y otra de orden histórico, con el fin de situar nuestro camino en el contexto de las culturas secularizadas de hoy. Von Balthasar introduce de este modo su método estético: «Si todo lo bello se sitúa objetivamente en la encrucijada de aquellos dos momentos que Tomás llama *species* y *lumen*, la forma y el esplendor, su encuentro se caracteriza por los dos momentos correspondientes del percibir y del ser arrebatado».⁵

Percibir la imagen de la gloria de Dios en el rostro de Cristo y ser arrebatados por su esplendor hasta tal punto que nos hace salir de nosotros mismos, nos despoja de nosotros mismos y nos pone al servicio del amor trinitario en la Iglesia. Esta es en pocas palabras la experiencia cristiana de lo bello: una percepción y un arrebatamiento que pueden nacer únicamente de un verdadero encuentro personal. «No se comienza a ser cristiano – escribe Benedicto XVI en su primera encíclica – por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».⁶ Esta afirmación funda-

⁴ H.U. VON BALTHASAR, *Gloria*, vol. 1, *La percepción de la forma*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, 22-23.

⁵ *Ibid.*, 16.

⁶ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

mental ya en el primer párrafo da a su encíclica una orientación decididamente estética, en el sentido teológico más fuerte, que invita ante todo a la adoración, pero que implica también el don total de uno mismo en el seguimiento de Cristo, la *diakonia*, que puede llegar hasta el *martyria*.⁷

Hoy es urgente explorar esta vía de la belleza porque el hombre contemporáneo, embebido de escepticismo y relativismo, es mucho menos sensible a la verdad y a la bondad. Efectivamente, piensa que la afirmación de la verdad ha generado históricamente la intolerancia y que la imposición de un bien moral universal es incompatible con su libertad. La armonía entre verdad, bondad y libertad se ha roto y la tarea de los cristianos consiste en restaurarla a partir del encuentro personal con la persona viva de Cristo que despierta el corazón del hombre y da sentido a su vida abriéndolo a la totalidad de la realidad.⁸

El problema más grave que aflige las culturas secularizadas es un replegarse narcisista sobre sí mismas que altera las relaciones humanas y contamina el clima general de la sociedad.⁹ Basta con mirar a los usos, a las costumbres, a las leyes sobre la familia – indistintamente a la deriva – para medir las consecuencias sociales y culturales de la ruptura de la relación viva con el Dios de Jesucristo.

Y aquí llegamos a la otra consideración, ésta de orden histórico, que hay que hacer para afrontar el tema de la belleza de ser cristianos desde la perspectiva de su condición en el mundo, una condición dramática que implica una lucha que nunca acaba con el espíritu del mundo. La *Carta a Diogneto* la describe en un modo que no ha perdi-

⁷ «La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*) [...] Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia» (*ibid.*, n. 25).

⁸ Ésta es precisamente la problemática que analiza la encíclica *Veritatis splendor* de Juan Pablo II.

⁹ Cfr. T. ANATRELLA, *Le règne de Narcisse*, Gallimard, París 2005.

do nada de su actualidad. La condición de los cristianos es aparentemente idéntica a la de sus contemporáneos pero interiormente los primeros viven a menudo situaciones de tensión y de conflicto con el ambiente que les rodea: «Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria. Viven en la carne, pero no según la carne. Los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar».¹⁰

Vayamos ahora al corazón del tema, al corazón de la belleza de ser cristianos, conscientes de que este plural no se contrapone en nada a la unicidad del individuo, porque el amor divino que resplandece en el rostro de Cristo y de los cristianos, sus discípulos, hace que cada hombre sea único e irrepetible. Despierta el “yo” de cada uno en aquello que posee de más personal y libre.

La unicidad del cristianismo en relación con cualquier otra religión consiste en el hecho paradójico de que éste absolutiza de alguna manera el “yo” de cada persona en el momento mismo en que lo relativiza, esto es, en el que lo hace plenamente relacional. Me explico. La imagen trinitaria de Dios en el hombre, que ya se puede percibir en las naturales relaciones familiares, pide una donación recíproca cada vez mayor. Este amor recíproco tiende a hacer coincidir al máximo persona y amor, don de sí y realización de sí.¹¹ El “yo” se encuentra perdiéndose en el “nosotros” donde se descubre y se reconoce más consistente que en su soledad.

¹⁰ Cfr. *Carta a Diogneto*, 5-6.

¹¹ Cfr. M. OUELLET, *Divine ressemblance. Le mariage et la famille dans la mission de l'Église*, Ed. Anne Sigier, Québec 2006.

LLENA DE GRACIA

María, la llena de gracia, es la expresión perfecta del deseo de belleza innato en todo hombre. «De generación en generación – afirma Benedicto XVI – sigue vivo el asombro ante este misterio inefable [la Encarnación]. San Agustín, imaginando que se dirigía al ángel de la Anunciación, pregunta: “Dime, oh ángel, ¿por qué le ha sucedido esto en María?”. La respuesta, dice el mensajero, está contenida en las mismas palabras del saludo: “Alégrate, llena de gracia” (cfr. *Sermo* 291, 6). De hecho, el ángel, “entrando en su presencia”, no la llama por su nombre terreno, María, sino por su nombre divino, tal como Dios la ve y la califica desde siempre: “Llena de gracia – *gratia plena*”, que en el original griego es *kecharitoméne*, “llena de gracia”, y la gracia no es más que el amor de Dios; por eso, en definitiva, podríamos traducir esta palabra así: “amada” por Dios (cfr. *Lc* 1, 28). Orígenes observa que semejante título jamás se dio a un ser humano y que no se encuentra en ninguna otra parte de la Sagrada Escritura (cfr. *In Lucam* 6, 7). Es un título expresado en voz pasiva, pero esta “pasividad” de María, que desde siempre y para siempre es la “amada” por el Señor, implica su libre consentimiento, su respuesta personal y original: al *ser amada*, al recibir el don de Dios, María es plenamente *activa*, porque acoge con disponibilidad personal la ola del amor de Dios que se derrama en ella. También en esto ella es discípula perfecta de su Hijo, el cual realiza totalmente su libertad en la obediencia al Padre». ¹² Y también evocando la carta a los Hebreos, el Papa resalta la belleza de la estructura nupcial de la nueva alianza: «Cuando Cristo entró en el mundo dijo: “... Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad” (*Hb* 10, 5-7). Ante el misterio de estos dos “aquí estoy”, el “Aquí estoy” del Hijo y el “Aquí estoy” de la Madre, que se reflejan uno en el otro y forman un único *Amén* a la voluntad de amor de Dios, quedamos asombrados y, llenos de gratitud, adoramos». ¹³

¹² BENEDICTO XVI, *Homilía en la solemnidad de la Anunciación del Señor*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 31 de marzo de 2006, 5.

¹³ *Ibid.*

Kecharitoméne en griego, *Gratia plena* en latín. Llena de gracia. ¿Por qué citar este apelativo en el centro de nuestro recorrido? Porque en Ella se encuentra la belleza del *todo en el fragmento*, por decirlo con el título de otro libro del gran maestro suizo. El todo, es decir Dios, la Iglesia, la humanidad, la familia, en una mujer preservada del pecado original, en la que resplandece el amor divino, coronada de estrellas en el dolor de engendrar la vida eterna en nosotros. Una mujer, María de Nazaret, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, que vive en nosotros, sus hijos, y que derrama en nosotros su incomparable belleza.

Belleza de María, belleza de ser cristianos bajo su protección, puesto que lo que posee como privilegio único Ella lo derrama totalmente sobre nosotros por su perfecta correspondencia con el Espíritu trinitario que hay en Ella. El Espíritu Santo es en Dios la gloria del amor (San Gregorio de Niza). Él se da totalmente al Padre y al Hijo para glorificar su amor recíproco. De este modo María, la Hija de Sión, vive en la unidad de la Iglesia, en perijóresis con el pueblo de Dios desde cuando, erigida a los pies de la cruz, fue elevada al estado de esposa del Cordero. En la noche de la fe, María era una con el Hijo en el abandono a Dios y, asociada a ese abandono, Ella llegó a ser fecunda en Él y por medio de Él de todas las gracias que de la cruz se derraman sobre las almas.

La belleza de ser cristianos pasa así de Ella a nosotros por ósmosis, menos por imitación que por generación, ya que las reproducciones que nosotros somos de su belleza cristiana lo son por su eficaz mediación que es obra del Espíritu Santo. Esta experiencia única de María, experiencia arquetipo,¹⁴ es la respuesta viva de su corazón inmaculado a la gracia de amor de Dios, «la respuesta de la “desposada” que dice: “Ven” (Ap 22, 17) y “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38), que “porta el germen de Dios” y por eso “no puede pecar” (1 Jn 3, 9), sino que “guarda todas las palabras en su corazón” (Lc 2, 19, 51), que

¹⁴ La noción de experiencia arquetípica, desarrollada ampliamente en: *Gloria*, vol. 1, *La percepción de la forma*, cit., 269-322, implica la idea de modelo pero también la de mediación: «El arquetipo mismo tiene forma materna y acoge bajo su “manto protector” a sus imitadores futuros» (p. 301).

preservada por el amor de Dios “se presenta santa e inmaculada” (*Ef* 5, 26-27; *2 Cor* 11, 2), que aparece ante Él como “esclava” (*Lc* 1, 38) como “humilde sierva” (*Lc* 1, 48) [...] “reverenciándole, se somete a Él en todo” (*Ef* 5, 24-33; *Col* 3, 18)». ¹⁵

El *fiat* inmaculado y sin límites de María acoge el acontecimiento de la encarnación del Hijo de Dios en la totalidad de sus misterios, desde la concepción hasta el nacimiento, pasión y muerte, hasta la resurrección, al don del Espíritu Santo, a la Eucaristía que engendra su cuerpo eclesial. La “llena de gracia”, Virgen inmaculada y fecunda, vive su disponibilidad y ofrenda de sí por la acción anticipada del Espíritu Santo, que hace pasar la fecundidad divina de Cristo a Ella y de Ella a nosotros. En todos estos misterios que Ella abraza y medita en su corazón, María es «experiencia expropiada en favor de todos los hombres», «todo matiz íntimo y personal le es sustraído poco a poco en beneficio de la Iglesia y de los cristianos: “¡He ahí a tu hijo!”». ¹⁶

BELLEZA DE LA IGLESIA-COMUNIÓN, PLENITUD DE HUMANIDAD

A lo largo de los siglos la experiencia cristiana de la belleza se ha expresado en innumerables obras de arte arquitectónicas, pictóricas o musicales, pero ante todo se ha encarnado en la oración y en la acción, mediante gestos, formas de vida, vocaciones personales y comunitarias, en una palabra en la Iglesia-comunión, cuya misión es dar testimonio de la esperanza que hay en ella. Los mártires y los santos dan este testimonio con su fidelidad a la forma arquetípica original del testimonio de la Iglesia. ¹⁷ Esta forma original es trinitaria, cristológica y

¹⁵ H.U. VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, cit., 69-70.

¹⁶ ID., *Gloria*, vol. 1, *La percepción de la forma*, cit., 301.

¹⁷ Cfr. ID., *Sólo el amor es digno de fe*, cit., 67-74. El autor explicita de este modo «las condiciones de percepción del amor divino por el hombre: 1) la Iglesia como Esposa inmaculada; 2) la madre-desposada María como el centro de la Iglesia, en el que se da el *fiat* real de la aceptación; 3) la Biblia que como espíritu (y como testimonio) no puede ser otra cosa que la palabra de Dios y, a la vez la respuesta de la fe» (p. 70-71).

mariana: «La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos: Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 8-9).

Tres momentos complementarios de la existencia de María muestran esta forma en acto y el paradigma nupcial que caracteriza las relaciones entre Dios y su pueblo: 1) el hecho de ser amada y de aceptar la voluntad divina; 2) la experiencia de la fecundidad en el Espíritu Santo; 3) la activa compañía al Verbo encarnado a lo largo de toda su trayectoria terrena y su vida celeste. Los santos reproducen de alguna manera este modelo que ilumina toda la vida del pueblo de Dios y que muestra el impacto de la fe sobre el sentido y la belleza de la existencia humana.

La comunión con los misterios del Verbo encarnado arroja, en efecto, una luz decisiva sobre la belleza y la alegría de la existencia humana. Dios en el centro de la vida del hombre, la luz del amor que confirma y cumple la humanidad del hombre y de la mujer, según el ejemplo de la Santa Familia de Nazaret. ¡Qué buena nueva para nuestro mundo en proceso de deshumanización! ¡Qué hermoso responder a la llamada del amor en cada estado de vida y ser así plenamente humanos! Qué hermoso amar cristianamente sin replegarse sobre sí mismos, estudiar, trabajar, casarse, entregarse a Dios en el sacerdocio y en la vida consagrada, sacrificarse por los pobres, los enfermos, los afligidos. Poco antes de su extremo sacrificio Santa Gianna Beretta Molla, hojeando una revista de moda, le confesaba a su marido que si superaba aquella prueba querría un hermoso vestido. Los santos están cerca de las pequeñas cosas de la vida. El misterio de la Encarnación les protege de espiritualidades esotéricas. Porque todas las realidades de la vida humana son iluminadas, alimentadas y transformadas por la presencia de Jesús entre nosotros y por el esplendor del misterio eucarístico: Dios con nosotros, el Esposo que viene a consagrar toda realidad humana y a reunir todo en la unidad de un solo Cuerpo y de un solo Espíritu.

Una de las tareas de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades en el mundo y en la Iglesia de hoy es la de educar, educar a

una vida auténticamente humana. Educar a una plenitud de humanidad que empieza con la familia, que implica el respeto de toda la persona y la solidaridad con toda la humanidad redimida en Jesucristo. ¡Cuántos laicos santos, cónyuges santos, familias santas son necesarios para esta gran misión!

LA BELLEZA QUE HAY QUE RESTAURAR: LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

«Os exhorto, pues, yo, prisionero por el Señor – escribe el apóstol Pablo a los Efesios – a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está en todos» (Ef 4, 1-6).

Actuar en la unidad para dar testimonio al Dios amor que se ha hecho palabra y sacramento en la Iglesia. Actuar para la unidad mediante la expresión del amor recíproco por el que se reconocen los discípulos de Cristo. Este amor, que une y reconcilia, es un deber y una responsabilidad ecuménica.

Al respecto, quisiera compartir con vosotros un recuerdo que guardo de la visita a Roma en marzo de 2002 – la primera visita oficial de los últimos mil años – de una delegación de la Iglesia griego-ortodoxa que tuve el honor de recibir y de acompañar al Vaticano durante una semana. No podíamos rezar juntos, porque desde un punto de vista ortodoxo estricto no se reza con los herejes. Sin embargo, después de la audiencia del Santo Padre Juan Pablo II, fuimos a visitar la magnífica capilla *Redemptoris Mater*, la capilla de la unidad. Cuando los seis miembros de la delegación reconocieron a los santos de Oriente, sus santos, con los santos de Occidente que rodeaban a la Madre de Dios en el centro del mosaico, quedaron encantados y entonaron con

nosotros un himno mariano que nunca olvidaré. Fue el momento culminante de la visita. Y a mí me sigue pareciendo todavía hoy una invitación a buscar la unidad a través de la belleza de un movimiento ecuménico que encuentre su fuerza en los santos y ante todo en María, Madre de la unidad.¹⁸

UNA PEDAGOGÍA DE LA BELLEZA: EL EJEMPLO DEL “REBAÑO DE JESÚS”

Antes de concluir, consentidme que ofrezca un ejemplo de pedagogía de la belleza hablando del “Rebaño de Jesús”, un movimiento de niños fundado en Québec, en Canadá, por una religiosa franciscana hace veinte años y que en la actualidad está presente en cerca de veinte países.

«Ven, tú eres importante para mí, tienes valor ante mis ojos y yo te amo»

¡Ven! Al principio hay una llamada, la llamada del Amor. En cada encuentro, los miembros del movimiento son llamados así por su pastor. Todo tiene su origen en el corazón de Dios. Es Él quien toma la iniciativa. *¡Ven!* es una invitación, y la respuesta a esta invitación permite entrar en la belleza del amor que la inspira.

Tú eres importante para mí. A cada niño se le llama por su nombre con ternura. Dios le conoce. Y la persona que le acompaña debe llamarle en nombre de Cristo mismo. Cada vez implora del Señor la gracia que, al pronunciar su nombre, pueda despertar lo mejor de ese niño, pueda nacer lo que de único hay en él, su profunda identidad de criatura y de Hijo de Dios. Cada niño es “irrepetible”. La belleza del amor se traduce en la unicidad.

¹⁸ Es significativo que entre los textos ecuménicos más importantes de los últimos años, dos – uno elaborado por el Grupo de Dombes y el otro fruto del diálogo anglicano-católico de 2005 – traten sobre la Virgen y lleguen a la conclusión de que la veneración de la figura de María no puede considerarse un obstáculo a la unidad.

Tú tienes valor ante mis ojos, un valor muy grande pagado a precio de un rescate que lo reviste de un esplendor de gloria, de maravillosa belleza. El niño es invitado a mirarse con la misma mirada del Buen Pastor que ha dado la vida por él. Es un camino largo. Y no debe sorprender que uno de los frutos de los encuentros sea la conversión de la propia mirada sobre uno mismo. El niño puede decir: «Me quiero más a mí mismo, tengo más confianza en mí».

Yo te amo. Llevar y abrirse al amor con el que somos amados es el objetivo primario de la pedagogía del movimiento. Una declaración de amor que atraviesa toda la Biblia y que quiere atravesar la vida de cada persona.

«Quien le mire a Él resplandecerá. En su rostro no habrá vergüenza»

Todos los encuentros del movimiento se apoyan en la Palabra de Dios, escuchada, aceptada, compartida, experimentada. Guiada por el Espíritu Santo, la persona que acompaña al niño se convierte en servidor de la Palabra. Ante la Palabra, él se hace a un lado para que ésta llegue al niño y produzca en él los frutos del Reino. Se trata de una escuela para aprender a mirar, a descentrarse de uno mismo para dejar que la luz de las alturas ilumine la intimidad del ser. La iconografía también trata siempre de reproducir esta luz, como luz de la Resurrección. El bautizado está llamado a ser un icono de Cristo: es la grandeza y la belleza de su vocación divina.

¡Iluminado por la luz del amor, el niño refleja toda su belleza! Pero resplandecer de esta luz también depende de él. Una etapa del camino del movimiento es la admisión como “ovejita de luz” y la “ovejita de luz” tiene que llevar adelante una lucha muy difícil, porque hay que vivir una fidelidad personal para mantener encendida la propia lámpara. Se encuentran muchos obstáculos que intentan apagar su luz. «Bendito el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para el combate, mis dedos para la batalla» (*Sal* 144 [143], 1). Existe una belleza en esta batalla: la de la fidelidad o la infidelidad perdonada, del abandono, de la confianza constante en Dios.

También existe el compromiso de irradiar esta luz, de compartirla, a pesar de la prueba del camino. El cristiano vive en el mundo, pero no es de este mundo. Hay niños que aceptan serenamente que se rían de ellos por su asiduidad a los encuentros del movimiento. Dicen: «Se ríen de mí porque no conocen a Jesús. Si conociesen el amor de Jesús, irían a los encuentros y quizá serían más fervorosos que yo». Existe una belleza en esta mirada al otro que perdona, que comprende, que lleva consigo una esperanza. Muchos niños experimentan de este modo, una forma de persecución. Cristo flagelado y coronado de espinas es divinamente hermoso. Sólo el amor puede contemplar esta belleza.

Un hilo conductor guía a los niños que, creciendo, perseveran; sienten latir el corazón del Cordero que los invita a seguirle. Esta intimidad les pone en comunión profunda con la Iglesia, nuestra Madre. Se refugian en su seno para ser alimentados, perdonados, vivificados. No juzgan a la Iglesia, la aman y se entregan con ella. Están entre los pequeños a los que han sido revelados los misterios del Reino. No hacen ruido, pero su ofrenda cotidiana unida a la de Cristo eleva el mundo y apresura la venida de Jesús. Viven la belleza de la vida eucarística que hizo posible el sacrificio del Cordero.

El testimonio del “Rebaño de Jesús” – citado como ejemplo entre muchos otros ejemplos posibles – confirma, con su sencillez, la experiencia pedagógica de muchos movimientos eclesiales y nuevas comunidades. Cualquier proceso de evangelización fecunda pasa a través de una “apropiación” personal y eclesial del Verbo encarnado que transforma la mirada del creyente sobre Dios, sobre los demás y sobre uno mismo. Una transformación que siempre empieza gracias a un verdadero encuentro con Jesús y gracias a la oración – oración personal, oración litúrgica, oración laica y monástica –, cuya belleza probada y siempre renovada da frutos de paz, de conversión y de esperanza. Una transformación que se alimenta ante todo de la Eucaristía, fuente y cumbre de la evangelización y de la vida de la Iglesia.

La oración abre a los pobres y a los heridos por la vida, quienes más que beneficiarios de nuestra caridad se convierten en nuestros benefactores e incluso en nuestros maestros, como testimonia Jean

Vanier. Desde los orígenes los pobres son la riqueza de la Iglesia (San Lorenzo). ¿Acaso no nos revelan silenciosamente el rostro del Crucificado, su llamada a la compasión y el camino de la primera bienaventuranza?

«Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 8-9). Ser amados por Dios en Jesús, permanecer en su amor y así dar fruto para el gozo de Dios: ésta es la belleza de ser cristianos. El amor de Jesús ha sido dado en abundancia y de manera multiforme a los movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades, en el gozo del Espíritu Santo, para que juntos den testimonio de la belleza de Cristo y de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

La belleza de ser cristianos es una gracia que nace de la belleza de Cristo y de María-Iglesia por medio del don del Espíritu Santo. San Francisco resumía la gracia de su vida en dos palabras: ¡Jesús y María! Esta gracia es a su vez una responsabilidad, una misión, la misión de evangelizar que en el mundo actual es la prioridad de las prioridades. Evangelizar, irradiando la luz del amor con la oración, la acción, la pasión y también con la razón y con el arte, como hizo bien el difunto don Luigi Giussani. Evangelizar con el testimonio de la fe y el ejemplo de una vida plenamente humana. Evangelizar también en momentos de persecución y de prueba, puesto que nuestra madurez cristiana y apostólica se mide por nuestra disponibilidad a sufrir por el nombre de Jesús. El amor no es sólo un sentimiento, es una persona, una visión y un compromiso en el misterio de una alianza. Por eso, la belleza de ser cristianos culmina siempre en el misterio eucarístico de la Iglesia, fuente de la que incesantemente se sacia.

«Nosotros nos ocupamos sin cesar de transformar y de reformar esta Iglesia según las necesidades de los tiempos, las críticas de los detractores y nuestros propios modelos» escribe también von Balthasar, «¿pero acaso haciendo esto no perdemos de vista el único modelo per-

fecto, el arquetipo? ¿En nuestras reformas no deberíamos más bien fijar constantemente la mirada en María, ciertamente no para multiplicar en nuestra Iglesia las fiestas, las devociones marianas, *a fortiori* las definiciones, sino simplemente para aprender nosotros los primeros qué es realmente la Iglesia, el espíritu eclesial, el comportamiento eclesial?». ¹⁹

El puesto que Dios ha asignado a los cristianos es tan importante, que no les es lícito desertar de él, aunque para ellos signifique participar en la pasión del Señor para entrar en su gloria. Permanezcamos, pues, en nuestro puesto, actuemos juntos en la caridad y en la unidad y, para crecer en el esplendor eucarístico, abrámonos aún más profundamente al Espíritu Santo para que su gracia, que se nos da en abundancia, se derrame mediante la Iglesia, sacramento de salvación, sobre toda la humanidad. Como dice estupendamente San Basilio en su tratado sobre el Espíritu Santo: «[Del Espíritu provienen] el previo conocimiento del futuro, la inteligencia de los misterios, la captación de lo oculto, la distribución de los carismas, la ciudadanía celestial, la danza con los ángeles, la alegría interminable, la permanencia en Dios, la asimilación a Dios y el deseo supremo: hacerse Dios». ²⁰

¹⁹ H.U. VON BALTHASAR, “Ô Vierge, Mère et fille de ton fils”, en: J. RATZINGER y H.U. VON BALTHASAR, *Marie première Église*, Médiaspaul, París 1998, 74 (Tdt).

²⁰ BASILIO DE CESAREA, *El Espíritu Santo*, 9, 23, en “Biblioteca de Patrística”, Editorial Ciudad Nueva, Madrid 1996, 143.

Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia. Prioridades y perspectivas

Card. ANGELO SCOLA*

ENVIADOS POR EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

«**C**onforme iban pasando por las ciudades, les iban entregando, para que las observasen, las decisiones (*tà dógmata*) tomadas por los Apóstoles y presbíteros de Jerusalén. Las Iglesias, pues, se afianzaban en la fe y crecían en número de día en día. Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la palabra en Asia. Estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús. Atravesaron, pues, Misia, y bajaron a Tróade» (*Hch* 16,4-8). Con pinceladas rápidas pero decididas, San Lucas traza los rasgos esenciales de la misión apostólica de Pablo, acompañado, en esta fase, por Silas y Timoteo.

Del ímpetu misionero constitutivo de la existencia del apóstol – el *enviado* – se generan las primeras comunidades presentadas dinámicamente en este pasaje del capítulo 16 y cuya vida describen los famosos sumarios iniciales del libro de los *Hechos*: «Se mantenían constantes en la enseñanza (*didakè*) de los apóstoles, en la comunión (*koinônía*), en la fracción del pan y en las oraciones. Pero el temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la

* Patriarca de Venecia, Italia.

simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar» (*Hcb* 2, 42-48; cfr. también *Hcb* 4, 32-35).

Toda realización de la vida eclesial – como documenta la historia bimilenaria del pueblo de Dios – está caracterizada por el permanente volver a proponer el acontecimiento personal y comunitario del encuentro con Jesucristo. Por este motivo, sería completamente ilusorio reflexionar juntos, aunque fuera sumariamente, sobre prioridades y perspectivas de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades en la misión de la Iglesia, sin considerar una vez más los elementos esenciales constitutivos de las comunidades cristianas que actúan en la historia.

El protagonista: el Espíritu de Jesucristo

El protagonista indiscutible del nacimiento y de la misión de la Iglesia – el relato de San Lucas lo corrobora continuamente – es el Espíritu Santo, que es siempre el Espíritu de Jesucristo.¹ El Concilio Vaticano II, recordando una potente analogía acuñada por los Padres de la Iglesia, vuelve a proponer con fuerza esta enseñanza y la desarrolla: «para que incesantemente nos renovemos en él (cfr. *Ef* 4, 23), nos concedió participar en su Espíritu, que siendo uno mismo en la Cabeza y en los miembros, de tal forma vivifica, unifica y mueve todo el cuerpo, que su operación pudo ser comparada por los Santos Padres con el servicio que realiza el principio de la vida, o el alma, en el cuerpo humano».²

¹ J. RATZINGER, *La comunione nella Chiesa*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2004, 61-62: «Si [...] quisiéramos señalar algunas características de la concepción de Iglesia que obedece a los *Hechos*, podríamos decir: estamos ante todo frente a una eclesiología pneumatológica. Es el Espíritu quien crea la Iglesia. Estamos frente a una eclesiología dinámica de la historia salvífica, a la cual pertenece de manera esencial la dimensión de la catolicidad. Por último, estamos frente a una eclesiología litúrgica: la asamblea recibe el don del Espíritu reunida en oración».

² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 7.

En efecto, el Señor Jesús edifica la Iglesia, su Esposa, por obra del Espíritu Santo que a partir de María, icono de toda la Iglesia, hace posible el anuncio del Evangelio, la gracia de la fe y la generación sacramental de la nueva criatura. El Espíritu de Jesús es el don por excelencia que, introduciéndonos en la comunión de amor entre el Padre y el Hijo, nos hace partícipes de la vida misma de Dios.³ La Iglesia, escribe San Cipriano, es el «pueblo cuya unidad deriva de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».⁴

Concretamente esta vida que el Espíritu dona a los cristianos se manifiesta a través del testimonio personal y comunitario. Los fieles pueden invitar a los hombres y mujeres de todos los tiempos al encuentro con el Resucitado en la comunidad eclesial: «Venid y lo veréis» (Jn 1, 39). De este modo se asegura a la libertad de cada individuo, siempre históricamente situada, la posibilidad de encontrar, por obra del Espíritu, al Resucitado, de aceptar la gracia de la fe y el don de la salvación.

Es significativo que, en la narración de San Lucas, las enseñanzas de los Apóstoles – el texto griego de *Hcb* 16, 4 usa el término *dógmata* (decisiones), que remite al imprescindible contenido veritativo de estas enseñanzas – estén en conexión con su llamada a ir de ciudad en ciudad, a todo el mundo. Aquí se pone en evidencia la doble dimensión de la apostolicidad, es decir, de la misión.⁵ Esta es siempre e inseparablemente apostolicidad de doctrina y de envío. A esta hizo referencia en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales celebrado del 27 al 29 de mayo de 1998 el entonces cardenal Joseph Ratzinger cuando afirmó que la existencia de los movimientos ha favorecido una profun-

³ Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dominum et vivificantem*, n. 10: «Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las Personas divinas, y que por el Espíritu Santo Dios 'existe' como don. El Espíritu Santo es pues la expresión personal de esta donación, de este ser-amor. Es Persona-amor. Es Persona-don».

⁴ CIPRIANO DI CARTAGINE, *De oratione dominica* 23, significativamente citado en *Lumen gentium*, n. 4.

⁵ Cfr. L. BOUYER, *La Chiesa di Dio*, Cittadella, Asis 1971, 361-468.

dización de la *apostolicidad* de la Iglesia.⁶ No es casualidad que el papado, garante último de la apostolicidad, a lo largo de la historia siempre haya mostrado una atención especial por estas nuevas realidades, con la finalidad de mantener las Iglesias locales «a imagen de la Iglesia universal».⁷

Una atenta cristología pneumatológica consiente comprender de qué modo la llamada *estación* de los movimientos ha ofrecido a toda la Iglesia una mejor autoconciencia de la propia apostolicidad. Un elemento fundamental del magisterio de Juan Pablo II en relación con los movimientos documenta la pertinencia de esta afirmación: «En varias ocasiones he subrayado que no existe contraste o contraposición en la Iglesia entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la que los movimientos son una expresión significativa. Ambas son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo».⁸

La co-esencialidad de la dimensión institucional y la dimensión carismática

La génesis de la Iglesia, como bien nos muestran los Evangelios y los Hechos, está en el gratuito encuentro personal con Jesucristo que fascina al hombre hasta tal punto que decide seguirle de manera radical. De aquí deriva una experiencia de amor por Cristo y por los hermanos cargada de una belleza que insta a la misión, misión que, en último término, siempre acaba en la invitación al “ven y verás”. Se entiende así porqué de la Iglesia hay que hablar en primera y no en terce-

⁶ Cfr. J. RATZINGER, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 44-46.

⁷ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 23.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 5.

ra persona. La pregunta eclesiológica, planteada adecuadamente, suena así: “¿Quién es la Iglesia?” Y no: “¿Qué es la Iglesia?”.⁹

En efecto, la iniciativa del Espíritu de Cristo implica la libertad del individuo y pide su testimonio personal.¹⁰ Podemos imaginarnos la Iglesia como una elipse,¹¹ cuyos dos polos son: a) el Espíritu de Jesús que sale al encuentro y llama; b) la libertad del hombre de responder o no. Las célebres palabras de Ireneo identifican con claridad este dinamismo pneumatológico de la Iglesia: «En la Iglesia Dios puso [...] todos los efectos del Espíritu [...] Pues donde está la Iglesia, ahí se encuentra el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, ahí está la Iglesia y toda la gracia».¹²

Volviendo a los dos pasajes del libro de los Hechos (16, 4-8 y 2, 42-47) que manifiestan de manera exacta de *quién* es la Iglesia naciente, ¿qué encontramos en ellos? En ellos se hace referencia, además de a las enseñanzas de los apóstoles, a la *koinônía* que deriva de la eucaristía (fracción del pan) y de la oración constante.

El relato de la institución eucarística referido en los sinópticos (cfr. *Mt* 26, 26-29; *Mc* 14, 22-25; *Lc* 22, 14-20) y magistralmente propuesto por Pablo muestra cómo tiene lugar concretamente el encuentro, en el Espíritu, entre Jesucristo y la libertad de la persona. «Yo recibí del Señor – escribe Pablo – lo que os transmití» (*1 Cor* 11, 23). En la eucaristía los apóstoles transmiten con autoridad, como testigos directos que son, las enseñanzas recibidas de Jesús invitando hombres y mujeres a la *koinônía* que implica la tendencia libre y gozosa a poner en

⁹ Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *¿Quién es la Iglesia?*, en: ID., *Sponsa Verbi. Ensayos teológicos* 2, Ediciones Encuentro, Madrid 2001, 145-196.

¹⁰ Sobre el protagonismo del Espíritu cfr. X. PIKAZA – N. SILANES (eds.), *Los carismas en la Iglesia. Presencia del Espíritu Santo en la historia*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, con la contribución de C.A. Keller, H. Heinrich Schmid, M. Andrés, A. Bittlinger, H. Schlier, G.M. Salvati, X. Pikaza, B. de Margerie, A. Ródenas, J.D.G. Dunn, O. Knoch, J.M. Rovira Belloso, G. Wagner y J.L. Leuba.

¹¹ Cfr. A. SCOLA, *Chi è la Chiesa? Una chiave antropologica e sacramentale per l'ecclesiologia*, Queriniana, Brescia 2005, 53-54.

¹² SAN IRENEO, *Contra los herejes*, CEM, México D.F. 2000, Libro III, 24, 1.

común su existencia a partir de la oración para llegar hasta los aspectos de la vida material que no deben descuidarse.

El dinamismo descrito sintéticamente es el núcleo constitutivo de lo que en sana doctrina se llama *Traditio*.¹³ En la catequesis de la audiencia general del 10 de mayo pasado, el papa Benedicto XVI recordó eficazmente que esta *Traditio* «es la presencia permanente de la palabra y de la vida de Jesús en su pueblo». ¹⁴ La *Traditio*, por lo tanto, a la luz del libro de los Hechos y de los relatos sobre la institución eucarística, se revela como la unidad orgánica de un dinamismo permanente de naturaleza últimamente sacramental (y por eso objetivo e institucional) y de una dimensión personal (por lo tanto, no simplemente individual, sino siempre, de alguna manera, comunitaria) también permanente en sí misma, pero cuyas formas cambian (dimensión carismática ligada al sujeto). El Espíritu con su gracia impulsa ambas dimensiones. Con la primera garantiza la *objetividad* de la Tradición eclesial, con la segunda favorece su *persuasividad* para el sujeto que la encuentra y participa de ella.¹⁵ Por un lado con los dones sacramentales e institucionales asegura permanentemente la presencia estable de la persona de Jesucristo; por otro lado, sin permitir que falte nunca la dimensión carismática muestra que Jesús mueve persuasivamente la libertad del hombre en la variedad de sus aspiraciones y en la pluriformidad de las condiciones histórico-culturales en las que este vive.¹⁶ La

¹³ Cfr. A. SCOLA, *La realtà dei movimenti nella Chiesa universale e nella Chiesa locale*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 105-127.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *La sucesión apostólica*, Audiencia general, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 12 de mayo de 2006, 12.

¹⁵ Al respecto cfr. L. GIUSSANI, *Comentario. Apuntes de una conversación*, en: *La idea de movimiento*, Cuadernos 22, suplemento al n. 3 de 1987 de *Litterae Communionis*.

¹⁶ Precisamente en virtud de este estar destinado a la edificación de los demás fieles, propia de los carismas personales, se puede recurrir, al menos en cierto sentido, a la distinción de Santo Tomás de *gratia gratum faciens* (la llamada gracia santificante) y *gratia gratis data* para iluminar la peculiaridad de los dones carismáticos y su relación con los sacramentales. Santo Tomás afirma al respecto: «*Respondeo dicendum quod, sicut apostolus dicit, ad Rom. XIII, quae a Deo sunt, ordinata sunt. In hoc autem ordo rerum consistit, quod quaedam per alia in Deum reducuntur; ut Dionysius dicit, in Cael. Hier. Cum igitur gratia ad hoc ordi-*

única *Traditio* mediante el sacramento, la Palabra y el *regimen communionis*¹⁷ asegura que el mismo Jesucristo es anunciado en Calcuta, en Roma o en Douala; a través de la pluriformidad de los dones carismáticos – por ejemplo el carisma de Francisco o el de Domingo – persuade a hombres de sensibilidades muy distintas.

La afirmación del Santo Padre Benedicto XVI expresa bien el modo con el que el Espíritu del Resucitado actúa y asegura la permanencia de la presencia de la palabra y de la vida de Jesús (dimensión sacramental-institucional) en favor de la vida del pueblo de Dios guiado y sostenido por el mismo Espíritu (dimensión carismática). La enseñanza de Juan Pablo II acerca de la coesencialidad de la dimensión institucional y la dimensión carismática constituye una valiosa profundización de la doctrina del Concilio Vaticano II – contenida en la constitución *Dei Verbum* – acerca del “crecimiento” de la Tradición apostólica con la ayuda del Espíritu Santo.¹⁸

Al respecto es importante tener en cuenta que cuando se habla de co-esencialidad de la dimensión institucional y de la dimensión carismática de ninguna manera hay que pensar en “dos componentes” de cuya síntesis dialéctica derivaría la realidad de la Iglesia. La palabra co-esencialidad indica, por el contrario, la *unidad dual* propia del acontecimiento Iglesia en cuanto tal: la Iglesia es siempre y de manera insu-

*netur ut homo reducatur in Deum, ordine quodam hoc agitur, ut scilicet quidam per alios in Deum reducantur. Secundum hoc igitur duplex est gratia. Una quidem per quam ipse homo Deo coniungitur, quae vocatur gratia gratum faciens. Alia vero per quam unus homo cooperatur alteri ad hoc quod ad Deum reducatur. Huiusmodi autem donum vocatur gratia gratis data, quia supra facultatem naturae, et supra meritum personae, homini conceditur, sed quia non datur ad hoc ut homo ipse per eam iustificetur, sed potius ut ad iustificationem alterius cooperetur, ideo non vocatur gratum faciens. Et de hac dicit apostolus, I ad Cor. XII, unicuique datur manifestatio spiritus ad utilitatem, scilicet aliorum», TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I^a-II^{ae}, q. 111, a. 1, co.*

¹⁷ Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Teológica 3. El Espíritu de la verdad*, Ediciones Encuentro, Madrid 1998, 317-326.

¹⁸ Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la revelación divina *Dei Verbum*, n. 8: «Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo».

perable el acontecimiento elíptico (¡dos fuegos, pero una sola eclipse!) de encuentro entre la gracia de Cristo y la libertad del hombre que el Espíritu del Resucitado asegura en la historia. Esto significa que las dimensiones institucional y carismática son dimensiones de toda realización de la Iglesia: de la Iglesia universal a la local, de la diócesis a las parroquias y desde las clásicas agregaciones de fieles hasta los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Cada una de estas realidades, según su naturaleza propia y específica, vive de las dos dimensiones. Por lo tanto, es un pretexto, y al final un error, reducir a los movimientos al ámbito de la pura dimensión carismática y relegar a diócesis, parroquias y agregaciones clásicas a la dimensión institucional. Ambas dimensiones, con distintas gradaciones, son constitutivas de todas y cada una de estas realidades.¹⁹

El reconocimiento, al menos en línea de principio,²⁰ del dato de la *co-esencialidad* de la dimensión institucional y la carismática en la vida y en la autoconciencia de la Iglesia permite que se manifieste con más claridad el *quien* de la realidad eclesial. Se ve mejor el nexo antropología y eclesiología. Si tuviéramos tiempo, podríamos contemplar al respecto el misterio de María. Es la perspectiva desde la que von Balthasar define a la Iglesia como «la unidad de aquellos que, reunidos alrededor del *sí* inmaculado de María [...] y formados en este *sí*, están dispuestos y preparados para que se realice la voluntad de salvación de Dios sobre ellos mismos y sobre todos sus hermanos».²¹

¹⁹ ID., Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 7: «Uno mismo es el Espíritu que distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia, según sus riquezas y la diversidad de los ministerios (cfr. 1 Cor 12, 1-11). Entre todos estos dones sobresale la gracia de los apóstoles, a cuya autoridad subordina el mismo Espíritu incluso a los carismáticos (cfr. 1 Cor 14)».

²⁰ Cfr. *I movimenti e le nuove comunità ecclesiali*. Editoriale, en: «La Civiltà Cattolica» 152 (2001) 441-451; A. MASTANTUONO, *Comunità cristiana e movimenti ecclesiali. Una lettura pastorale*, en: «Rassegna di Teologia» 42 (2001) 543-565; L. GEROSA, *Movimenti ecclesiali e Chiesa istituzionale: concorrenza o co-essenzialità?*, en: «Nuova Umanità» 22 (2002/2) 128, 215-246. Una bibliografía actualizada al respecto se encuentra en: I. NYIRINDEKWE, *Charisme et coopération dans l'Eglise*, Parole et Silence – Faculté de Théologie de Lugano, Lugano 2004, 379-410.

²¹ H.U. VON BALTHASAR, *La mia opera ed Epilogo*, Jaca Book, Milán 1994, 57.

Superadas las tentaciones que derivan de la contraposición y de la mera yuxtaposición entre dimensión carismática y dimensión institucional, ahora sería necesario profundizar más su *co-esencialidad* en clave sacramental. Esto consentiría iluminar cómo el acontecimiento cristiano permanece en la historia implicando la libertad del hombre.²² Juan Pablo II abrió este frente hablando de *ratio sacramentalis* de la Revelación²³ y de *forma eucarística* de la existencia cristiana.²⁴

Dos corolarios de naturaleza pastoral

Antes de pasar a la segunda parte de nuestra reflexión me tomo la libertad de formular algunas consideraciones de carácter pastoral.

Ya hemos dicho que la vida de los movimientos y de las nuevas comunidades ha favorecido la conciencia de la naturaleza de la Iglesia como acontecimiento que se ofrece a la libertad de todo hombre. Estos, que nacen porque un carisma dado personalmente a un fiel se convierte en principio que educa y agrega a otros fieles cristianos (movimiento), siguen revelando la persuasividad del acontecimiento cristiano. Dan testimonio de la posibilidad de la permanencia del carácter originario de acontecimiento propio del encuentro con Cristo, inagotable fuente de belleza para la libertad humana. No se pertenece a la Iglesia por puro deber o por pura inercia social, sino porque se reconoce en el Resucitado al que tiene la capacidad de movilizar desde dentro a la persona para que se decida a entregarse totalmente, es decir, a amar. Seguir el carisma permite descubrir de nuevo la objetividad del propio Bautismo, que nos incorpora a Cristo y nos convierte en miembros los unos de los otros (cfr. *1 Cor* 12, 12-ss; *Rm* 12, 4-5). Nuestro ser hombres tiene su cumplimiento, por gracia del Espíritu, en acoger el don gratuito del encuentro con Jesús crucificado y resuci-

²² He desarrollado este tema en: A. SCOLA, *Chi è la Chiesa?*, cit., 17-51.

²³ Cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, n. 13.

²⁴ Cfr. ID., Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 20; ID., *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo 2005*, n. 1.

tado que nos invita a seguirle en la comunidad cristiana eucarística. Al mismo tiempo la realidad del movimiento o nueva comunidad revela que la dimensión institucional es igualmente esencial y es intrínseca al movimiento mismo. En efecto, precisamente en virtud de la dimensión institucional, últimamente garantizada por los obispos en comunión con el Sucesor de Pedro, es posible reconocer que este movimiento o ese otro constituyen una auténtica experiencia de Iglesia. De aquí la necesidad de no extinguir los carismas, pero también la de un adecuado discernimiento de ellos.

En esta óptica se pueden evitar unilateralismos fastidiosos.

En primer lugar me refiero a una interpretación esquemática de la célebre afirmación de Juan Pablo II: «La Iglesia misma es un movimiento»,²⁵ que algunas veces en la práctica llevó a considerar las formas específicas de la propia experiencia de movimiento como criterio de validez con el que medir todas las demás agregaciones de fieles, incluidas las parroquias y las diócesis. Si la dimensión carismática es igualmente esencial y no derivada, objetivamente quien encuentra un movimiento auténticamente eclesial vive una experiencia integral de Iglesia. Sin embargo, la naturaleza siempre contingente del carisma de fundación, y todavía más del movimiento que deriva de él, debe estar en guardia frente al riesgo, aunque sea indirecto, de imponerlo como modelo para toda la vida de la Iglesia. Una expresión dañina de este riesgo puede derivar del intento, aparentemente generoso, de crear, de hecho o de derecho, un organismo general de coordinación entre nuevos movimientos como si el problema de la madurez eclesial, del que hablaba Juan Pablo II,²⁶ pudiera resolverse organizando unitariamente

²⁵ JUAN PABLO II, *La Messa per i partecipanti al Convegno "Movimenti nella Chiesa"*, en: "Insegnamenti di Giovanni Paolo II" IV, 2 (1981), 305.

²⁶ ID., *Discurso en el encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la Vigilia de Pentecostés*, "L'Osservatore Romano", edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, p. 14: «Hoy ante vosotros se abre una etapa nueva: la de la madurez eclesial. Esto no significa que todos los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de vosotros frutos "maduros" de comunión y de compromiso».

a los nuevos movimientos a través de planes operativos para después actuar como interlocutor con las diócesis, las parroquias y las agregaciones clásicas de fieles.

Una segunda consideración es relativa a las modalidades reductivas y parciales, todavía muy difundidas, de proponer la formación, la espiritualidad y las consecuencias éticas conexas a la experiencia cristiana. Como se deduce de la encíclica *Deus caritas est* estos elementos decisivos son objetivamente consecuencia del acontecimiento del encuentro con la persona de Jesucristo.²⁷ Es este acontecimiento que, en virtud de la gracia de la fe, llama la libertad del cristiano, sorprendida por el esplendor del Resucitado, a seguirle. Son consecuencias necesarias, de las que no se puede prescindir en absoluto; pero son consecuencias. Nadie puede hacerse la ilusión de que puedan “producir” directamente la experiencia cristiana. En efecto, el cristianismo, como todo acontecimiento auténtico, se comunica sólo a través de otro acontecimiento, que nunca se puede reducir a sus consecuencias. En este sentido, ninguna “estrategia pastoral” puede de por sí generar el pueblo santo de Dios.

Especialmente los pastores deben resistir a la tentación, comprensiblemente inducida por graves urgencias pastorales, de concebir los movimientos como mera “mano de obra”. Aquellos a quienes se ha encomendado la tarea de conducir el pueblo de Dios y a quienes corresponde la misión de discernir con autoridad, están llamados a saber reconocer la libertad de la acción del Espíritu Santo (cfr. *Hch* 10, 1-11, 18ss.), sin tratar de imponer planes o programas pastorales tan rígidos que resulten mortificantes para los distintos carismas.²⁸ Por otra parte, debe ser empeño de los movimientos asumir con su propia especificidad la propuesta pastoral del obispo.

²⁷ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».

²⁸ Cfr. *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2000.

Estas advertencias, que a primera vista pueden incluso parecer demasiado específicas, en realidad son modalidades significativas de actuación del principio metodológico de la *communio*, propuesto con autoridad por la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985 con ocasión del vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II: la variedad y la pluriformidad en la unidad.²⁹

LA MISIÓN EN EL TERCER MILENIO

Con gran visión de futuro Juan Pablo II recordó a toda la Iglesia que «no se trata, pues, de inventar un “programa nuevo”. El programa ya existe: es el de siempre, recogido en el Evangelio y en la Tradición viva. Se basa, en último término, en Cristo mismo, a quien hay que conocer, amar, imitar, para vivir en Él la vida trinitaria, y transformar con Él la historia hasta su cumplimiento en la Jerusalén de los cielos. Es un programa que no cambia con las variaciones de los tiempos y de las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un diálogo verdadero y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio».³⁰

En esta óptica, que quiere respetar la naturaleza de acontecimiento propia de la Revelación, hablar de *perspectivas* y *prioridades* significa indicar las condiciones esenciales a las que movimientos y nuevas comunidades deben permanecer fieles si quieren que el origen gratuito de su experiencia llegue a ser fuente permanente de la adhesión libre de cada miembro al encuentro con el Señor y en camino agradecido para la misión hacia nuestros hermanos.

²⁹ Cfr. SYNODUS EPISCOPORUM, *Relatio finalis, Ecclesia sub verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi*, 7 decembris 1985, II, C, 2, en: *Enchiridion Vaticanum* 9, 1801.

³⁰ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 29.

Un sujeto eclesial personal y comunitario

La primera de estas condiciones, la más urgente, es la existencia misma del “sujeto eclesial” personal y comunitario, lugar del «venid y lo veréis» (*Jn* 1, 39), de la propuesta viva de la fascinación de Jesucristo para cualquier hombre. Aquí se manifiesta de nuevo el alcance pneumatológico, eclesiológico y antropológico de lo que hemos dicho acerca de la co-esencialidad de las dimensiones carismática e institucional, que permite el encuentro persuasivo entre la belleza de Cristo y la persona. Ante todo, hacen falta personas y comunidades atentas a dar testimonio de la relevancia del encuentro con Cristo – en el don del Espíritu – para la experiencia elemental de cada hombre. Basta con pensar en los encuentros de Jesús descritos en los Evangelios (por ejemplo, el encuentro con Zaqueo: *Lc* 19, 1-10; y con la Samaritana: *Jn* 4, 1-42), que se prolongan en los de los apóstoles narrados en los Hechos (*Hch* 3, 1-10; 8, 26-40; 9, 10-19). Los carismas, especialmente los de fundación en los que participan miles de personas en los distintos movimientos y comunidades, muestran de este modo su fecundidad en la medida en que concurren eficazmente a que se pueda encontrar a Jesucristo hoy.

A este respecto, es iluminador remontarse a la descripción de la comunidad primitiva, recordada varias veces (cfr. *Hch* 2 e 4), a la génesis del sujeto personal y comunitario descrita en los santos Evangelios. En los Evangelios encontramos a Jesús que, tras los treinta años de permanencia silenciosa en Nazaret, durante dos años – los sinópticos nos dan una documentación precisa de ello – se limita a anunciar el Reino entre Cafarnaún, donde vive en casa de Pedro, Corazín y Betsaida (cfr. *Mt* 11, 20-23) – un territorio de pocos kilómetros cuadrados – llamando a vivir una amistad con Él a Pedro, Andrés, Juan, Santiago... (cfr. *Lc* 5, 1-11). Todos los sábados, como buen judío, iba a la sinagoga como signo inequívoco de la primacía de Dios en su vida. Allí leía la Palabra de Dios, rezaba con los Salmos (cfr. *Lc* 4, 16-27). Allí gradualmente introdujo la propuesta del reino por la que el Padre le había enviado. Con toda probabilidad la tarde del mismo sábado,

según la costumbre judía, Jesús la pasaba en las casas de los suyos y conversaba con ellos (cfr. *Mc* 4, 10-ss). De nuevo los Evangelios, con sus *logia*, nos dan testimonio de ello. Luego, a medida que crecía el interés, hablaba, sobre todo en parábolas (cfr. *Mt* 13, 1-51), a la gente que cada vez más numerosa acudía a escucharle. Este fue concretamente el inicio de su misión. ¿De qué se trata? Del hacerse cargo de una trama de amigos, libres y conscientes. Hombres y mujeres que encontraban en Él su centro afectivo. Más tarde, dos años después, Jesús se ve prácticamente obligado a exiliarse, más allá del lago; y desde allí, con el grupo más reducido de los suyos, sube hasta Tiro y Sidón (cfr. *Mt* 15, 21). Durante seis meses el sujeto comunitario suscitado por el encuentro con el Maestro vive una relación más estrecha con Él. Están juntos las veinticuatro horas del día: de este modo crece y se consolida su *koinônia*. Por fin, en otros seis meses, una vez que «se afirmó en su voluntad de ir» (cfr. *Lc* 9, 51: *ipse faciem suam firmavit!*), les llevó consigo a Jerusalén (cfr. *Mc* 10, 1; *Mt* 19, 1; *Lc* 9, 51) donde su misión se cumple trágicamente, pero donde eucarísticamente el sujeto eclesial toma la forma definitiva que llega hasta nosotros, justamente en virtud de aquellos hechos (pasión, muerte y resurrección), base del acontecimiento que, por gracia, los hombres encuentran también hoy, si un sujeto transformado por el Espíritu de Cristo se lo propone como acontecimiento.

De este modo resulta “comprensible y practicable” para los fieles la experiencia que «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».³¹ La existencia del sujeto, al mismo tiempo personal y comunitario, es la prioridad fundamental para toda la Iglesia. Esto es lo que todos los movimientos y las nuevas comunidades han sabido indicar persuasivamente y, por lo tanto, debe ser su absoluta prioridad. Será como para los primeros apóstoles, camino concreto para vivir las dimensiones del mundo (evangelización e inculturación).

³¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, n. 22.

Este “cuidado” del sujeto, que brota de la co-esencialidad de la dimensión carismática y la dimensión institucional, permite recuperar concretamente el dato elemental, hoy a menudo perdido, de que la vida es, en sí misma, *vocación*. Todas las circunstancias, cada relación, no son sino el casi-sacramento mediante el que el Espíritu de Jesús llama al cristiano a implicarse en el designio del Padre que conduce la historia de cada persona y de toda la familia humana. La vida como vocación precede a la vocación a un estado específico de vida. En efecto, todo carisma auténtico resulta persuasivo no porque “añade algo” a los contenidos normales de la existencia, sino porque nos hace conscientes de cómo el misterio de Dios, que en Jesucristo se sometió a la condición humana, se hace presente a través de la normalidad de la existencia en cuanto tal revelando su carácter de vocación. En cada instante el *Deus Trinitas* se nos ofrece y nos llama a actuar de manera que toda nuestra vida sea una *logiké latreía* (Rm 12, 1), un culto razonable (espiritual) agradable a Dios. El valor del bautismo (cfr. 1 P 3, 21) y la forma eucarística de la vida cristiana brillan aquí con plenitud. El cristiano está llamado (*vocación*) a través de todas las circunstancias de la vida a asumir la tarea (*misión*) de dilatar, mediante su entrega, el Reino de Dios, sentido último de la historia y de todas las historias, que *ya* se realizó en la historia singular de Cristo pero *todavía no* se ha manifestado plenamente en la historia de cada uno, y sin embargo está presente como anticipo en el misterio de la Iglesia.

Llegados a este punto, conviene recordar con firmeza un dato que hoy se descuida gravemente. La conciencia de que la vida es vocación requiere que el fiel sea continuamente educado al pensamiento de Cristo (cfr. 1 Cor 2, 16). En efecto, si no se quiere “dar por descontado” el sujeto de la acción misionera, toda comunidad cristiana debe promover una permanente educación a la fe entendida como criterio vital con el que afrontar toda la realidad. En la vida del cristiano el paulino «examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5, 21) porque «todo es vuestro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3, 22-23) no puede ser un dato automático, sino que requiere un trabajo orgánico de educación (cfr. Jn 6, 45). Nos lo documentan, una vez más, las primeras comunidades cristianas: el anuncio del Evangelio vivido en la eucaristía y testimoniado en la

vida requiere identificarse esmeradamente con la fe entendida como abandono a Cristo (*fides qua*) y profesar su verdad (*fides quae*): «Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hcb* 2, 42).

Puesto que Jesucristo es la Verdad viva y personal – ante todo, la Revelación no tiene la forma de un discurso, sino de una persona – en la educación cristiana es imposible separar “aquello” que Jesús enseña de “cómo” lo enseña. La *mente de Cristo* es experiencia y *logos* inseparablemente. La génesis de la comunidad apostólica, a la que hemos apuntado brevemente, muestra que para poder asimilar la verdad que él propone hay que comprometerse en una relación estable con Él y sus hermanos. Seguir a Jesús es el camino para poder entrar en el contenido vivo y presente de la Revelación. De manera que los distintos movimientos y comunidades eclesiales, animados por el Espíritu, serán lugares de seguimiento eclesial si hacen posible y practicable la educación permanente a la mente de Cristo (*1 Cor* 2, 16) que brota del *idem sapite*, del *tò autò phroneite* (*2 Cor* 13, 11) del que habla Pablo.

Un sujeto llamado a auto-exponerse: el testimonio cristiano

La segunda condición que se convierte en prioridad y perspectiva para la misión eclesial de los movimientos y de las nuevas comunidades es intrínseca a la naturaleza y a la existencia del sujeto eclesial personal y comunitario. El sujeto cristiano está llamado a dar testimonio del acontecimiento que ha encontrado, es decir, a exponerse a sí mismo en el seguimiento de Jesucristo tras los pasos del carisma del que participa y que está garantizado objetivamente por la autoridad. Entre paréntesis, conviene recordar que este es el camino principal que sugiere la conclusión de la parábola de la llamada teología del laicado en el binomio vocación-misión.³²

³² Se pueden distinguir cuatro fases en la reflexión de la “teología del laicado”. En la primera fase en la que destacan las contribuciones de Congar, Philips y Spiazzi, se reconocen la dignidad y el papel de los laicos en la Iglesia en virtud del bautismo que les hace par-

¿De dónde nacen, en concreto, las comunidades primitivas a las que hemos hecho referencia? De los apóstoles atraídos por el poder del Espíritu del Resucitado que, en plena comunión con su Madre y entre ellos, de cristianos asustados que eran, por gracia, se transforman en testigos hasta la entrega total de sí mismos. Una imponente metamorfosis que Jesús había prometido: «Seréis mis testigos» (cfr. *Lc* 24, 48; *Hcb* 1, 8), «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 19). El Evangelio de Juan describe la gracia profunda de esta extraordinaria novedad que experimentaron los pescadores de Galilea, que documenta la génesis pneumatológica de la Iglesia: «Por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza [...] os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si yo me voy, os lo enviaré; y cuando venga, convencerá al mundo» (*Jn* 16, 6-8). El apóstol no es tal hasta que el Espíritu del Resucitado no lo envía, no hace de él un testigo. La etimología más probable de este vocablo lo hace derivar de *ter-stis*, el *tercero* que *está* entre dos. Todos los suyos (desde los primeros hasta nosotros) son el tercero que está entre él y nuestro hermano que – quizá sin saberlo, incluso quizá blasfemando contra él – anhela la salvación de Cristo.

típicos de los *tria munera* de Cristo. Una segunda fase busca una definición positiva del “laico” profundizando sobre todo la llamada “índole secular”. La tercera fase es más compleja y variada. Los temas debatidos quizá se puedan sintetizar en cuatro núcleos fundamentales: la teología de los ministerios, la llamada “teología del cristiano”, una renovada “teología de la laicidad” y, por último, una “teología de la índole secular” más articulada. La reflexión desemboca en la VII Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre *Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a veinte años del Concilio Vaticano II* y, por consiguiente, conduce a la publicación de la exhortación postsinodal *Christifideles laici*. Una síntesis de este recorrido se puede encontrar en: A. SCOLA, *Questioni di antropologia teologica*, Ares, Milán 1996, 69-81; J.L. ILLANES, *La discusión teológica sobre la noción de laico*, en: “Scripta Theologica” 22 (1990) 771-789; G. COLOMBO, *La “teologia dei laici”: bilancio di una vicenda storica*, en: AA.VV., *I laici nella Chiesa*, Elle Di Ci Leumann, Turín 1986, 9-27. Al respecto, cfr. A. SCOLA, *La misión de la Iglesia al alba del tercer milenio: discípulos y testigos del Señor*, en: *Congreso del laicado católico. Roma 2000*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2002, 79-115.

El testimonio es, al final, la gozosa garantía de una vida buena transformada por la fascinación de Jesús. Esta mueve a la persona y a la comunidad a obedecer a lo que la Providencia le pide *aquí y ahora*. En efecto, pertenece a la naturaleza de todo movimiento, como realización de la Iglesia, ser una constante “pro-vocación” a la persona en vista de la propia madurez personal y eclesial. Una comunidad nunca sustituye a la persona, pero la apremia a la madurez hasta que alcanza su figura adulta y completa. La lanza a la responsabilidad con respecto al don de la fe que ha encontrado o que el encuentro con un carisma persuasivo ha despertado.

¿Cómo se declina esta llamada personal y comunitaria a auto-exponerse?

Desde el punto de vista personal podemos describirla, en su dinámica interna, al menos con dos rasgos. Por una parte, auto-exposición significa permanente docilidad a lo que el Espíritu obra en la vida de la Iglesia y en el mundo. Por otra parte, significa asumir un estilo testimonial de vida estable a partir de la propia comunidad cristiana dentro de cada ámbito de la existencia humana. Son dos dimensiones que se necesitan recíprocamente y nunca se pueden separar: no es posible dar testimonio si no nace de la docilidad a la obra del Espíritu que da testimonio en nosotros, para que también nosotros podamos dar testimonio al mundo (cfr. *Jn* 15, 26-27).

Esta urgencia de auto-exposición personal se juega inevitablemente a partir del específico estado de vida. Un fiel laico casado, partícipe del carisma encontrado, se expresará concretamente en la vida de la Iglesia y en la sociedad de un modo que no será idéntico al de los que siguen a Jesús en la virginidad consagrada. La manera de expresarse de un sacerdote miembro de una sociedad de vida apostólica o de formas análogas nacidas de la experiencia de un movimiento no será la misma de la de un sacerdote diocesano aunque participe del mismo carisma. Y será también distinto el seguimiento de un carisma para los que pertenecen a familias monásticas, a congregaciones y órdenes religiosas o a institutos seculares. Son aspectos importantes sobre los que muchos movimientos y nuevas comunidades están reflexionando y con

relación a los cuales el testimonio pide también la valentía del *de iure condendo*.³³

El testimonio como urgencia intrínseca de todo carisma es exigido de forma radical por la inevitable muerte de los fundadores de movimientos y nuevas comunidades. En este caso, para asegurar la fidelidad al carisma mismo, es decisiva ante todo la auto-exposición de aquellos que han encontrado el carisma, y esto vale especialmente para los que han recibido la misión de continuar la guía de las comunidades como sucesores de los fundadores. Arriesgando en el testimonio personal uno se vuelve cada vez más hijo, y por tanto, fiel a la gracia recibida: hijos, y no simples imitadores.

Si consideramos ahora la auto-exposición de la comunidad en cuanto tal, me interesa indicar dos criterios fundamentales. Hablando de prioridades y perspectivas hay que evitar el grave riesgo de homologaciones indebidas. Para la misión de los movimientos y de las nuevas comunidades no existe un único camino que todas estas realidades deban recorrer. Sin esta prudencia se podría volver a caer en la tentación de querer capturar a movimientos y nuevas comunidades en las redes de lo “ya conocido”, haciéndoles perder la providencial y provocadora *diversidad* a la que el Espíritu los llama. En principio, no hay que obstaculizar al Espíritu la mayor variedad de configuraciones testimoniales, siempre que se permanezca dentro del cauce objetivo del *regimen communionis* de la Iglesia.³⁴ Esto indica, además, que están madu-

³³ Cfr. CH. HEGGE, *I movimenti e la ricezione del Concilio Vaticano II*, en: “Periodica de canonica” 88 (1999) 501-531; G. GHIRLANDA, *Carisma e statuto giuridico dei movimenti ecclesiali*, en: “Rassegna di Teologia” 41 (2000) 67-79; A. FAVALE, *Presbiteri, movimenti e nuove comunità nella Chiesa*, en: “Salesianum” 62 (2000) 525-564; S. RECCHI, *I movimenti ecclesiali e l'incardinazione dei sacerdoti membri*, en: “Quaderni di diritto ecclesiastico” 15 (2002) 168-176; F. CIARDI, *Gli istituti di vita consacrata e i movimenti ecclesiali insieme per la causa del Regno*, en: “Vita Consacrata” 38 (2002) 140-152; J.J. ECHEBERRIA, *Los movimientos eclesiales: fenomenología cuestiones abiertas*, en: “Estudios Eclesiásticos” 76 (2001) 5-33.

³⁴ Cfr., CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 14: «A la sociedad de la Iglesia se incorporan plenamente los que, poseyendo el Espíritu de Cristo, reciben íntegramente sus disposiciones y todos los medios de salvación depositados en ella, y se unen por los vínculos de la profesión de la fe, de los sa-

ros los tiempos para reconocer que la acción y la reflexión sobre la misión de los nuevos movimientos en la Iglesia no se puede seguir considerando un capítulo independiente, sino que debe desarrollarse necesariamente dentro de la Iglesia universal y de las iglesias locales, en la común sinfonía de todas las agregaciones de fieles, incluidas las clásicas.

Esto – y es la segunda observación – impone el valor y la paciencia de saber encontrar nuevas formas. También con respecto a esto, cada movimiento deberá ganarse paso a paso su fisionomía jurídica en la historia concreta de auto-exposición de cada realidad dentro de la vida de la Iglesia.

Si prestamos atención al caso concreto de los distintos movimientos y comunidades me parece – es una lectura muy personal – que se manifiestan dos tendencias que no son alternativas, aunque se expresen en orientaciones distintas.³⁵

Por una parte, en algunas de estas realidades se desarrolla la conciencia de que el seguimiento del carisma intenta simplemente expresar una modalidad persuasiva de la pertenencia normal a la Iglesia. Tales movimientos quieren educar en la “lógica sacramental” propia de la existencia cristiana en cuanto tal. Ella permite afrontar las condiciones de vida comunes a todos los fieles sin enfatizar formas y organismos específicos de compromiso, de testimonio y de organización. Una orientación como ésta favorece una concepción y una práctica de movimiento entendido como lugar de fraternidad y amistad cristiana capaz de asumir con agilidad las instancias propias de cada lugar y tiempo. Una diligente vigilancia sobre una intensa comunión y una generosa misión ayudará la fidelidad estable al carisma y que esté desti-

cramentos, del régimen eclesiástico y de la comunión, a su organización visible con Cristo, que la dirige por medio del Sumo Pontífice y de los obispos».

³⁵ Descripciones de los carismas y de la vida de varios movimientos eclesiales y nuevas comunidades se pueden encontrar en: A. FAVALE, *Comunità nuove nella Chiesa*, Messaggero, Padua 2003; M.M. BRU ALONSO, *Testimoni dello Spirito*, Grafite, Nápoles 1999; *Associazioni internazionali di fedeli. Repertorio*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2004.

nado a la misión de la Iglesia. Esta actitud de fuerte auto-exposición puede encontrar apoyo en formas jurídicamente apropiadas, o ya existentes o por encontrar.

Me parece, no obstante, que en los hechos se pueda subrayar también otra orientación. La de concebir la pertenencia al movimiento o a la comunidad, lugares persuasivos de vida cristiana, en analogía con formas monásticas y de órdenes y congregaciones religiosas a la sombra de las cuales han nacido muchas nuevas comunidades. Esta opción puede favorecer una precisión de propuesta y un atento seguimiento del camino de sus miembros. Justamente siguiendo la plurisecular experiencia de las formas monásticas y religiosas, estas realidades deberán buscar formas jurídicas apropiadas para las mutuas relaciones con las realizaciones ordinarias de la vida eclesial.

Un sujeto testigo en el mundo

Como nos ha recordado Benedicto XVI existe una objetiva correspondencia entre la belleza del encuentro con Cristo, en virtud del don del Espíritu, y la alegría de comunicarlo.³⁶ La misión no es ante todo una actividad específica que se añade a las otras de la vida cotidiana. Al contrario, en virtud de la “lógica sacramental” de la Revelación, toda circunstancia y relación es casi-sacramento del encuentro con Cristo. La misma persona, fascinada por la belleza del encuentro con Cristo gracias a un carisma persuasivo, comunica, llena de alegría, esta belleza en la trama cotidiana de la existencia – afectos, trabajo y descanso – donde se da el diálogo de salvación con el Resucitado. Aquí está la raíz de la esencialidad y de la universalidad de la misión cristiana.³⁷ La misión eclesial no tiene, como sabemos, otros límites que los del mun-

³⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la solemne celebración eucarística para la asunción del ministerio petrino*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 29 de abril de 2005, 7: «Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él».

³⁷ Cfr. E. BUENO DE LA FUENTE, *La autoconciencia misionera de los nuevos movimientos*, en: “Misiones Extranjeras” 172 (1999), 279-289.

do: «El campo es el mundo» (Mt 13, 38). La misión es propia de todos los llamados, es decir, potencialmente, de todos los hombres.

Una vez más podríamos describir los rasgos de esta vida en favor del mundo (*propter nos et propter nostram salutem*) haciendo referencia a los Hechos de los apóstoles. Basta con recordar la tensión libre a poner en común bienes materiales y espirituales (cfr. Hch 4, 32-37), practicando la *koinônía* como principio concreto de organización de la existencia. O referirse a Pablo que en Corinto trabaja como fabricante de tiendas (cfr. Hch 18, 1-4), o al mismo que recibe amigos en casa, prisionero en Roma, viviendo así con un estilo singular su “descanso” (cfr. Hch 28, 16-22). O el carcelero de Filipos que, una vez pasado el momento de gran confusión, pidió el bautismo, hizo subir a Pablo y Silas a su casa, les preparó la mesa... y «se alegró con toda su familia por haber creído en Dios» (cfr. Hch 16, 27-34). Verdaderamente, cada circunstancia de la vida y en ella cada relación – en efecto, circunstancias y relaciones forman la trama de la que está entretejida la realidad – son el lugar del anuncio testimonial de Jesucristo por parte del sujeto eclesial personal y comunitario.

Hablando de misión hoy, hay que tener el valor de reconocer que, por la gran angustia en la que vive el hombre postmoderno, es decisivo mostrar cómo el acontecimiento de Jesucristo intercepta concretamente el anhelo de libertad y de felicidad inscrito en todo hombre pero que nuestros contemporáneos sienten de manera singularmente intensa. Esto debe llevar a mostrar las implicaciones antropológicas y sociales de la novedad de vida generada por el bautismo, una novedad que se vuelve fascinante por el seguimiento del carisma que participa en la vida de la Iglesia.³⁸ Estamos llamados a mostrar que no es cierta la terrible acusación del poeta Eliot: «El género humano / no puede soportar demasiada realidad».³⁹

Cuando hablo de urgencias antropológicas me refiero a las modali-

³⁸ Cfr. G. COLZANI, *Nuova evangelizzazione, sfida comune. Sulla relazione fra Chiesa e movimenti*, en: “La Rivista del Clero Italiano” 81 (2000), 646-665.

³⁹ T.S. ELIOT, *Burt Norton I*, en: Id., *La sorella velata. Poesie scelte*, BUR, Milán 2000, 197.

dades concretas con las que la fuerza de los movimientos educa a vivir las relaciones personales y a afrontar la experiencia apasionante del amor conyugal y virginal, que siempre es fecundo. Hacer visible en el mundo la posibilidad de amar para siempre y de manera exclusiva en el matrimonio y la de engendrar y educar hijos constituye un camino decisivo para volver a dar esperanza a nuestros hermanos, los hombres. Esa esperanza de la que son un signo privilegiado y escatológico los que han sido llamados a seguir a Jesucristo a través de la profesión de los consejos evangélicos o a través del sacramento de la ordenación.

En el plano social es urgente proponer concretamente una nueva civilización con un rostro humano, hecha de relaciones, de trabajo y de descanso concebidos como generadores de “vida buena” personal y civil.

Amando y trabajando en Cristo y por Cristo sin temor al sacrificio y al deber, el deseo y la libertad encuentran el camino seguro hacia el cumplimiento. Llegamos a ser hombres conducidos por la lógica de la Encarnación a compartir las formas más elementales del deseo, a partir de la necesidad (cfr. *Hch* 4, 32-35; *Rm* 15, 25-27; *1 Cor* 16; *2 Cor* 8). Y es del todo natural que cuanto más imponente y radical sea la necesidad, más provoca la libertad de compartir del cristiano.

De este modo se irá configurando una cultura social basada en los principios de la solidaridad y de la subsidiariedad, en los que constantemente profundiza el Magisterio social de la Iglesia. Seremos capaces de encuentro y colaboración con hombres y mujeres de todas las latitudes en la edificación de formas sustanciales de democracia y de buen gobierno.

No es casualidad que el Santo Padre, en su encíclica *Deus caritas est*, haya llamado a los fieles laicos a recorrer el camino de la purificación del amor. Un camino que va simultáneamente del eros al ágape y de la justicia a la caridad.⁴⁰ Los cristianos – dice el Papa – como «ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la “multiforme y

⁴⁰ Cfr. A. SCOLA, *Introduzione e commento a Deus caritas est*, Cantagalli, Siena 2006, 108-112.

variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común* »». ⁴¹ La importancia de este testimonio en lo social, capaz de distinguir los distintos ámbitos en la unidad vital del sujeto, está marcada por una clara conciencia de la relación entre derechos, deberes y leyes. A propósito de esto, es significativo el peso que últimamente ha tenido el debate sobre “religión” y “laicidad”, por lo menos en Europa y en Estados Unidos.

Por una parte hay quien absolutiza la relación ciudadano-Estado, relegando al ámbito de lo privado cualquier pertenencia o identidad (cultural, religiosa). De este modo se llega a una hipertrofia de los derechos, desvinculados de los deberes y de las leyes, y a la separación entre lo público y lo privado, lo que conduce inevitablemente a una concepción formalista de la democracia. Al censurar la dimensión religiosa del hombre el ordenamiento estatal tiende a ocupar el lugar de Dios.

Por otra parte, asistimos a una enfatización de las “diferencias” culturales, religiosas y étnicas hasta hacerlas incomunicables entre ellas. De aquí la imposibilidad de concebir la pertenencia común a la familia humana. No se logra fundar la universalidad y, por lo tanto, establecer un término de comparación entre las diversidades sobre la base de la experiencia elemental de cada uno y de todos.

La antropología que nace del encuentro con el Resucitado, precisamente porque respeta la naturaleza específica de la experiencia elemental, permite no dejarse enredar en posiciones semejantes. El hombre, constitutivamente religioso, es capaz de acoger toda la realidad que a su vez, en sus líneas esenciales, es cognoscible. La sociedad siempre está en correlación con la persona, por lo tanto, la separación entre público y privado es arbitraria. El cristiano propugna una visión del hombre y de la sociedad a medida de todos, no teme la naturaleza plural de las modernas realidades civiles porque estima los cuerpos intermedios en los que el individuo está siempre integrado. Así se ve

⁴¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 28.

ayudado a no vivir de manera individualista los derechos, por lo que estima el don de la vida, la naturaleza objetiva de las relaciones afectivas, familiares y sociales, y está convencido de que se puede conjugar la justicia con la caridad.

Por lo tanto, movimientos y nuevas comunidades son llamados a un testimonio integral que llegue hasta estas implicaciones. Sólo así serán fieles a la naturaleza esencialmente misionera del cristianismo.

«¡AY DE MÍ SI NO PREDICO EL EVANGELIO!»

El pasaje de los Hechos de los apóstoles con el que hemos empezado esta reflexión continúa con un episodio muy significativo: «Por la noche Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie suplicándole: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”. En cuanto tuvo la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarlos (el texto griego dice “evangelizar”, *euangelísasthai*)» (Hch 16, 9-10).

¿El macedonio del relato de los Hechos no es acaso la figura de cada uno de nuestros hermanos que no deja de interpelarnos, quizá expresándose con la rebelión e incluso con la hostilidad? ¿Y nosotros, que por pura gracia hemos conocido al Resucitado y por el don de su Espíritu formamos parte viva del pueblo cristiano, no nos pondremos inmediatamente en movimiento reconociendo en esto la invitación de Dios que nos apremia a la evangelización? «¡Ay de mí si no predico el Evangelio!» (1 Cor 9, 16).

I.3. Mesas redondas

**El encuentro con la belleza de Cristo.
Itinerarios educativos**

Introducción

MATTEO CALISI

El Espíritu Santo ha hecho un don extraordinario a su Iglesia en los últimos años: han surgido nuevas comunidades y movimientos eclesiales que han generado muchos y preciosos frutos espirituales en la vida de la Iglesia y de muchas personas. Éstos son un testimonio elocuente de la presencia viva del Espíritu Santo en el corazón de los fieles, como había afirmado en varias ocasiones el siervo de Dios el papa Juan Pablo II.

¡Muchos laicos cristianos – hombres y mujeres, jóvenes, adultos y ancianos – han podido experimentar el encuentro con la asombrosa belleza de Cristo! Mucha gente ha descubierto de nuevo la fe, el gusto de la oración, los sacramentos, la fuerza de la Palabra de Dios, y han traducido todo esto en un generoso servicio a la nueva evangelización de la Iglesia.

Al mundo moderno, que declara la muerte de Dios y que ha entrado en un proceso de *necrosis espiritual* llamado “secularismo”, las nuevas comunidades proclaman con alegría que Dios está vivo, que sus fieles viven en Él, que Él habita y actúa poderosamente en ellos a través del Espíritu Santo.

Esta mesa redonda no consiste en una presentación más de los movimientos y de las nuevas comunidades que, en su conjunto, están ampliamente difundidos y son conocidos en la Iglesia; deseamos más bien compartir el sentido vivo de comunión eclesial que caracteriza este diversificado florecimiento de carismas, sus métodos, sus distintas formas comunitarias y sus innumerables campos de apostolado.

La presencia en esta mesa redonda de seis representantes de estas nuevas realidades es una valiosa oportunidad para acoger la riqueza de los distintos dones del Espíritu, subrayar su valor educativo y renovar su impulso misionero.

Por lo tanto, agradezco la participación de Alba Sgariglia, del Movimiento de los Focolares; de Kiko Argüello, iniciador del Camino Neocatecumenal; de Giancarlo Cesana, del Movimiento de Comunión y Liberación; de Patti Gallagher Mansfield, una iniciadora de la experiencia de la Renovación Carismática Católica; de padre Laurent Fabre, fundador de la Comunidad “Chemin Neuf “ y de Jean Vanier, fundador de la Comunidad del Arca.

En el origen de todo, el descubrimiento de que “Dios es amor”

ALBA SGARIGLIA*

Partiendo de la afirmación de la primera carta de Juan, «Dios es Amor: y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16), la encíclica con la que se abrió el pontificado de Benedicto XVI se coloca en el centro de la fe cristiana: el amor es el ser del Dios cristiano, su nombre, su verdadera naturaleza, pero también el sentido más verdadero de la existencia humana, nuestro único destino.

Este descubrimiento fundamental, que «Dios es amor», está en el origen de nuestro encuentro con la belleza de Cristo, encuentro que para nosotros se ha dado a través de un carisma, el carisma de la unidad del que en nuestro tiempo el Espíritu Santo ha hecho don a Chiara Lubich.

Nuestra vida se ha como iluminado: ha sido encontrar una luz que nos ha atraído y comprometido en el corazón y en la mente. De manera que toda la vida se ha transformado, ha tomado – diría el mismo Benedicto XVI – «la dirección decisiva».¹

Desde los inicios del movimiento, descubrir que Dios nos ama inmensamente ha sido para nosotros una novedad absoluta, tal que ha obrado en nosotros una especie de conversión. Desde ese momento nos hemos percatado de la presencia de Dios en todas partes a través de su amor: en nuestras jornadas, en nuestros propósitos, en los acontecimientos alegres y tristes.² Hemos ido descubriendo, no ya a un

* Movimiento de los Focolares.

¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

² Él estaba siempre, estaba en todo lugar y nos explicaba que todo era amor: lo que éramos y lo que nos afectaba; que éramos hijas suyas y él nuestro Padre; que nada escapaba a su amor, ni siquiera los errores que cometíamos, porque Él los permitía; que su amor envolvía a los cristianos como nosotros, a la Iglesia, al mundo y al universo. Cfr. C. LUBICH, *Un camino nuevo*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, 34.

Dios lejano, inaccesible, ajeno a nuestra vida, sino su rostro paternal y, por consiguiente, esa relación entre Cielo y tierra que nos une como hijos al Padre y como hermanos entre nosotros. Él, Dios Amor, Dios Padre nos ha renovado, regenerado, acompañándonos a lo largo de un riquísimo camino de formación personal y comunitaria. En particular, nos ha enseñado a abandonarnos totalmente a Él; a sorprendernos frente a sus intervenciones, a su providencia puntual y concreta; a ser desprendidos de las cosas; a vivir la vida terrena inmersos en lo sobrenatural, inmersos en aquel Reino de Dios presente ya en la tierra.

En una palabra, podemos decir que nos ha enseñado a descubrir el amor siempre y en todas partes, en nosotros y a nuestro alrededor.

«Hemos creído en el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4, 16): fue y es la respuesta inmediata ante el descubrimiento de tanto amor y, por consiguiente, es la norma que – sentimos – tiene que conformar nuestras acciones y, más aún, plasmar todo nuestro ser, determinar nuestra personalidad.

Para realizar esto, los miembros del movimiento miran a Aquel que en su vida hizo del amor su única finalidad: Jesús. En efecto, estamos llamados a ser otros Él.³ La finalidad de nuestro itinerario educativo se condensa precisamente en esto: ser amor, “ser Jesús” para llevar en el mundo su manera de actuar, su manera de pensar, su manera de querer. Para hacer esto sentimos que hay que conocer y practicar en la vida todo lo que Él dijo e hizo, es decir, hay que vivir ante todo su Palabra – según una práctica colaudada desde los inicios del movimiento –, nutrirnos de ella, asimilarla hasta que penetre en lo profundo del alma, hasta llegar a ser casi sustancia de ella, nueva *forma mentis* del hombre nuevo en nosotros.⁴ También

³ Efectivamente, Jesús «es la Vida y la Vida completa. Él es el Hombre, el hombre perfecto, que resume en sí a todos los hombres y toda verdad, es el impulso que ellos pueden sentir para elevarse al lugar que les es propio» (C. LUBICH, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, 237).

⁴ Y hemos constatado que «ser tu Palabra» significa ser otro, hacer la parte del Otro que vive en nosotros: encontrar nuestra libertad en la liberación de nosotros mismos (cfr. *ibid.*, 181).

sentimos que hay que comunicar a otros las experiencias de esta Palabra vivida, para reevangelizarnos como individuos y como comunidad. Sólo así sabemos que podemos formarnos para ser otros Jesús y para descubrir nuestra identidad más verdadera de personas que se realizan en el amor.

En esta nueva vida, que el carisma poco a poco ha ido suscitando, se ha puesto de manifiesto la característica esencial de ese amor que Jesús trajo sobre la tierra: el amor mismo de la Trinidad. Un amor que es don incondicional y recíproco de sí mismo y, por lo tanto, comunión total. Un amor que, reflejando el dinamismo de la vida intratrinitaria, transforma nuestra manera de relacionarnos con los demás.⁵ Por lo tanto, nuestro amor recíproco debe ser expresión de esta realidad trinitaria para que la vida del Cielo, de alguna manera, sea trasladada a la tierra o, mejor, la tierra se convierta en anticipo del Cielo. Y cuando esto sucede, se experimenta que nacen relaciones interpersonales nuevas, arraigadas en una base sólida, profundamente humana y, al mismo tiempo, profundamente divina, relaciones destinadas, por este motivo, a ser eternas. En la medida en que se reconoce en cada prójimo que pasa por nuestro lado un don del amor de Dios para nosotros, nuestra mirada es capaz de reconocer en él al mismo Jesús que vive en nosotros por la gracia, por lo tanto, de reconocernos a nosotros mismos en cada hermano, de ver y descubrir nuestra misma luz en los demás, nuestra realidad verdadera, nuestro verdadero yo en los demás.⁶ De manera que el hermano se convierte para nosotros en camino – y camino privilegiado – para encontrar nuestra identidad más verdadera. Pero amar al hermano con esta medida requiere algunas condiciones: acogerlo todo de él, entrar en sus necesidades, hacer nuestros sus dolores, sus dificultades, vivirlos como algo nuestro. Es “unirse” a él (cfr.

⁵ Como escribe Chiara: «He sentido que yo he sido creada como un don para quien está a mi lado, y el que está a mi lado ha sido creado por Dios como un don para mí. Como el Padre en la Trinidad es todo para el Hijo y el Hijo es todo para el Padre. Y la relación entre nosotros es el Espíritu Santo, la misma relación que hay entre las Personas de la Trinidad» (C. LUBICH, *El arte de amar*, Ciudad Nueva, Madrid 2006, 141-142).

⁶ Cfr. ID., *La doctrina espiritual*, Madrid 2002, 235-236.

1 Cor 9, 22), que implica por nuestra parte el vacío más completo de nosotros mismos, nuestro ser nada.

Desde los inicios, el carisma nos ha indicado cuál es para nosotros el modelo del más profundo hacerse nada por amor: Jesús que grita al Padre «Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?» (*Mc* 15, 34): un vacío de amor infinito que es supremo acto de amor, en el que Él se manifiesta todo amor y, por lo tanto, fuente de ese amor que nos une al Padre y entre nosotros.⁷ Es mirando a este modelo divino, Jesús abandonado, que los focolarinos aprenden a afrontar toda situación negativa, suya y de otros, y a transformarla en ocasión de nuevo crecimiento en la relación con Dios y con los hermanos.

Amar, pues, amarnos recíprocamente teniendo como medida el grito de abandono de Jesús.

Éste es el núcleo fundamental del recorrido que los miembros del movimiento emprenden, teniendo siempre ante ellos, como directriz y meta de este camino suyo, la oración de Jesús al Padre: «Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea» (*Jn* 17, 21). Ellos, sintiendo como propia toda falta de unidad que encuentran, intentan establecer plenamente la unidad entre ellos para que pueda irradiar y resplandecer cada vez más también a su alrededor. Esta unidad realizada tiene como efecto la presencia de Jesús (cfr. *Mt* 18, 20) prometida a quienes están unidos en su nombre,⁸ presencia que hace que lleguemos a ser uno en Cristo (cfr. *Ga* 3, 28), «no sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo», como afirma Benedicto XVI, que concluye: «Si vivimos de este modo transformamos el mundo».⁹ Por eso, para nosotros que recorremos el camino de la unidad, “Jesús en medio” es esencial, es – se podría decir – la naturaleza de nuestra vida, la norma de las nor-

⁷ En efecto, Jesús abandonado «ha llenado todo vacío, ha iluminado las tinieblas, ha acompañado toda soledad, ha anulado todo dolor, ha borrado todo pecado» (C. LUBICH, *Meditaciones*, Ciudad Nueva, Madrid 2006, 31).

⁸ Es decir, como dan fe de ello los Padres de la Iglesia, en su amor. Cfr. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía in Mattheum* 63: PG 58,587; TEODORO STUDITA, *Epistula* II: PG 99,1350.

⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía del Sábado Santo*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 21 de abril de 2006, 4.

mas.¹⁰ Por lo tanto, no es sólo un punto de llegada sino un punto de partida. Por eso intentamos constantemente “generar” su presencia entre nosotros.¹¹ Y puesto que Él está entre nosotros todo asume significado y valor: en la oración, en el estudio, en el trabajo... Es más: podríamos decir que precisamente Él presente entre nosotros constituye el “lugar” privilegiado de nuestra formación. En efecto, es una experiencia confirmada del movimiento que, aprendiendo a vivir con Él entre nosotros, se potencia la maduración espiritual y cultural de la persona y de su conciencia. Y esto permite comprender cómo cada uno recorre este camino singularmente, pero en una profunda comunión de vida y de pensamiento entre todos los que lo emprenden.

A tal fin, han ido surgiendo en el tiempo espacios y estructuras – temporales o permanentes¹² –, reservadas al desarrollo de cursos periódicos de formación integral, espiritual y cultural, en los que se educa a caminar por esa “vía del amor” mediante la cual día tras día junto con los hermanos avanzamos hacia Dios, y adquirimos la capacidad de entrar en diálogo con los varios universos religiosos y culturales de nuestro tiempo. Para llevar a cabo este recorrido formativo, se han ido delineando también algunos instrumentos concretos. Además de la comunicación de experiencias sobre la Palabra de vida ya citada, algunos momentos están reservados a las conversaciones de los responsables con los miembros en formación, para compartir las posibles pruebas, para resolver dificultades que puedan suceder en el camino, para iluminar y ayudar. Precisamente estas típicas conversaciones fueron la primera forma de estructura del movimiento en sus orígenes.

¹⁰ De manera significativa, los *Estatutos* del Movimiento de los Focolares se abren justamente con esta premisa: «La caridad mutua y continua, que hace posible la unidad y lleva la presencia de Jesús a la colectividad, es para las personas que forman parte de la Obra de María la base de su vida en todos sus aspectos: es la norma de las normas, la premisa de cualquier otra regla» (Obra de María, *Estatutos Generales*, 5).

¹¹ Cfr. PABLO VI en: “Insegnamenti di Paolo VI” II (1964), 1073.

¹² Se trata de Ciudades de testimonio, Centros Mariapoli, congresos anuales de varios días, escuelas de especialización, cursos especializados dirigidos a nuestros jóvenes, a los estudiantes universitarios, a cuya reflexión se ofrecen especialmente los contenidos de la doctrina que el carisma va elaborando.

Otro instrumento útil e indispensable es la costumbre denominada “hora de la verdad”, que tiene como punto de referencia la corrección fraterna ejercida en la primera comunidad cristiana (cfr. *Col* 3,16; *2 Cor* 13,11; *Hb* 10, 24-25). Con ella nos ayudamos, no sólo a eliminar los defectos, sino también a incrementar las propias virtudes.

Además, se practica la comunicación de los momentos significativos, de dolor y de gracia, que se encuentran durante el recorrido emprendido. Y esta comunicación, hecha sólo por amor – ya que lo que se hace por amor no se pierde sino que permanece y se multiplica –, nos anima unos a otros.

Por lo tanto, en este camino, que se recorre juntos, se busca tanto la propia santidad como la de los demás, para realizar el proyecto de Dios sobre cada uno y sobre el movimiento.

Al mismo tiempo, los focolarinos intentan irradiar su estilo de vida evangélica también en los ambientes donde desarrollan su actividad. Por lo tanto, se comprometen, ante todo, a cumplir con sus tareas profesionales de la mejor de las maneras y a hacer fructificar sus talentos para mejorarlos y perfeccionarlos, también a través de estudios concernientes a su profesión. Con el convencimiento, además, de que el Evangelio puede penetrar realmente en cualquier ámbito – desde la economía hasta la política, desde el derecho a la sanidad, desde la escuela a las comunicaciones sociales –, intentan colaborar con toda la Iglesia para que florezca una cultura fundada en el Evangelio y sobre los valores que éste contiene, capaces de ofrecer respuestas resolutivas a las numerosas problemáticas de la sociedad actual.

Por eso, frente al consumismo los focolarinos se comprometen a proponer la cultura del dar; frente a la inmoralidad la cultura de la pureza; frente a la falta de creencia la “cultura de la resurrección”, según la expresión acuñada recientemente por Chiara Lubich, es decir, cultura de Jesús resucitado presente entre nosotros que nos guía a la edificación de esa civilización del amor hoy deseada más que nunca.¹³

¹³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Salvifici doloris*, n. 30.

A lo largo de las etapas de su camino, los miembros del movimiento miran a una criatura, plenamente realizada. Miran a María.

¡Quién más que Ella creyó en el amor de Dios!

¡Quién más que Ella, “hija predilecta del Padre”, vivió plenamente la Palabra!

¡Quién más que Ella, morada de la Trinidad, se hizo don de amor, nada de amor para todos!

¡Quién más que Ella siguió y sigue generando la presencia de su Hijo en toda la Iglesia, difundiendo así la cultura de éste resucitado!

Por eso María, “flor de la humanidad”, “toda hermosa”, sublime icono de la belleza de Cristo, se ofrece a cuantos se adhieren al movimiento – que significativamente lleva el nombre de Obra de María –, como modelo a imitar y aún más a revivir para ser en la tierra, en la medida de lo posible, una presencia y casi una continuación de Ella.¹⁴

¹⁴ Cfr. Obra de María, *Estatutos Generales*, art. 2.

Pequeñas comunidades cristianas para la nueva evangelización

KIKO ARGÜELLO*

¿Qué puedo decir de la belleza y de su relación con el itinerario del Camino Neocatecumenal? Acabo de llegar, muy cansado, procedente de un encuentro de preparación de la misión *ad gentes*. El Camino se está preparando para predicar el Evangelio a los no bautizados. Partimos para esta misión no sólo con un presbítero, sino con una entera comunidad, que ya haya acabado el camino neocatecumenal y, por lo tanto, cuente con una experiencia de veinte o treinta años: una comunidad adulta, compuesta por familias, viejos y jóvenes, que ya haya renovado las promesas bautismales.

Por ejemplo, algunas familias que viven en Alemania desde hace ya dieciocho años han ofrecido su disponibilidad para ir a la ex-Alemania del Este. Pensad que en la ciudad de Karl Marx, Chemnitz, el ochenta y siete por ciento de la población no está bautizada. En esa área, que era de amplia mayoría protestante, el comunismo ha destruido radicalmente la fe. Si el ochenta y siete por ciento de los habitantes no está bautizado, el noventa por ciento no tiene ninguna relación con la Iglesia. Pero hemos constatado con sorpresa que el Obispo, cercano al Movimiento de los Focolares, está contento de nuestra propuesta. En realidad, contamos con el apoyo de muchas realidades eclesiales también en el sur de Francia, especialmente de la Comunidad del Emanuel. Para mí es una novedad, porque todavía nos conocemos poco. Entre las nuevas realidades eclesiales – a mí no me gusta la palabra “movimiento”, prefiero “nuevas realidades eclesiales” – nos conocemos realmente muy poco; pero tengo la impresión de que cada uno de

* Iniciador del Camino Neocatecumenal.

nosotros está haciendo lo que está llamado a hacer en su ámbito. Mi sorpresa deriva del hecho de que con muchos obispos encontramos numerosas dificultades, mientras que los obispos procedentes del Emanuel, de los Focolares o de otras realidades, como Comunión y Liberación o el Opus Dei, nos ayudan. ¡Qué sorpresa! Nos ayudamos recíprocamente.

Al respecto, me viene en mente un episodio: cuando en Florencia me atacaban los sacerdotes de izquierdas, que me detestaban, el cardenal Benelli me dijo: «Kiko, existe un solo Espíritu, no existen dos, ¡ánimo!». Una observación muy profunda: existe solamente un Espíritu Santo. Cuando estuve en Pekín tuvimos un encuentro con un responsable de la Iglesia “clandestina”. Me sorprendió que al final de este encuentro secreto – sabéis que los católicos en China sufren una grave persecución – este sacerdote nos permitió catequizar en toda China. ¿De dónde procede esta generosidad? ¿Qué es lo que encontró en nosotros? ¡No conoce directamente el Camino! «Con el mismo Espíritu» (2 Cor 12, 18). Hoy tenemos comunidades tanto en la Iglesia clandestina como en la nacionalista.

Dostoyevski decía que “la belleza salvará el mundo”. ¿A qué belleza se refiere? A Cristo. Los rabinos decían que cuando Dios, casi como un paraninfo, condujo Eva a Adán, Adán quedó extasiado por la belleza de Eva. Y añaden que cuando Moisés, nuevo paraninfo, hizo salir a Israel de la esclavitud de Egipto para conducirlo al monte Sinaí, Dios apareció como un esposo; el pueblo era como la esposa, a la que Dios se dirige con las palabras del Shema: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón» (Dt 6, 5). Los rabinos dicen que la belleza consiste en esto: todos pudieron ver la gloria de Dios en el monte Sinaí, todos pudieron escuchar. Y, sin embargo, venían de Egipto y había muchos cojos, ciegos y sordos, porque la idolatría ciega. El hombre que pone todas sus esperanzas en una ideología, en un ídolo, no puede ver el amor de Dios, porque sólo ve a su ídolo. La idolatría nos hace sordos a la Palabra de Dios. Dios no puede actuar en un hombre así, porque pone su esperanza únicamente en el ídolo. Cualquiera que sea el ídolo: político o artístico... Todos vieron, todos escucharon y los co-

jos caminaban. En el monte Sinaí Dios hizo el milagro de eliminar la fealdad de la idolatría que el pueblo de Israel arrastraba consigo desde Egipto, y todos se convirtieron en hermosos: ya no había cojos, ni sordos ni ciegos.

Una vez Juan Bautista mandó a sus discípulos a preguntarle a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (*Mt* 11, 3). En ese momento Juan Bautista estaba en la cárcel, y evidentemente atravesaba una noche espiritual extremadamente oscura, porque no sabía qué le iba a suceder; empezó a dudar que Jesús fuera verdaderamente el Mesías. Cristo le respondió: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan y los sordos oyen» (*Mt* 11, 4-5).

¿Qué quiero decir con esto? Nosotros querríamos presentar al mundo, entre los no cristianos, la belleza que es Cristo. Cristo ha hecho hermosos a los hombres. ¿Por qué hermosos? ¿Qué es lo que ha hecho hermoso? La comunidad cristiana, el cuerpo de Cristo resucitado. Estamos pensando en introducir comunidades cristianas en estos nuevos barrios llenos de rascacielos, en enormes periferias donde no hay ninguna presencia de Iglesia, ningún bautizado; por ejemplo, en una ciudad de Alemania ya completamente secularizada, el Obispo piensa en una especie de parroquia personal con una misión para los no bautizados, constituida por familias que ya hablen corrientemente el idioma. Familias cristianas, que hayan terminado el camino neocatecumenal, a menudo con más de diez hijos. Todos hijos mayores. Hemos querido escuchar personalmente a estos hijos, adolescentes entre los quince y los dieciocho años. Impresionante, os lo aseguro. Estas familias han sabido transmitir la fe a sus hijos. ¿Qué han contado respecto a las escuelas? Una chica de quince años ha contado que una compañera de clase suya ha abortado cinco veces, que la droga está muy difundida... y es una situación común en toda Europa.

En estas sociedades tan secularizadas, ¿dónde se puede encontrar a Cristo? ¡Quién lo encuentra está salvado! ¿Dónde se puede encontrar? ¿En la televisión alemana? ¿En los periódicos? ¿En la cultura? ¿Qué cultura? Hoy la cultura está hegemónizada por la izquierda. ¿En

el teatro? ¿En el *Código da Vinci*? La gente normal, que lleva una vida “normal”, va a trabajar... ¿dónde puede encontrar a Cristo? ¿Cómo?

Pues bien, nosotros hacemos esta propuesta: implantemos en estas zonas totalmente descristianizadas una comunidad cristiana, que es el cuerpo de Cristo resucitado, por lo que cada hermano constituye uno de los miembros del cuerpo de Cristo. Un chico de dieciocho años que va al instituto es un miembro de Cristo, es decir, lleva en sí la vida eterna, la vida inmortal, y cada compañero de estudios que pasa cerca de él tiene una posibilidad de encontrar a Cristo a través de él. Del mismo modo, una mujer de la comunidad, que quizá simplemente va a hacer la compra, constituye para cada mujer que se le acerca una *chance* de encontrar al Señor. ¡Es así como se puede encontrar a Cristo a través de un cristiano! Para el chico cristiano no se trata únicamente de hablar con los compañeros que tienen problemas, porque quizá tienen familias separadas o se drogan. No, porque es un chico católico y en su instituto seguramente es el único, normalmente no hay otros. Por eso no está de acuerdo con el aborto y todos le miran como si fuera un extraterrestre; no participa en las fiestas que organizan sus compañeros los viernes y sábados, para beber y fornicar. No va. Precisamente por esto se convertirá en un punto de referencia y podrá llevar a sus amigos a la Iglesia, que les enseñará la belleza de la liturgia, el amor verdadero.

Lo que más sorprende a los no cristianos son nuestras relaciones, la belleza de nuestro modo de relacionarnos. Los socios de un club entran en relación a través de un interés común, el golf o la caza. La relación que hay entre cristianos es en el Espíritu Santo, una novedad absoluta. Los paganos quedan maravillados: «¡Os relacionáis de manera sorprendente!», me decía una señora no creyente. ¿Se trata de amistad? No se trata sólo de amistad humana, aunque ésta es muy bonita, como observa San Agustín. En la amistad cristiana hay algo que supera el dato humano, y es el Espíritu Santo: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (cfr. *Jn* 13, 34). ¿Cómo podemos mostrar este amor? Cristo nos amó cuando éramos enemigos, sus enemigos, en la dimensión de la cruz (cfr. *Rm* 5, 10). Nosotros queríamos que la co-

unidad, al revivir el propio bautismo, alcance esta altura de fe. A la altura del Maestro: amarnos dando la vida los unos por los otros.

¿Cómo podemos hacer visible este amor? ¿Una comunidad cristiana puede verdaderamente llegar a ser, como dice el Concilio Vaticano II, sacramento de salvación? Un sacramento es algo que se toca, que se ve. Quien ve la bandera tricolor, en seguida piensa en Italia. ¡Sacramento! ¿En una comunidad cristiana, nuestra fe se puede hacer visible? ¿Cómo? ¿Acaso acudiendo a la Iglesia para rezar? Los musulmanes van a la mezquita: ¿en qué nos distinguimos? ¿Cuál es la novedad? ¿Tenemos algo que decir a nuestra sociedad, completamente nihilista, atea, marxista? Deberíamos anunciar que Cristo ha vencido la muerte y nos ha dado la vida eterna, que ha sanado profundamente nuestro ser, que el Espíritu Santo ha dado testimonio ante nuestro espíritu de que Dios existe, de que nos ama y nos ama como un Padre, de que somos hijos de Dios (cfr. *Rm* 8, 16). O sea que nos ha sanado profundamente, nos ha dado la vida inmortal.

Si – por ejemplo – me casara con esta mujer, y con el tiempo se me hiciera insoportable a causa de ciertas actitudes suyas, si mi ser está sanado, todos sus defectos no podrían destruirme. Pero si no tuviera vida eterna en mí, estas actitudes llegarían a destruirme y tendría que separarme. ¿Por qué? Porque no he vencido la muerte, por lo tanto, debería intentar de todas las maneras sobrevivir frente a estas actitudes que me dan muerte. Por eso el objetivo principal es sanar profundamente al hombre, su mismo ser en el nivel más profundo. Cristo realiza esta curación a través de la predicación, mediante la fe. ¡La fe! ¿Qué es la fe? «El Espíritu Santo se une a nuestro espíritu para dar testimonio...» (*Rm* 8, 16): si, pongamos, acompañan a un joven pagano a escuchar una catequesis, el encuentro entre el espíritu de ese chico y el Espíritu de Cristo se puede dar o no. Si se da, en él surge una luz y empieza una nueva creación; de lo contrario, sentirá sólo palabras y conceptos. Si realmente ha podido escuchar el *kerygma*, del que nace la fe, es porque ha visto signos que lo han ayudado a abrir los oídos. Por eso la Iglesia primitiva nunca anunciaba el *kerygma* sin haber hecho antes un milagro, como el don de las lenguas, la resurrección de

un muerto, la curación del paralítico... Cuando aparece la fe ya no son necesarios otros milagros, porque aparece un milagro nuevo, el “milagro moral”: el amor. ¡Amaos! ¿Quiénes? Vosotros, la comunidad, para que todos puedan ver este amor en la dimensión de la cruz. Si ven que sois perfectamente uno, creerán (cfr. *Jn* 17, 21).

¿Cómo se llega a este amor? A través de un camino de formación cristiana vivido en pequeñas comunidades, en el que la misma comunidad haga como de espejo. Si vivo en comunidad, por ejemplo con estos hermanos, al cabo de poco tiempo me parecerá que este hermano sentado a mi lado es demasiado neurótico, por lo que me resultará insostenible. Y aunque soy practicante y rezo con regularidad, me daré cuenta de que mi fe es muy pobre. Tendré que reconocer que no soy capaz de amarle. El amor no es una palabra, es una existencia, una experiencia. Por eso la comunidad me hace de espejo, me ayuda a descender, a descubrir la altura de mi fe. ¿Cómo haré para poder amarle – puesto que estoy en una comunidad cristiana y debería amarle? La fe viene de la predicación, a través de la escucha (cfr. *Rm* 10, 17), la fe viene de escuchar la Palabra de Dios, por lo tanto, tengo que aprender a ser humilde. Tengo que pedirle a Dios: dame la fe para que pueda amar a mi enemigo, para que pueda amar a los hermanos. Si no les amo, ¿qué clase de cristiano soy? Por eso la belleza del cuerpo de Cristo, dice San Pablo, se muestra porque: «Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 *Cor* 4, 10). Para que se vea, en nuestro cuerpo, que Cristo está vivo. Esto significa ser un cristiano adulto: si este hermano es un cristiano, hoy ha vivido llevando la muerte de Cristo en su carne. Esto vale también para los presbíteros: antes de ser presbíteros, son cristianos que forman parte de la comunidad. ¿Qué significa “llevar la muerte de Cristo”? Cristo murió dejándose crucificar: todo cristiano debe dejarse crucificar cada día, en las situaciones concretas que le toca vivir. En este signo aparece la resurrección de Cristo.

He intentado esbozar con algunas pinceladas la necesidad de llegar a una fe seria, sacramental, adulta, para que el mundo vea. Llega-

rán los musulmanes. Cuando aparece la comunidad cristiana, llegan también los musulmanes. Por eso hemos sufrido una persecución en Estambul: más de doce musulmanes recibieron el bautismo en nuestras comunidades, pero no pudimos continuar, acabamos todos en los periódicos, denunciados públicamente, e incluso intentaron meternos en la cárcel. Vendrán todos los pueblos a la Iglesia, incluso los musulmanes, cuando vean la comunidad cristiana, el amor en la comunidad cristiana.

La respuesta a una exigencia humana

GIANCARLO CESANA*

Para afrontar el tema de la belleza – especialmente la problemática educativa relativa al modo a través del cual, encontrando la belleza, se conoce a Cristo – parto de un aspecto que ha caracterizado nuestro movimiento en sus inicios. *Gioventù Studentesca* nació en los institutos y, originariamente, era el único grupo mixto, que yo sepa, es decir, el único grupo en el que chicos y chicas estaban juntos. Por aquel entonces el sexo inspiraba un cierto miedo y, por eso, se tenía tendencia a separar a chicos y chicas. A don Giussani le objetaban la peligrosidad de este aspecto de su planteamiento educativo y él respondía más o menos así: «Si en la iglesia separáis a los hombres de las mujeres – como se acostumbraba a hacer antaño: los hombres en los bancos de la derecha; las mujeres en los de la izquierda – poco después notaréis que muchos, especialmente los jóvenes, fácilmente miran hacia el otro lado. A no ser que desde el púlpito llegue una propuesta más fuerte, más atractiva, más convincente: en ese caso, todos mirarán hacia delante». El problema del cristianismo planteado por Giussani sigue la línea de esta descripción, en el sentido de que ser cristianos no es ser como todos los demás, hacer lo que hacen todos los demás, pero alguna cosa menos; ser cristianos es ser más. Es vivir más. Don Giussani lo apostó todo sobre la belleza de Cristo, sobre la belleza como evidencia de la verdad y del bien, obligándonos también a nosotros a mirar hacia delante, no a mirar hacia el otro lado. Es el desafío de la propuesta cristiana porque subrayar la importancia de la belleza significa aceptar confrontarse con el deseo, pues la belleza suscita deseo, que es el aspecto más “peligroso” de la experiencia humana, en el sentido de menos controlable. En el deseo del hombre, en todos los deseos del

* Fraternidad de Comunión y Liberación.

hombre hay una tensión última al infinito, a Dios. Se mira a Cristo porque se sigue esta tensión última a Dios. Don Giussani siempre remarkaba, también como crítica a una cierta dirección espiritual demasiado preocupada por los comportamientos, que el problema de Dios no es un problema moral, sino la respuesta a una exigencia humana fuerte como el hambre, la sed, el sexo; el problema de Dios es una exigencia fundamental. Por lo tanto, el hombre no puede vivir sin la belleza. Me explico mejor con un episodio que cuenta el mismo don Giussani: cuando era niño, iba a misa por la mañana temprano con su madre y una mañana, mirando la única estrella presente en un cielo limpidísimo, su madre dijo: «¡Qué hermoso es el mundo y qué grande es Dios!». Qué hermoso es el mundo: la belleza, el principio estético. Qué grande es Dios: el mundo me ha sido dado. Significa que no se puede vivir el cumplimiento del deseo más que con el sacrificio. Que el deseo no se cumpla no es un sacrificio, es una suerte; el problema es cuando el deseo se cumple: cuando la mujer a la que tú amas te ama, ahí tiene que haber sacrificio, o en otras palabras, la virginidad: es decir, el reconocimiento de la presencia de otro que te ha sido dado, que no es tuyo, de quien no puedes hacer lo que quieras. Don Giussani puso a prueba nuestros deseos, aceptando confrontarse con una problemática tan profundamente humana y moderna porque, en general, estetizando, nunca se tiene en cuenta la relación entre belleza y deseo. La belleza es lo que permite que el conocimiento sea afectivo, que nos apeguemos; para proponer este planteamiento educativo don Giussani tuvo que aceptar un compromiso afectivo muy fuerte, tuvo que reconstruir y construir la experiencia de la amistad. El hombre encuentra a Dios cuando entiende que Dios le ama. La encíclica del Papa dice que «Dios ama al hombre»¹ y le ama con un amor electivo, no genérico. Es decir, Dios no ama al hombre en general, me ama a mí, y el modo como puedo darme cuenta de ello es una amistad que me dé testimonio de ello. Lo dice también el Papa: hacen falta hombres que hagan que Dios sea creíble, pero no creíble para los demás, creíble

¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 9.

para mí. Me ha verdaderamente impresionado una cita de von Balthasar que hizo el cardenal Schönborn: «Los únicos teólogos que me interesan son los santos». Los santos son los hombres verdaderos, los hombres realizados; los hombres que demuestran esta correspondencia, esta amistad con Dios y conmigo; entre Dios y yo. Esta es claramente una característica de nuestro movimiento desde el punto de vista educativo, que describo con las palabras del profesor Nikolaus Lobkowitz – director del Instituto de Estudios sobre Europa central y oriental en la Universidad Católica de Eichstätt-Ingolstadt – en el prólogo al libro *Educación es un riesgo* de don Giussani: «No es casual que la amistad sea una de las virtudes que el movimiento fundado por don Giussani ejerce más gozosamente; una amistad que toca a todo el que se encuentra por el camino y que no desaparece cuando el amigo emprende caminos que no se pueden aprobar».² O si el amigo ya no es como lo queríamos; si la mujer ya no es como la queríamos, porque cuando te casas, el primer problema es ser amigo con tu mujer, es decir, compartir el destino; no sólo la conveniencia, no sólo la simpatía, no sólo el atractivo: el destino, la finalidad de la vida. En una relación así se tiene interés por todo y se empieza a entender – yo lo estoy entendiendo cada vez más – lo que decía San Pablo (don Giussani decía que esta era la definición de cultura más bonita que había oído jamás): «Examinadlo todo y quedaos con lo bueno» (1 Ts 5, 21). Si vais al museo de arte moderno de Nueva York, a medida que vas subiendo pisos, lo que sorprende no es que ya no esté Dios, en el arte moderno esto podría darse por descontado, sino que ya no esté el hombre. ¿A qué nos invita, pues, San Pablo? A ser constructivos, a saber apreciar la belleza, que es el verdadero valor de la crítica, que permite encontrar el oro en el fango. Si se vive la amistad así, te interesas por todo. Yo pongo a menudo este ejemplo: un chico está enamorado de una chica y ella le dice “sí”; aunque tenga un mal trabajo, difícil, está en una cadena de montaje, al día siguiente que la chica le ha dicho “te quiero”, para él el mundo se convierte en otra cosa; su trabajo es otra

² L. GIUSSANI, *Educación es un riesgo*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 13.

cosa. Y no se trata de un hecho subjetivo, sino objetivo porque él es querido y no es una opinión suya. Cuando sucede algo así, sucede también que nace un interés por todo. Lo quiero decir de nuevo con las palabras de don Divo Barsotti, fallecido recientemente: «Yo necesito todo el mundo. Todo el mundo tiene que estar integrado en mí; necesito acercarme a todo, alimentarme de todo, para que en mí todo llegue a ser cristiano».³

Se entiende que tenemos necesidad de todo, que la dimensión del hombre es esta necesidad de todo y el todo es el infinito. No muchas cosas juntas, sino todo. Es lo contrario de una estética intelectual, donde lo que gusta es sólo aquello en lo que se piensa.

³ D. BARSOTTI, *Ritiro della Comunità dei Figli di Dio*, Viareggio, *pro manuscripto* 1960, 5.

Una oración escuchada más allá de cualquier previsión

PATTI GALLAGHER MANSFIELD*

A menudo me preguntan si no me canso de repetir siempre la historia del fin de semana de Duquesne. No, no me canso, porque se trata de una historia de amor: la historia de la extraordinaria y benévola respuesta de Dios a la oración de personas normales y corrientes.

En el Evangelio de Lucas, Jesús dice: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá [...] Si, pues, vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11, 9.13). Este es un principio infalible: desde el primer Pentecostés, el Espíritu Santo ha respondido siempre a la oración ferviente, a la oración que tiene cada vez más hambre y sed de Dios, a la oración que pide, busca, llama. El siglo XX – como explico en mi libro *Como un nuevo Pentecostés*¹ – fue dedicado de manera especial al Espíritu Santo. Efectivamente, cuando nos acercábamos al siglo XX la beata Elena Guerra solicitó al papa León XIII que toda la Iglesia rezara al Espíritu Santo con más fervor para ser, por así decir, un cenáculo permanente de oración. Seguramente recordaréis la invocación al Espíritu Santo de Juan XXIII en vista del Concilio Vaticano II: «Renueva en nuestra época los prodigios como de un nuevo Pentecostés».²

En la primavera de 1966, dos profesores de la Universidad de Duquesne pidieron, buscaron, llamaron, comprometiéndose a rezar cotidianamente la hermosa secuencia de Pentecostés para una mayor efusión del Espíritu Santo en su vida. En aquel periodo, algunos amigos les dieron dos libros para que los leyeran: *La cruz y el puñal*³ y *Hablan*

* Testigo de los inicios de la Renovación Carismática Católica.

¹ P. GALLAGHER MANSFIELD, *Como un nuevo Pentecostés*, Ediciones Sereca, Madrid 1994.

² JUAN XXIII, Constitución apostólica *Humanae salutis*, n. 23.

³ D. WILKERSON, *La cruz y el puñal*, Editorial Vida, Miami 1972.

otras lenguas.⁴ Ambos libros describen la experiencia del bautismo en el Espíritu Santo y, leyéndolos, los dos profesores comprendieron que era precisamente lo que estaban buscando.

En enero de 1967, cuatro católicos de la Universidad de Duquesne participaron por primera vez en un encuentro interdenominacional de oración carismática – el encuentro de Chapel Hill – en casa de Flo Dodge, una presbiteriana llena de fervor y de Espíritu Santo. Un detalle interesante: algunos meses antes que estos católicos participaran en aquel encuentro de oración, Flo se sintió inspirada a leer el pasaje de Isaías, donde este anuncia que hará «una cosa nueva» (cfr. *Is* 43, 19).

En efecto, Dios estaba apunto de llevar a cabo una renovación entre los católicos, como consecuencia de aquel encuentro. Las personas de Duquesne quedaron muy impresionadas por lo que experimentaron allí, y algunos días más tarde dos de ellos volvieron, recibieron el bautismo en el Espíritu Santo y empezaron a manifestar dones carismáticos. De vuelta a casa, rezaron con los otros dos que no habían ido al encuentro aquella tarde.

En aquellos tiempos, yo era miembro del grupo de estudio bíblico “Chi Rho” que se reunía en el campus universitario de Duquesne. Dos de estos profesores eran los moderadores del grupo y, aunque no nos habían hablado en seguida de experiencia carismática, quien les conocía mejor se dio cuenta de que transmitían una alegría nueva. Preparando el retiro programado para febrero, estos profesores sugirieron un tema nuevo: “El Espíritu Santo”. En vista del retiro, nos dijeron que rezáramos con una espera especial y que leyésemos *La cruz y el puñal* y los primeros cuatro capítulos de los *Hechos de los Apóstoles*.

Pocos días antes del retiro, me arrodillé en mi habitación y recé: «Señor, estoy segura de haber recibido ya tu Espíritu en el bautismo y en la confirmación. Pero, si es posible, haz que actúe en mi vida más de cuanto lo ha hecho hasta ahora. ¡Es lo que deseo! ». La excepcional respuesta a mi oración llegaría pronto.

El 17 de febrero veinticinco personas nos vamos a la casa de reti-

⁴ J. SHERRILL, *Hablan otras lenguas*, Editorial Vida, Miami 1969.

ros “The Ark and the Dove”, en las afueras de la ciudad. Cada vez que nos reuníamos, al comienzo de cada sesión, nuestros profesores nos invitaban a cantar, como oración, el antiguo himno *Veni Creator Spiritus*. El viernes por la tarde hubo una meditación sobre María a la que siguió una liturgia penitencial. En el Evangelio de Juan, Jesús dice que cuando vendrá el Espíritu Santo, «convencerá al mundo en lo referente al pecado» (Jn 16, 8), cosa que sucedió entre nosotros, esa tarde, con el arrepentimiento durante el sacramento de la reconciliación.

El sábado, un miembro del grupo de oración “Chapel Hill” vino a hablarnos sobre el segundo capítulo de los *Hechos de los Apóstoles*. Lo único que sabíamos de ella era que era una amiga protestante de nuestros profesores. Aunque su exposición fue muy sencilla, nos habló con gran fuerza de la necesidad de rendirnos a Jesús como Señor y Maestro, y del Espíritu Santo como Persona que la colmaba cada día de poder. Es alguien – me dije – que parece conocer de verdad a Jesús de manera íntima y personal, y el poder del Espíritu Santo como lo conocían los Apóstoles. En aquel momento sentí que quería vivir lo que ella vivía.

En la discusión que tuvo lugar después de su conferencia, David Mangan propuso cerrar nuestro retiro con la renovación de la confirmación, invitándonos a nosotros, los jóvenes, a decir nuestro “sí” personal al Espíritu Santo. Me acerqué a él y le dije: «Aunque nadie más quisiera hacerlo, yo lo haré».

Para el sábado por la noche se había organizado una fiesta de cumpleaños de algunos de nosotros, pero había una cierta indiferencia en el grupo. De manera que me dirigí a la capilla, no tanto para rezar, más bien para decirles a los estudiantes que estaban allí que vinieran a la fiesta. Pero cuando entré y me arrodillé ante Jesús presente en el Santísimo Sacramento, empecé literalmente a temblar sobrecogida por un sentimiento de temor ante su majestad. En aquel momento entendí de manera evidente que Él es el Rey de los reyes y el Señor de los señores. El deseo de entregarme incondicionalmente a Dios, sin embargo, era más fuerte que mi miedo, de modo que recé a Dios: «Padre, te doy mi vida. Cualquier cosa que me pidas, la acepto, y si significara que

deberé sufrir, acepto también esto. Enséñame sólo a seguir a Jesús y a amar como Él ama». Inmediatamente después me encontré postrada con el rostro contra el suelo, inundada por el amor misericordioso de Dios... un amor totalmente inmerecido y, que aún así, se me daba en abundancia. Sí, es verdad lo que escribe San Pablo: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (*Rm* 5, 5). Mientras tanto, me encontré sin zapatos: estaba realmente sobre un suelo sagrado y sentía que casi me quería morir para llegar hasta Dios y estar con Él. La oración de San Agustín da bien la idea de mi experiencia de ese momento: «Señor, nos criasteis para Vos, y está inquieto nuestro corazón hasta que descanse en Vos».⁵ Aunque me sentía privilegiada en su presencia, sabía que si yo, que no era nada de especial, podía experimentar el amor de Dios de aquella manera, todos sobre la faz de la tierra podían experimentarlo.

Corrí en seguida a decirle a nuestro asistente espiritual lo que me había sucedido y él me dijo que también David Mangan había estado en la capilla antes que yo y experimentó la presencia de Dios de la misma manera. Al verme, dos chicas dijeron que mi rostro brillaba y quisieron saber qué me había sucedido. No conocía las Escrituras suficientemente bien como para saber que en la segunda carta a los Corintios se lee que el rostro de Moisés brillaba cuando bajó de la montaña. Escribe San Pablo: «todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos» (*2 Cor* 3, 18). Acompañé, pues, a aquellas dos estudiantes a la capilla y recé: «¡Señor, lo que hayas hecho ahora en mí, hazlo también en ellas!». ¡Fue, quizá, el Seminario de vida nueva en el Espíritu más breve que jamás haya existido!

Durante la hora siguiente Dios atrajo muchos de los demás estudiantes a la capilla. Algunos reían, otros lloraban. Algunos rezaban en distintas lenguas, otros – como yo – notaban una sensación de calor en las manos. Uno de los profesores entró en aquel momento y exclamó:

⁵ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 1.

«¡Qué dirá el obispo cuando sepa que todos estos chicos han sido bautizados en el Espíritu Santo!». Sí, aquella noche hubo una fiesta que Dios había organizado en esa capilla: ¡el nacimiento de la Renovación Carismática Católica!

De retorno al campus, se creó un cierto clima de excitación. Como los apóstoles después de Pentecostés, no podíamos dejar de hablar de lo que habíamos visto y oído. Nos topamos literalmente con los dones carismáticos, como la profecía, el discernimiento de los espíritus, la curación, tanto es así que uno de nuestros profesores decía a un amigo suyo de las Universidades de Notre Dame y de Michigan: «¡Ya no debo creer en Pentecostés por la fe; lo he visto con mis propios ojos!».

En los últimos cuarenta años la gracia de este nuevo Pentecostés se ha extendido de un pequeño grupo de estudiantes que participaron en el fin de semana de Duquesne a millones de católicos esparcidos por el mundo. ¿Por qué? ¡Porque Dios quiere mandar su Espíritu a renovar la faz de la tierra!

Para concluir querría citar al cardenal Suenens que, en su premisa a mi libro *Como un nuevo Pentecostés*, escribe: «Cristo continúa naciendo místicamente del Espíritu Santo y de María» y «jamás deberíamos separar lo que Dios ha unido».⁶ Si la Renovación quiere proclamar a Jesús en el mundo, necesita al Espíritu Santo y a María, su Madre. Como María estaba presente en el Cenáculo en Pentecostés, estará presente entre nosotros cada vez que volvamos al Cenáculo. Si tomáramos a María como Madre, como hizo el discípulo Juan, Ella nos enseñaría cómo rendirnos a la voluntad del Padre, cómo ser fieles a Jesús hasta llegar a los pies de la cruz, cómo rezar con corazón humilde, puro y dócil para obtener más fuerza del Espíritu Santo, cómo ser una sola familia. Ella es la esposa del Espíritu Santo y sabe mejor que nadie cómo abandonarse a Él. De manera que, como un eco del *Magnificat* de María, quiero proclamar: «el Poderoso ha hecho obras grandes en mí, santo es su nombre» (Cfr. *Lc* 1, 49).

⁶ P. GALLAGHER MANSFIELD, *Como un nuevo Pentecostés*, cit., 7.

Una gracia destinada a todos los cristianos

LAURENT FABRE, S.I.*

Desde hace treinta años a esta parte, nuestras comunidades carismáticas han crecido, han soportado pruebas y han salido adelante, y han encontrado una acogida cada vez mayor por parte de la Iglesia. Por lo tanto, es plenamente actual hablar, como ha hecho Mons. Ryłko en su conferencia en este Congreso, de “madurez eclesial” de nuestras comunidades. La Iglesia ha demostrado una gran acogida hacia estas realidades, con mucha bondad, con mucho celo por parte de los obispos, que nos han apoyado, especialmente en los momentos de crisis y de dificultad durante los cuales hemos percibido su benévola presencia paternal. Pero quizá haya una pregunta que debemos plantearnos, porque es verdad que la Renovación Carismática Católica ha sido, en su conjunto, bien acogida; pero a nivel profundo, en su esencia, ¿ha sido realmente así? En efecto, en un primer momento, podemos alegrarnos de cómo la Renovación entró en la Iglesia, mientras que, en un segundo momento, me parece que debemos admitir que la acogida reservada, especialmente a las comunidades, todavía no es completa. Las comunidades de la Renovación Carismática son acogidas con comprensión y paciencia por los obispos en general y por un cierto número de sacerdotes en particular. Empiezan a ocupar cada vez más su lugar en la pastoral de la Iglesia; participan junto con otros en una profunda renovación de la vida sacramental; dan prueba de un gran dinamismo en todos los medios de comunicación; pero quizá todavía no pueden expresarse en lo que concierne a su especificidad; les cuesta ser ellas mismas y compartir con toda la Iglesia lo mejor que tienen.

* Fundador de la Comunidad “Chemin Neuf”.

Es difícil abordar con franqueza este problema de fondo, pero podemos intentar hacerlo en el contexto de este Congreso y para ello citaré la voz más autorizada de la Renovación Carismática Católica: la del cardenal Leo Josef Suenens, que fue uno de los cuatro moderadores del Concilio; y nosotros somos hijos del Concilio: mi comunidad es la más reciente entre las que están representadas en esta mesa redonda; mis vecinos nacieron hace sesenta años aproximadamente, nosotros hace sólo treinta. Se remonta a esa época el primer encuentro de un papa con la Renovación Carismática, en la basílica de San Pedro: era en 1975 y el papa era Pablo VI. Aquel día éramos casi diez mil personas en San Pedro, todas a la espera de que la Renovación Carismática Católica fuese reconocida oficialmente por la voz del Papa. Cuando le vi llegar en la silla gestatoria, como era entonces costumbre, cansado, me suscitó un sentimiento de compasión. Después tomó la palabra y de repente se puso en pie diciendo con fuerza y entonces sentí realmente a Pedro que hablaba en él: «La Renovación es una suerte para la Iglesia»,¹ ¡una suerte para la Iglesia! Un largo aplauso acompañó aquellas palabras.

El momento más bonito de ese día fue cuando, poco después, un laico, Ralph Martin, se levantó delante del Papa, los cardenales y cerca de trescientos o cuatrocientos sacerdotes. Siempre recordaré ese momento; sentía que finalmente en la Iglesia Católica, los laicos, padres y madres de familia, podían tomar la palabra. Y fue una palabra eficaz. Recordándolas de memoria, sus palabras decían más o menos que partes enteras de la Iglesia caerían, enteros muros de la Iglesia se derrumbarían – es verdad, desde 1975 se puede decir – pero no debíamos tener miedo: Jesús, el Buen Pastor, iba a reunir a su rebaño: «Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas; habrá un solo rebaño» (cfr. *Jn* 10, 14-16). Algunos años más tarde, un nuevo papa, Juan Pablo II, se dedicó con celo a la misión de reunir a todas las ovejas en un solo reba-

¹ Cfr. PABLO VI, *A los participantes en el III Congreso internacional de la Renovación Carismática Católica*, en “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 25 de mayo de 1975, 9.

ño. Las reunió no sólo mediante los textos escritos, sino también físicamente, juntando numerosas multitudes. Ningún hombre ha visto jamás a tanta gente congregada delante de él. Y se tiene la impresión de que su sucesor, Benedicto XVI, haga lo mismo: había cerca de un millón de personas en Cracovia en los días de su último viaje apostólico. Por lo tanto, la misión de congregar parece muy presente.

El cardenal Suenens, a quien Pablo VI, y más tarde Juan Pablo I y Juan Pablo II invitaron a acompañar el camino de la Renovación, del que luego se convirtió en asistente episcopal, escribió en 1990 una especie de testamento espiritual que envió aproximadamente a cuatro o cinco mil sacerdotes de la Renovación Carismática que habían acudido a Roma para un retiro internacional, en el que no había podido intervenir a causa de la edad. En el documento se lee: «Con el paso del tiempo, las palabras de Pablo VI que describían la Renovación como una suerte para la Iglesia son un auspicio que se ha realizado sólo en parte. Interpretar Renovación Carismática como un movimiento entre los demás significa no reconocer su naturaleza». ² En el Congreso de los movimientos de 1998 fue el cardenal Ratzinger quien nos recordó, en una espléndida conferencia en la que recorrió un poco la historia de los movimientos en la Iglesia, que no se trata de “movimientos en la Iglesia”, sino de “Iglesia en movimiento”. ³ Es precioso. Sigue el cardenal Suenens: «Interpretar la Renovación como un movimiento entre los demás significa no reconocer su naturaleza. Se trata de una moción del Espíritu ofrecida a toda la Iglesia y destinada a rejuvenecer todos los aspectos de la vida de la Iglesia. El alma de la Renovación Carismática Católica, el bautismo en el Espíritu, es una gracia de renovación pentecostal destinada a todos los cristianos». ⁴ El bautismo en el Espí-

² Cfr. L.J. SUENENS, *Mon itineraire spirituel*, Association FIAT, Oppen-Meise 2000, 5.

³ Cfr. J. RATZINGER, *I movimenti ecclesiali e la loro collocazione teologica*, en: *I movimenti nella Chiesa*, Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1999, 23-51; cfr. también JUAN PABLO II, *La Misa para los participantes en el Congreso “Movimientos en la Iglesia”*, “L'Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 4 octubre de 1981, 11.

⁴ Cfr. L.J. SUENENS, *Mon itineraire spirituel*, cit.

ritu Santo – quería decir el cardenal Suenens – no está reservado a los miembros de la Renovación, sino que es para todos. Y quizá nosotros, los de la Renovación, deberíamos pedir perdón si diéramos la impresión de que esté reservado sólo para nosotros. Por suerte los teólogos nos enseñan lo contrario. Pero a los 86 años el cardenal, ya viejo, se preguntaba: “¿Quizá me he equivocado? Yo, que era el interlocutor de la Renovación, ¿he logrado que toda la Iglesia conociera lo esencial de la Renovación?”. Dentro de poco ya no se hablará de la Renovación Carismática, pero permitir a jóvenes y menos jóvenes que puedan tener un encuentro *personal* con Cristo, vivir la plenitud de la iniciación cristiana, es decir, vivir realmente el encuentro con el Espíritu Santo, encontrar a Jesús, vivir la experiencia trinitaria, esto es para todos, es verdaderamente para todos. Y estamos muy lejos de la meta. ¿Acaso en nuestras parroquias la pastoral se organiza en este sentido? ¿Es realmente éste el objetivo que se persigue? ¿O sea favorecer el encuentro personal con Cristo y experimentar el bautismo en el Espíritu Santo?

Concluía el cardenal Suenens en su mensaje: «No se trata de una especie de Corriente del Golfo que calienta las costas aquí y allá, sino de una corriente fuerte destinada a penetrar hasta el interior del país».⁵ En otras palabras, si es verdad que la Iglesia acoge estas nuevas comunidades, también es verdad que las nuevas comunidades todavía no han conseguido compartir lo que constituye el corazón de su experiencia, su originalidad, quizá su misma razón de ser. Es lo que deseamos hacer en este Congreso.

⁵ *Ibid.*

Vivir la bendición de Dios compartiendo la vida

JEAN VANIER *

La Comunidad del Arca, al igual que la de Fe y Luz, nació de manera del todo inesperada.

Cuando, en 1950, abandoné la Marina Real británica para “seguir a Jesús”, fui a Francia, donde estuve viviendo en una comunidad de estudiantes de varias nacionalidades y donde encontré al dominicano padre Thomas Philippe, un hombre de gran bondad y paciencia. Entre nosotros se creó un vínculo profundo y se convirtió en mi padre espiritual. Luego, cuando le nombraron capellán de un centro para treinta hombres con discapacidad mental, me invitó a visitarle para conocer a sus “nuevos amigos”. Aquella visita me tocó mucho, por el sufrimiento y la sed de relaciones de esos hombres y esto me empujó a visitar otras instituciones para discapacitados mentales. Corrían los años sesenta del siglo XX. No podéis imaginar la crueldad y las situaciones inhumanas que descubrí. Más tarde, animado por padre Philippe y ayudado por algunos amigos, compré una casita en un pueblo a cien kilómetros de París, donde pude acoger a Raphaël y Philippe, dos hombres provenientes de una institución dura y violenta. Empezamos a vivir juntos: yo cocinaba, ¡y eso significa que comíamos fatal! Además de conocer sus sufrimientos, empecé a descubrir también el don de los discapacitados y la llamada que son para nosotros. Poco a poco descubrí lo que es el Arca.

Querría citar aquí un pasaje del Evangelio, fundamental para nuestras comunidades. Es Jesús, el Verbo de Dios, quien nos dice: «Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos (o sea, no invites a tu

* Fundador de las Comunidades del Arca e iniciador de la Asociación internacional Fe y Luz.

clan). Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso» (cfr. *Lc 14, 12-14*). Comer con los pobres es una dicha.

En el Arca vivimos la bendición de Dios compartiendo nuestra vida con hombres y mujeres débiles, discapacitados mentales y físicos, a veces muy graves. En el lenguaje bíblico, comer en la misma mesa significa convertirse en amigos; establecer una relación de persona a persona, de corazón a corazón. Por lo tanto, no se trata sólo de hacer algo *por* los demás, de ser generosos. La generosidad consiste en dar a los demás, que tienen menos, ese “algo más” de tiempo o de capacidad que se posee, ¡y esto ya es muy hermoso! Pero la generosidad siempre tiene que acabar en un encuentro y el encuentro en una amistad. Y la amistad tiene que acabar en una fidelidad.

Llegar a ser amigo de una persona débil y marginada significa convertirse en amigo de Jesús. El Evangelio está lleno de pasajes en los que se habla de personas con discapacidades. En el texto de Lucas, por ejemplo, Jesús habla de un hombre que da un banquete e invita a gente bien situada en la sociedad (*Lc 14, 15-21*), pero esta gente rechaza la invitación: están demasiado ocupados, demasiado preocupados por sus proyectos a corto plazo. Entonces el amo de la casa llama a sus siervos y les manda por las calles y callejuelas a convocar al banquete a todos los pobres, los tullidos, los enfermos y los ciegos, que llegan corriendo y llenan la casa.

En su primera carta a los Corintios (*1 Cor 1, 27-29*), San Pablo nos dice que Dios ha escogido lo que es débil, lo plebeyo y despreciable, lo que es nada, para confundir a los fuertes, a los sabios y a los grandes. En el capítulo 12, Pablo compara a la Iglesia con el cuerpo humano. ¡Las partes más débiles y menos presentables del cuerpo, afirma, son necesarias, indispensables al cuerpo que es la Iglesia y deben ser veneradas! Está claro que esto no significa que Dios no ama a los intelectuales, pero estos a menudo gozan de la gratificación del tener y del poder, mientras que los discapacitados están sedientos de relaciones. Y Dios es Amor.

Las personas con las que vivimos no tienen grandes capacidades intelectuales, pero tienen un corazón. A menudo sienten miedos enormes y una fuerte rabia porque han sido rechazadas. Pertenecen a la ca-

tegoría de los pobres. Nunca hay que idealizar a los pobres. Ellos nos hacen tocar con mano nuestras debilidades, como también la realidad que todos somos pobres. Nuestras comunidades son muy débiles porque se fundan en el sufrimiento. Cuando acogemos a un discapacitado, no le preguntamos si es cristiano o creyente; lo acogemos porque está necesitado y no puede arreglárselas solo. Los pobres siempre están escondidos en el corazón de Dios.

Para compartir nuestra vida en los pequeños centros de acogida, compartir las comidas, el trabajo, la oración día tras día, necesitamos vuestra oración y vuestra ayuda. Somos muy conscientes de cuánto necesitamos a Jesús y a su Santo Espíritu para salir adelante.

Para concluir, querría leeros un pasaje de un mensaje que Juan Pablo II envió a los participantes en un congreso internacional sobre la dignidad y los derechos de los discapacitados mentales: «No cabe duda que las personas discapacitadas, al revelar la fragilidad radical de la condición humana, son una expresión del drama del dolor y, en nuestro mundo, sediento de hedonismo y cautivado por la belleza efímera y falaz, sus dificultades se perciben a menudo como un escándalo y una provocación, y sus problemas como una carga que hay que apartar o resolver expeditivamente. En cambio, son imágenes vivas del Hijo crucificado. Revelan la belleza misteriosa de Aquel que se anonadó por nosotros y se hizo obediente hasta la muerte. Nos muestran que la consistencia última del ser humano, más allá de toda apariencia, está en Jesucristo. Por eso, se ha dicho con razón que las personas discapacitadas son testigos privilegiados de humanidad. Pueden enseñar a todos cuál es el amor que salva y convertirse en heraldos de un mundo nuevo, en el que ya no reinan la fuerza, la violencia y la agresividad, sino el amor, la solidaridad y la acogida, un mundo nuevo transfigurado por la luz de Cristo, el Hijo de Dios que por nosotros, los hombres, se encarnó, fue crucificado y resucitó».¹

¹ JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Simposio Internacional sobre "Dignidad y derechos de los discapacitados mentales"*, "L'Osservatore Romano", edic. en lengua española, 16 de enero de 2004, 5.

Es verdad que las personas discapacitadas que llegan a nuestras comunidades a menudo se transforman. Pero lo más asombroso es que nos transforman a nosotros. En efecto, nos permiten descubrir el misterio del ser humano, el ser humano herido. Nos hacen descubrir nuestras heridas y nuestras debilidades y lo mucho que necesitamos a Jesús. Son un camino para llegar a Jesús.

**Dar razón de la belleza de Cristo
en el mundo actual**

Introducción

ALBERTO SAVORANA

Con esta breve introducción me limitaré simplemente a ofrecer mi experiencia personal, para introducir el diálogo en el que se alternarán nuestros cinco invitados, ofreciéndonos su testimonio acerca de la posibilidad de descubrir la belleza de Cristo en este momento de la historia. Considero que el tema está estrechamente relacionado con este problema angustioso: ¿Un hombre culto, un hombre europeo de nuestros días puede creer en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?.¹ Esta pregunta dramática de Dostoyevski, en mi opinión, resuena hoy con toda su actualidad. El cardenal Marc Ouellet, si bien con otras palabras, ya hizo alusión a ello en su conferencia, cuando se preguntaba si en la situación actual ciertos aspectos del cristianismo no corrían el riesgo de «fossilizarse como un residuo cultural de otra época».² He aquí, pues, la pregunta: ¿por qué es hermoso, por qué es razonable ser seguidores de Cristo hoy, cuando todo el mundo parece ir en otra dirección? ¿Por qué para nosotros es hermoso ser cristianos hoy? Si ahora alguien pasara por aquí, una persona cualquiera, sintiera curiosidad por el lema de este Congreso que estamos llevando a cabo, entrara y se pusiera a escuchar nuestros discursos, ¿qué se preguntaría? ¿Qué pensaría de nosotros? Creo que ninguno de nosotros en estos días puede eludir este desafío decisivo que nos plantea el mundo, que nos concierne personalmente, como cristianos tocados por la belleza de Cristo. Durante este año de pontificado, Benedicto XVI se ha referido en varias ocasiones a la situación del mundo contemporáneo, marcada por el escepticismo, el relativismo, el nihilismo, por ideologías que pretenden reducir la fe a un hecho privado y la experiencia cristiana a algo que no tiene que ver

¹ Cfr. F.M. DOSTOYEVSKI, *Los hermanos Karamazov*, Ediciones Cátedra, Madrid 1987.

² Véase p. 43.

con la vida cotidiana. El Papa recordó también en la vigilia del encuentro de la JMJ de Colonia de 2005 cuando, entrevistado por la *Radio Vaticano*, afirmó que actualmente existe la idea universalmente difundida de que «el cristianismo es algo que cansa y oprime la vida» que obliga a los cristianos a observar «un inmenso número de mandamientos, prohibiciones, principios», y que ciertamente «se es más libre sin todos estos lastres». ³ Como si fuera un residuo del pasado, algo que no tiene que ver con el presente.

Me parece evidente que la razón de la belleza de ser cristiano no hay que buscarla en un discurso o en un razonamiento, sino en la experiencia que cada uno de nosotros hace de Cristo como correspondiente a lo que el Papa – el sábado pasado en el encuentro con los jóvenes en Polonia – llamó «gran anhelo de una casa propia» o «deseo de una vida feliz» al que Cristo ofrece la belleza de su respuesta. ⁴ Aquí también nos ayuda la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, ya citada por el cardenal Ouellet, en sus primeras líneas tan significativas para el tema que estamos tratando: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva», ⁵ por lo que la vida resulta cien veces más bonita, infinitamente más fascinante, más correspondiente a lo que nuestro corazón anhela. Desgraciadamente, hoy, parece que en el mundo todo vaya en la dirección opuesta por una especie de atrofia, de olvido. Al respecto, el Papa ha hablado de entumecimiento de la razón, por lo que parece que la realidad entera ya no interese, ya no sea capaz de atraernos, de despertar el yo a una belleza. Y aquí entra el tema de la “belleza del cristianismo”: la experiencia estética de la belleza de Cristo, como ya ha dicho el cardenal Ouellet, de alguna manera precede toda consecuencia de tipo ético, moral o intelectual. Es la sorpresa de algo que sucede y que se muestra hermoso, es decir,

³ BENEDICTO XVI, *Entrevista en Radio Vaticano*, 16 de agosto de 2005.

⁴ ID., *Encuentro con los jóvenes*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 9 de junio de 2006, 11.

⁵ ID., Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

verdadero, porque en el cristianismo la belleza siempre es manifestación de lo verdadero.

En un determinado momento de mi vida encontré a un hombre, se llamaba don Giussani, de quien recientemente Benedicto XVI ha dicho que estaba enamorado del hombre, porque estaba enamorado de Cristo. Gracias a él encontré el cristianismo como coincidencia entre la experiencia humana y Cristo, entre el ser cristiano y el ser hombre. Si no hubiera sido por este encuentro, probablemente ya en los años de mi juventud me habría marchado desilusionado, como muchos de mis compañeros de colegio y colegas de la universidad, para quienes el cristianismo, en un determinado momento, dejó de ser interesante, puesto que lo identificaban con un peso, con “cosas que había que hacer” y “cosas que no había que hacer”, con la convicción de que ser cristiano significaba tener algún deseo menos y alguna obligación más. Encontré el cristianismo como algo hermoso, que tenía que ver con mi vida y me ofrecía el camino. Pensando de nuevo en esto, considero de gran valor el diálogo de ayer sobre las temáticas educativas y pedagógicas inherentes a la experiencia cristiana, sobre el modo como esta belleza puede volver a suscitar la curiosidad y el interés de los hombres, de toda la gente que encontramos. Y con esto nos preparamos a escuchar el testimonio de nuestros invitados, empezando por Bernard Peyrous, de la Comunidad del Emanuel, al que seguirán el arzobispo coadjutor de Jerusalén, Mons. Fouad Twal, Luis Fernando Figari, fundador del Movimiento de Vida Cristiana, Dino Boffo, director del periódico “Avvenire” y Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio.

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual entre sectas y new age

BERNARD PEYROUS*

Hablar de la alegría de Cristo como remedio a las derivas creadas por las sectas y las nuevas religiosidades supone una primera reflexión sobre el modo de afrontar el problema que, en efecto, se podría abordar desde el punto de vista teológico. En este caso, primero habría que definir qué es la felicidad para el ser humano (antropología de la felicidad), para pasar luego a examinar qué felicidad prometen las sectas y las nuevas religiosidades y de qué modo procuran una felicidad ficticia; por último, habría que explicar como únicamente la fe y la vida en Cristo responden de modo auténtico a esta pregunta, colmando realmente el corazón (cristología de la felicidad). Todas cosas que habría que hacer y que podrían ser objeto de tesis o tesis doctorales. Pero, en mi opinión, surge ante todo una pregunta: ¿cómo se plantea en realidad la cuestión de la felicidad en nuestro mundo? ¿De qué manera hay que colocar concretamente a las sectas en la situación histórica actual? ¿Y de qué manera la fe cristiana se integra en este mundo nuestro? Por lo tanto, afrontaré conscientemente la cuestión no desde un punto de vista teológico, sino histórico. Está claro que de este modo mi exposición es más arriesgada, pero me parece indispensable dar este paso para abrir el camino a la teología.

ALGUNOS PUNTOS PARA UNA REFLEXIÓN

Ante todo, intentaré hacer una valoración de la situación actual del fenómeno de las sectas en sus distintos componentes.

* Presbítero de la diócesis de Burdeos, Comunidad del Emanuel.

El éxito de las sectas

Cuando se habla de sectas, ante todo hay que definir el término. En el mundo católico la definición es la siguiente: una secta es un grupo cerrado, dirigido por uno o más “gurúes”, que provoca la pérdida de libertad de sus miembros y se caracteriza por una ideología más o menos opaca y exclusivista. No obstante, esta definición no se acepta universalmente. Los americanos y los asiáticos, por ejemplo, tienen una visión de las cosas completamente distinta, lo que explica el hecho de que los Testigos de Jehová, que en Europa generalmente son considerados una secta, en cambio no lo son en muchos otros países. En cualquier caso, aquí utilizaré la definición clásica, que a mi parecer sigue siendo la mejor.

Ante todo hay que establecer si las sectas han tenido realmente un éxito planetario. La respuesta es indiscutible: las sectas se están desarrollando en todo el mundo. En Francia, donde el terreno no es demasiado favorable, en los años cincuenta del siglo XX se contaba sólo alguna decena de sectas con pocos miles de miembros: actualmente hay entre trescientas y seiscientas que cuentan con unos doscientos o trescientos mil adeptos. En Estados Unidos las sectas son varios miles, Brasil está invadido de sectas. Algunas de ellas consiguen reunir a miles de miembros en los estadios. El fenómeno no afecta solamente al mundo cristiano: en Japón, el número de sectas sobrepasa cualquier descripción y lo mismo sucede en China. El fenómeno de expansión, por lo tanto, es mundial.

El número de sectas y de sus adeptos no es más que un aspecto de la cuestión. El otro aspecto concierne la influencia que estas ejercen sobre los gobiernos, las instituciones, la opinión pública, sobre todo gracias a su poder financiero, que sin duda es considerable. Algunas sectas son propietarias de redes de televisión o de radio: habría mucho que decir sobre este punto, que representa ciertamente un peligro real para la democracia y la vida pública.

El éxito del “segundo círculo”

Actualmente, el tema de las sectas en sentido estricto constituye sólo un aspecto del problema. En efecto, es igualmente importante la

cuestión de las “nuevas religiosidades”, tipo “new age”. Hagamos una comparación: hace cincuenta años, al menos en el mundo europeo, se pertenecía a una religión bien definida y si se cambiaba de religión, era para adoptar otra, igualmente definida, aunque fuera una secta. Actualmente nos encontramos frente a una especie de supermercado, de *self-service* de las creencias: cada cual entra en el supermercado, coge aquí y allí lo que le sirve y se construye una religión a su medida; por lo tanto, la cuestión de las sectas en sentido estricto queda, en parte, anticuada.

De aquí el desarrollo del ocultismo, de lo paranormal, de la predicción, del espiritismo, de las supersticiones de todo tipo, desarrollo que pone en evidencia, por lo demás, el éxito del horóscopo en periódicos de todas clases, en la televisión, en Internet. Hoy día el horóscopo está socialmente admitido, nadie tiene ningún reparo en consultarlo y en comportarse según sus dictámenes, incluso cuando se trata de decisiones serias que atañen a la vida social, política o económica. Por otro lado, en algunos países se encuentran más librerías esotéricas que librerías religiosas. Un sacerdote experto en sectas y nuevas creencias contaba que en un gran país europeo había visitado por su ministerio decenas de clases de institutos de educación secundaria: en todas, menos en una, encontró chicos que habían practicado el espiritismo, algunos desde los diez años.

La fuga en lo imaginario

El éxito de las sectas, el éxito de las nuevas creencias no representa un fenómeno aislado en el mundo contemporáneo y, por lo tanto, no se puede separar de otros fenómenos, como son la difusión generalizada de la droga, que plantea una cuestión de fondo sobre el estado de nuestra sociedad; o el éxito del alcohol entre los jóvenes; o bien de manera todavía más vasta, el extraordinario éxito de los mundos imaginarios, como se puede ver en los videojuegos, en la televisión, en el mundo del espectáculo, etc.

En definitiva, si se me consiente una conclusión un poco apresura-

da, se tiene la impresión de que nuestro mundo quiera huir de la realidad. En efecto, el punto que tienen en común las sectas, las nuevas religiosidades y la expansión de mundos imaginarios es la fuga de la realidad. Por otro lado, también las transmisiones televisivas de carácter informativo, en muchos países, a veces tienen una relación muy tenue con la realidad. ¿Qué nos está empujando a emprender esta gigantesca fuga colectiva?

¿POR QUÉ ESTA FUGA?

Un fenómeno de tal alcance es algo inédito en la historia de la humanidad, pero, en mi opinión, no es difícil descubrir sus causas.

Un periodo difícil de la historia de la humanidad

Ante todo, es evidente que salimos de un periodo particularmente duro de la historia del mundo. El siglo XX ha sido el gran siglo de la sangre: en este breve periodo se han matado más personas que desde los orígenes de la humanidad hasta el siglo XX. Desgraciadamente, esto no es fácil de demostrar: las guerras europeas de la revolución francesa y del imperio napoleónico, entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, provocaron entre uno y dos millones de muertos, lo cual, en aquella época, pareció una cifra enorme. Pero la primera guerra mundial provocó veinte millones y la segunda unos cuarenta; el comunismo entre ochenta y cinco y ciento quince millones; las guerras post-coloniales unos treinta millones aproximadamente. La eugenesia y el aborto han alcanzado cifras enormes: ¡en el caso del aborto, por ejemplo, se habla de entre ochocientos y los mil millones de niños abortados en cincuenta años, cuarenta millones de los cuales en Estados Unidos! A esto se añaden una serie de genocidios: el genocidio armenio, la Shoah, el genocidio camboyano, el de Ruanda. Nunca se había visto una explosión de violencia parecida.

¿Un fracaso de la humanidad?

Si miramos el factor que ha inspirado todas estas violencias, nos damos cuenta de que han sido perpetradas en nombre de la felicidad humana, lo que nos obliga a una reflexión sobre la historia reciente. Se puede afirmar con certeza que somos, en parte, hijos de las luces.¹ El Iluminismo, movimiento intelectual que se desarrolló en el mundo europeo en el siglo XVIII, sostenía que el hombre, habiendo superado finalmente los impedimentos de la infancia y de la adolescencia, había alcanzado la madurez y llegado a ser dueño de su propia razón; a través de ella conseguiría el dominio absoluto del universo, por lo que podría realizar su felicidad, individual y colectiva. El hombre había llegado a ser autónomo y ya no necesitaba a Dios. Dios, por su parte, o no existía en absoluto, o se había convertido en algo inútil; y si todavía conservaba alguna utilidad, la tenía únicamente en el ámbito moral. Ya no era un padre, ni un amigo y mucho menos un salvador: en efecto, la humanidad no tenía ninguna necesidad de ser salvada.

Una vez establecidas estas bases, en el siglo XIX, tras la aventura de los déspotas iluminados y de la revolución francesa, se intentó pasar a la fase de la práctica. En efecto, la mayoría de las grandes ideologías nació en aquella época: el cientificismo, el nacionalismo, el colonialismo, el marxismo, las concepciones anárquicas, más tarde el “freudismo”, etc. El siglo XX, en cambio, fue la época de las aplicaciones, de la realización práctica. La felicidad estaba en el umbral: bastaba con eliminar o someter a todos los que representaban una oposición en el camino del progreso. El resultado lo conocemos todos.

La humanidad ahora duda de sí misma. Estamos muy lejos del optimismo de los *Golden Sixties*. La humanidad, al menos inconscientemente, tiene la sensación de haberlo desperdiciado todo, de haber fracasado. El proyecto de felicidad universal y definitiva,

¹ Aunque las “luces” no son más que uno de los componentes de la sociedad occidental, junto con el cristianismo y la antigüedad grecorromana.

accesible a todo hombre, no se ha realizado. Este hecho determina un sentimiento de miedo, que explica ampliamente el recurso a los gurúes, a los remedios milagrosos de todo tipo, a la fuga de una realidad inquietante. La razón ya no es soberana: su fracaso ha llevado a la pérdida del sentido crítico y de la confianza en el futuro, y esto favorece todas las supersticiones y provoca la fuga, muy comprensible, de la realidad.

DAR RAZÓN DE LA ALEGRÍA Y DE LA ESPERANZA DE CRISTO

Frente a una situación así, la Iglesia no puede limitarse a condenar, aunque a menudo sea necesario. Hay que ir más allá. Como cristianos, debemos contribuir a dar al mundo una nueva esperanza, para conducirlo hacia la civilización del amor y alejarlo de las sectas y de las alucinaciones. ¿Cómo?

Redescubrir la belleza del hombre

El papa Pablo VI decía que el siglo XX era terrible y fascinante, adoptando la actitud de los Padres de la Iglesia, que en la sociedad de su tiempo, entre dificultades y obstáculos, buscaban los *semina Verbi*, las piedras esparcidas sobre las que se podía construir. ¿Las hay en nuestro mundo? Se puede responder que sí. Indicaré algunas, sin pretender ser exhaustivo.

a) El valor

El siglo XX ha sido el siglo de todos los peligros, pero ha sido también el siglo del valor. Millones de hombres han arriesgado su vida o la han dado por la libertad y por ideales nobles. Se trataba sobre todo de personas sencillas, pero gracias a ellas estamos vivos. La humanidad no ha agotado sus reservas de valor, es importante resaltarlo. Es un ejemplo para las épocas futuras.

b) La unidad del género humano

Sobre la faz de la tierra existen sociedades organizadas, en el sentido fuerte del término, desde hace aproximadamente más de cuarenta mil años. Durante enteros milenios nunca se tuvo la sensación de que el planeta constituyese una unidad, ni se pensaba que todos los hombres formarían un solo género humano unido por vínculos de una solidaridad indispensable. ¿Cuánto tiempo hace que hemos dado la vuelta al mundo, desde un punto de vista meramente geográfico? Desde hace unos cuatrocientos años. Muy poco. Zonas enteras del globo, en África, en los Polos, en el Amazonas, han sido exploradas y descritas desde hace menos de cien años. Hace poco que conocemos el suelo de nuestro planeta. ¿En este contexto, desde cuándo se puede decir que la humanidad tiene conciencia de su unidad fundamental? Entre los cristianos, desde hace muchísimo tiempo, pero entre los pueblos sólo desde hace unos decenios. La Declaración universal de los derechos del hombre se remonta a 1948. Actualmente sabemos que el mundo es un pueblo y que somos todos solidarios y responsables de nuestras acciones con respecto a los demás. Cristianos y hombres de buena voluntad trabajan en todas partes para que haya más paz y más justicia: una finalidad universalmente reconocida. Es cierto que en muchos casos estas verdades todavía no se traducen en la práctica y el egoísmo reina soberanamente. Pero la nueva conciencia planetaria constituye un considerable progreso del que quizá no nos damos cuenta suficientemente.

c) Los progresos técnicos y científicos

Los progresos de la ciencia y de la técnica pueden tener consecuencias negativas, pero si se usan con prudencia, constituyen enormes potencialidades positivas para nuestro mundo, como subrayó con razón el Concilio Vaticano II. Problemas que han complicado la vida de la humanidad, como por ejemplo los de la supervivencia alimentaria o de la salud, de la formación o de la comunicación, ahora podrían estar en gran parte resueltos. La “revolución verde”, que ha multiplicado

las cosechas agrícolas, es un hecho positivo que ha evitado las mayores carestías de la historia, cosa, esta, que no se reconoce lo suficiente.

Abrir los ojos sobre cómo actúa Dios

Como cristianos tenemos que abrir los ojos para reconocer lo que Dios ha hecho y sigue haciendo por la humanidad. ¿Acaso el brazo de Dios ha dejado de extenderse? ¿Dios está ausente en nuestra sociedad? Está claro que no. A veces se duda a la hora de hablar de la acción de Dios en el mundo contemporáneo. Parafraseando la expresión “¿qué teología después de Auschwitz?” a veces se piensa: ¿cómo hablar de la Providencia después del siglo XX? Pero nosotros no podemos aceptar este punto de vista: debemos dar razón de las obras de Dios, de sus manifestaciones entre nosotros. Newman decía a menudo: *You don't realize*, no os dais cuenta. Es importante que abramos los ojos.

A continuación algunos signos claros de la presencia y de la acción de Dios.

a) Los mártires

El siglo XX ha sido el gran siglo de los mártires. Frente a la violencia contra el hombre y a la hostilidad contra Dios, una multitud inmensa de hombres, mujeres y niños ha dado la vida demostrando que el amor de Dios obra siempre. Si es verdad que los mártires son semilla de nuevos cristianos, Dios nos prepara una buena cosecha para el futuro.

b) Los santos

Con mayor razón, el siglo XX ha sido el siglo de oro de los santos. Nunca se había visto la introducción de tantas causas de beatificación y de canonización en un solo siglo. El anuario de la Congregación para las Causas de los Santos, que en 1962 contaba con 391 páginas, llega a 732 en 1999, manteniendo el mismo formato y la misma presentación.

Es un pequeñísimo indicio de las dimensiones de un movimiento del que no somos lo bastante conscientes y del que las numerosas beatificaciones y canonizaciones que Juan Pablo II quiso llevar a cabo son la consecuencia. Dios ha concedido y sigue concediendo a su Iglesia y al mundo el don de innumerables santos, que son los padres y las madres del mundo de mañana.

c) Los papas

Si se mira la historia de la Iglesia, sorprende la cualidad de los pontificados romanos en el curso del siglo XX. En siglos precedentes, aunque muchos pontífices fueron hombres de gran valor, no hubo más de un papa por siglo muerto en olor de santidad: San Pío V en el siglo XVI, el beato Inocencio XI en el siglo XVII, Benedicto XIII en el siglo XVIII, el beato Pío IX en el siglo XIX. Pero en el siglo XX podemos citar San Pío X, Pío XII, el beato Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Otro fenómeno nuevo del que todavía no hemos tomado conciencia y que demuestra la acción de Dios en el nivel más alto de gobierno de la Iglesia.

d) La unidad de los cristianos

A inicios del siglo XX, las divisiones entre los cristianos parecían un hecho imposible de superar, mientras que no se puede decir lo mismo de los albores del siglo XXI. Si bien es cierto que todavía queda mucho camino por recorrer, en la historia del cristianismo ha surgido un elemento nuevo, una esperanza, signo de la acción del Espíritu Santo: la voluntad de unidad se ha convertido en un componente de la vida de la Iglesia que ya no se puede ignorar.

e) Los nuevos movimientos y las nuevas comunidades

En medio de las dificultades y las crisis del post-Concilio, el Espíritu Santo ha suscitado nuevos movimientos y nuevas comunidades pa-

ra realizar el Concilio y dar de nuevo a la Iglesia la esperanza pastoral,² nuevas realidades que se añaden a las innumerables órdenes religiosas y movimientos que ya trabajaban en la Iglesia. En poco tiempo han llegado a todos los países del mundo, tocan a millones de hombres y mujeres, ya han aportado santos. Uno de los puntos en común es el deseo de evangelizar. Su dinamismo es todavía más importante si se considera la vitalidad del mundo evangélico, delante de la cual la Iglesia católica no puede quedar indiferente.

f) La acción de María

Por último, tenemos la impresión de que en los siglos XIX y XX se asista a una “nueva” acción de la Virgen María en el mundo. Es verdad que María siempre ha estado cerca de sus hijos, pero el fenómeno de las grandes apariciones marianas ha conocido una amplitud que no se había visto jamás. Fátima, por ejemplo, ha acompañado la difícil historia del siglo XX. De alguna manera la Virgen María se ha manifestado como la mujer del Apocalipsis, que participa en la lucha en el mundo para guiar y apoyar a sus hijos.

CONCLUSIÓN

Para contrastar el movimiento de las sectas y de las nuevas religiosidades, y de lo que está vinculado a ellas, hay que luchar contra sus causas. Quejarse no sirve, hay que dar de nuevo al mundo la esperanza gozosa de Cristo y para ello hay que dar testimonio y evangelizar en cualquier ocasión, oportuna y no oportuna. “Las sectas son la evangelización fallida”, decía Juan Pablo II. Lo más importante es que los cristianos, y especialmente los católicos, sean ellos mismos, se convier-

² Por lo que se refiere a los laicos, cfr. la reciente obra *Asociaciones internacionales de fieles. Repertorio*, del Pontificium Consilium pro Laicis, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2005.

tan, vivan como verdaderos discípulos de Cristo y recuperen las razones de la esperanza para el mundo y para la Iglesia.

Los nuevos movimientos y las nuevas comunidades son de origen reciente y, por lo tanto, todavía cercanos al propio “Pentecostés” que los ha engendrado a cada uno. Al encontrarse todavía bajo el fuego creador del Espíritu Santo pueden comunicar el espíritu de esperanza y de vida que el mundo está esperando. Tenemos el deber de responder a las aspiraciones profundas de la humanidad, que anhela un mundo mejor.

Una prueba evidente fue el funeral de Juan Pablo II. Como señalaba su biógrafo George Weigel, fue el hombre más visto por el mayor número de personas en la historia del mundo. La retransmisión de sus exequias fue el programa de televisión más seguido de todos los que se han hecho jamás. Al funeral asistieron representantes de todas las religiones y de todos los países. No era sólo la Iglesia católica que daba sepultura a su máxima autoridad, eran también los hombres de fe que saludaban a quien había sabido reunirlos. Y toda la humanidad había acudido a dar homenaje al propio padre. Nunca como hoy fue tan fuerte el reclamo misterioso y profundo que la Iglesia de Cristo, representada en aquella circunstancia por Juan Pablo II, ejerce sobre la humanidad.

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual en la relación con el islam

Mons. FOUAD TWAL*

En su encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI describe cómo el amor/eros, cuando en él vive el gran Amor, acaba por revestir la forma del amor de donación. Se trata, en otras palabras, del paso del egoísmo al don de uno mismo.

A mi juicio, la descripción que hace el Papa de las distintas modalidades del amor ilustra la actitud tanto de los discípulos de Cristo en los Evangelios como la de sus discípulos posteriores, incluidos los actuales.

Pedro, Santiago, Juan y los demás siguieron a Jesús respondiendo a su llamada, pero también porque querían un puesto al lado del futuro rey de Israel. El tiempo y sobre todo los momentos fuertes de la muerte y resurrección de Cristo, de los sufrimientos y de las persecuciones que acompañaron el anuncio de la Buena Nueva, purificaron sus motivaciones. Hay un pasaje evangélico que siempre me conmueve, en el que Pedro, después de que Jesús le preguntara nada menos que tres veces: «¿Me amas?», responde con la sinceridad que le caracteriza: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes te quiero» (*Jn* 21, 15-17).

Es en este contexto de intenciones purificadas a lo largo de una historia – purificadas porque existían desde el principio – que pienso en la evolución de la presencia cristiana en Magreb durante los últimos decenios. Después de la independencia y la marcha en masa de los fieles, una comunidad cristiana, animada por el espíritu del Vaticano II, se reconvirtió para ser signo visible para sí misma y para todos los que la rodean. De este modo se convirtió en símbolo viviente de la fide-

* Arzobispo coadjutor del Patriarcado de Jerusalén de los Latinos.

dad de Dios para con los hombres. Llegué al Magreb a principios de los años noventa y encontré una comunidad aparentemente frágil, a causa de su número reducido y de su pasado, y a su vez totalmente dependiente de la buena voluntad de las autoridades musulmanas. Sin embargo, en realidad era una comunidad sólida, acostumbrada a vivir en la precariedad. Además, aceptaba ser vulnerable. Por eso era fuerte, fuerte por su mirada contemplativa y porque estaba arraigada en Dios. Llegué en el momento adecuado para darle mayor visibilidad y el orgullo de ser lo que somos sin complejos: “discípulos de Cristo”. Como en todo pequeñísimo progreso que provoca el Espíritu Santo, fue necesaria también una pequeña reconversión para volver a descubrir las exigencias del bautismo en la verdad, evitar “la mediocridad” y acostumbrarnos a una vida eclesial digna y visible, constantemente atenta a la Iglesia universal y al Magisterio.

Era indispensable un nuevo vigor. Los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades respondieron a nuestra llamada: Comunión y Liberación, el Camino Neocatecumenal y el Movimiento de los Focolares. De esta manera nuestra Iglesia empezó a rejuvenecer y a vivir más la universalidad a través de la diversidad de sus carismas. Todos envueltos por la ternura de Dios, compartiendo el apostolado y las diferentes tareas, tanto en los misterios gozosos como en los dolorosos, hicimos desaparecer nuestras diferencias y profundizamos la belleza de nuestra vocación, signo y prueba tangible de que somos sus discípulos. Era evidente para todos que nadie vivía el Evangelio mejor que el otro, como tampoco nadie, viviendo su propio carisma, tenía el monopolio de la verdad entera. Se estableció entre nosotros una sana competencia a ver quién lo hacía mejor. La Iglesia se enriqueció con más almas. El Cuerpo de Cristo creció. No podíamos permitirnos el lujo de estar divididos: éramos ya muy pocos. Éramos el granito de levadura en la gran masa musulmana, dispuesta a aceptarnos o a veces a aplastarnos. Los musulmanes nos miraban estupefactos provocándonos, con su mirada, a decir quiénes somos.

Mientras que los jóvenes árabes musulmanes no quieren otra cosa que irse a Europa para escapar de un ambiente en el que reinan la vio-

lencia, el miedo y la ausencia de puntos de referencia para el futuro, hay europeos jóvenes, guapos, llenos de entusiasmo y comprometidos, miembros de movimientos eclesiales, que dejan atrás las comodidades y la libertad, desembarcan entre nosotros y empiezan a trabajar con generosidad y discreción, mostrando así la belleza y la grandeza de Aquel que se ha enamorado de ellos y les ha enviado al mundo árabe. Para los musulmanes esto es un choque, un choque saludable que interpela e invita a reflexionar. Y los interrogantes son, con la gracia de Dios, el comienzo de un diálogo y de una conversión interior.

Aprovecho la ocasión para dar las gracias a todos los responsables de los movimientos eclesiales que han entendido nuestra misión entre los musulmanes y no han dudado en enviarnos personal, dándonos así la posibilidad de llevar adelante esta responsabilidad. Gracias también por haber aceptado integrarnos en la Iglesia local y en sus planes pastorales, bajo la guía paternal del ordinario local.

Una nueva comprensión, más serena y profunda, de nuestra misión, aflora en la conciencia de nuestros fieles: ser “discípulos de Cristo” de verdad, seriamente, y no aparentar serlo. De este modo es posible anunciar la buena nueva. Nuestra presencia es ya Palabra y testimonio. La catedral, bien restaurada y pintada, visitada regularmente cada día por centenares de musulmanes, también se convierte en Palabra, testimonio y una bonita ocasión para estrechar lazos de amistad con los musulmanes.

En 1996 tuvo lugar la masacre de los monjes de Tiberine. En todas las misas celebradas en el norte de África se elevó un canto de acción de gracias, mezclado con nuestras lágrimas. Ningún grito de venganza, de odio, de reacción insensata, sino oraciones y súplicas para que la sangre derramada fuera semilla de amor y de reconciliación entre los pueblos. Esta es la belleza del cristianismo, el único lenguaje capaz de cambiar el corazón de los hombres.

Al escribir estas líneas, no pretendo cantar las alabanzas de una Iglesia local – aunque, por otra parte, lo hago de buena gana –, sino que querría invitaros a meditar el misterio de la Iglesia, una Iglesia humana y divina, capaz de dejarse conmover y desafiar por el Espíritu y,

por lo tanto, capaz de evolucionar y de adaptarse, sin perder por otro lado su propias raíces y su propia identidad.

Todo lo que he dicho sobre la Iglesia de Túnez vale también para la Iglesia madre de Jerusalén que aspira a la paz y a la unidad de sus hijos, desgraciadamente sin conseguirlo. Ni siquiera las lágrimas del Salvador consiguieron reunirla en torno a Él. En vano lloró sobre ella. Durante toda su historia Jerusalén ha estado dividida. Llegué en noviembre de 2005.

La crisis actual es aún más fuerte de la de hace dos mil años: los campos a los que adherirse son numerosos y contradictorios; la tentación de desanimarse, de vivir al día, de olvidar los proyectos que Dios tiene sobre nosotros es muy fuerte. La experiencia de la Iglesia en la larga historia de Medio Oriente es la de un apego inmutable a Jesús, a los lugares santos, a los ritos y a nuestras parroquias, a veces con espíritu tribal. Dan testimonio de ello las ruinas y las callejuelas de la Ciudad Santa. Él es la única fuente de nuestra identidad, Él es nuestro antepasado y nuestras raíces, es por Él que somos importantes, incluso cuando esta importancia podría convertirnos en un blanco y en un chivo expiatorio. Locura, grandeza y belleza se encuentran. Los cristianos son los únicos que pueden cantar el aleluya incluso cuando nuestro *via crucis*, nuestro Viernes Santo, parece no tener fin.

Muchos hombres y muchas mujeres se sienten hoy desarraigados, perdidos y bloqueados. Los europeos hablan de la caída de las ideologías: nosotros, árabes del Medio Oriente, sabemos que la globalización, el materialismo y la injusticia internacional, que han hecho de esta área geográfica un supermercado de intereses y de intrigas, se encuentran entre las causas de nuestro desconcierto y de las reacciones, a veces insensatas y exageradas, relacionadas con la identidad, la religión o la cultura. Jerusalén sigue siendo la ciudad de las sorpresas, empezando por la resurrección de Cristo. Esperemos que también a nosotros nos llegue un día nuestra resurrección para gozar de más alegría, más justicia y más paz.

Se me ha pedido “dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual en la relación con el islam”. Quienes están a nuestro alrededor,

musulmanes y judíos, envidiosos y al mismo tiempo sorprendidos por nuestra serenidad, se plantean varios interrogantes: ¿cómo es que los católicos parecen tener tanta capacidad de adaptación, no obstante la gran diversidad de sus orígenes? (en Jerusalén nuestros fieles son de setenta nacionalidades distintas). ¿Cómo consiguen conservar la paz interior en medio de la tormenta y una actitud tranquila y contemplativa frente a los torbellinos de la historia, superiores a la media? ¿Cómo es que los religiosos, laicos y consagrados se sienten en casa en cualquier parte a donde les mande el Espíritu? ¿No es acaso este el secreto de la gran pasión por Cristo y por los hombres? ¿Pasión que provoca y desafía, que atrae y da miedo?

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual en la educación de los jóvenes

LUIS FERNANDO FIGARI*

INTRODUCCIÓN

No es quizás el peor de los tiempos, pero ciertamente vivimos en una época en que la presión externa hace difícil vivir la fe. Es una época en que, como leía en algún lado, “hay que reclamar el derecho a creer sin sufrir intimidaciones”. Adherirse al Señor Jesús, vivir la fe, dejarse tocar por el esplendor de la Revelación y por su belleza como apropiación existencial de la Verdad, es hoy ocasión de mayores o menores conflictos con el ambiente y a veces incluso en el seno de la propia familia. La cultura de muerte casi parece ofenderse porque su opción de cultura profana no haya logrado que se destierre totalmente a Dios y la libertad de seguir su divino Plan en el mundo que su ingeniería está construyendo.

Pero los desafíos a la vida cristiana no solamente son externos. Existe una extendida inconsistencia en la fe de muchos que repercute debilitando su credibilidad para la juventud. Por lo demás, los propios problemas de identidad cristiana y eclesial en el seno del Pueblo de Dios constituyen también un anti-testimonio activo y doloroso, cuyos efectos muestran ser devastadores por las características de resonancia y de globalidad de la cultura moderna.

A esto se junta un fenómeno que no es nuevo pero cuyos efectos sí lo son: «Los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz» (Lc 16, 8).¹ Por eso, precisamente, el Señor invita a sus seguidores a despertar del letargo, a ser «prudentes» (Mt 10, 16). Hoy se constata

* Fundador del Movimiento de Vida Cristiana.

¹ Cfr. Pío IX, Carta encíclica *Apostolicae nostrae caritatis*, 1 de agosto de 1854, 1.

una grave inconsciencia y negligencia que se traduce en ignorar la propia historia, las expresiones de la vida y del pensamiento cristiano, en especial de los últimos tres o cuatro siglos, lo que contribuye a la difusión de un mito del “progreso” de visos iluministas que encierra una dinámica de debilitamiento de la fe que afecta a muchos, particularmente a los más jóvenes.

Estas situaciones deben ser tenidas en cuenta para que al hablar de educación en la fe de la juventud no se quede uno en abstracciones y buenos propósitos, en palabras bonitas y quizá hasta en meros esteticismos. Precisamente, el papa Benedicto XVI diagnostica que los jóvenes «se sienten fácilmente atraídos por otras cosas, por un estilo de vida bastante alejado de nuestras convicciones».² Por ello, ante el espectáculo de un mundo que cierra los oídos al anuncio de la fe, el Santo Padre señalaba no hace mucho: «Tenéis la tarea de volver a proponer, con vuestra competencia, la belleza, la bondad y la verdad del rostro de Cristo, en quien todo hombre está llamado a reconocer sus rasgos más auténticos y originales, el modelo que hay que imitar cada vez mejor. Así pues, vuestra ardua tarea, vuestra alta misión consiste en indicar a Cristo al hombre de hoy, presentándolo como la verdadera medida de la madurez y de la plenitud humana».³ He aquí una preciosa clave que ofrece el papa Benedicto para la educación en la fe de los jóvenes: presentarles al Señor Jesús como quien ilumina su realidad personal, sus preguntas más inquietantes, su horizonte, su despliegue, esto es, presentar a Jesús como la clave definitiva para comprender el sentido de la vida, el camino para llegar a la realización personal, y a su plenitud en el encuentro definitivo con Dios.⁴

² BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Aosta*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 29 de julio de 2005, 5.

³ ID., *Mensaje a los miembros de las Academias Pontificias*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 2 de diciembre de 2005, 8.

⁴ JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Ecclesia in America*, n. 10.

PRESUPUESTOS

Es sabido que todo proceso educativo presupone una idea del ser humano; tanto más la formación religiosa. «El sujeto de la educación cristiana es el hombre completo»,⁵ decía claramente el papa Pío XI. Y con el realismo propio de la aproximación cristiana movía a recordar que se trataba del hombre caído, con la “semejanza” herida y la falta de equilibrio en sus inclinaciones, aunque rescatado por el Señor Jesús, quien le ofrece el camino de la reconciliación.

Para acercarse a la imagen del hombre completo y no a visiones mutiladas, debemos tener presente que hemos sido creados a «imagen y semejanza» de Dios (*Gn* 1, 26), que llevamos los seres humanos su huella en lo profundo, y que precisamente el Verbo Eterno ha asumido la naturaleza humana en el vientre Inmaculado de María para redimirnos, para mostrarnos nuestra identidad y dar sentido a nuestras inquietudes más íntimas, impulsándonos por el sendero del despliegue personal hacia el horizonte del encuentro pleno en el Amor.

Las metas del proceso formativo en la fe han sido formuladas notablemente en la Declaración *Gravissimum educationis* del Concilio Vaticano II.⁶ En ella se nos dice que si bien se persigue, como es lógico en una perspectiva cristiana, la madurez que lleva a la persona a su realización, se busca sobre todo que quien ha recibido el bautismo se haga más consciente de la fe recibida, iniciándose en el conocimiento de los contenidos del misterio de la reconciliación, aprenda a adorar a Dios, particularmente en la liturgia, y se forme «para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad»⁷ orientándose a alcanzar la estatura del hombre perfecto, el supremo *hagionormo*. Igualmente, se ha de profundizar en la propia vocación, dando testimonio de la esperanza (Cfr. *1 Pe* 3,15), contribuyendo al crecimiento de la Iglesia, «y a

⁵ Pío XI, Carta encíclica *Divini illius Magistri*, 34.

⁶ Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración sobre la educación cristiana *Gravissimum educationis*, 2.

⁷ *Ibid.*

ayudar a la configuración cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad».⁸

Aproximándonos al tema desde la perspectiva de la fe de la Iglesia y del hombre completo, tenemos que conocer el misterio de la salvación y sus alcances en la personalización del ser humano (fe en la mente); será necesario adorar a Dios, adherirse vitalmente y dejarse configurar con el Señor Jesús (fe en el corazón); vivir la vida cristiana, dar testimonio de la esperanza y ayudar a la transformación de la sociedad y la cultura según el divino Plan (fe en la acción).

Esta perspectiva en tres dimensiones era ya planteada por la escuela francesa de espiritualidad hace varios siglos. Por ejemplo, nos hablaba de Jesús ante los ojos, Jesús en el corazón y Jesús en la mano, símbolo de la acción,⁹ de la cooperación.¹⁰ Este enfoque responde a una perspectiva antropológica del hombre completo.¹¹ En mucho, es cuestión de ir a las fuentes y seguir los afluentes de la tradición.

Las áreas básicas del crecimiento en la fe son las del saber, el sentir y el hacer. Los tres campos en cercana relación. La formación cristiana debe estar fundada en la invitación a una respuesta cognoscitiva, a una respuesta afectiva, y a una respuesta activa. Pues lo que una persona conoce condiciona sus resonancias, sus actitudes y la inclina a un compor-

⁸ *Ibíd.*

⁹ Cfr. J.-J. OLIER, *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, Le Rameau, París 1954, 23. Destaca la idea del mirar a Jesús, unirse a Jesús y obrar en Jesús. Al plantear el método de oración de San Sulpicio, inspirado en Olier, Louis Tronson, quien lo codificó, plantea como equivalente a mirar a Jesús “considerar a Nuestro Señor Jesucristo” (Cfr. *Exámenes particulares sobre diversas materias peculiares a los eclesiásticos y a todas las personas que deseen adelantar en la perfección cristiana*, Librería y Tipografía Católica, Barcelona 1885, 100).

¹⁰ Cfr. J.-J. OLIER, cit. Igualmente sobre la referencia a esta dimensión cooperativa como simbolizada por la mano, cfr. I. NOYE y M. DUPUY, *Olier, Jean-Jacques*, en *Dictionnaire de spiritualité*, vol. 11, París 1982, col. 745; J. SAWARD, *Bérulle and the French School*, en *The Study of Spirituality*, SPCK, Londres 1986, 395.

¹¹ No es necesario analizar las manifestaciones teológicas ni de oración de estas perspectivas en la escuela francesa de espiritualidad. Baste dejar mencionado que existen.

tamiento; la experiencia vital de la persona está relacionada con su conocimiento y su comportamiento; y la acción de la persona tiende a influenciar sus sentimientos y su potencialidad cognoscitiva. Las tres áreas fundamentales se dan íntimamente ligadas en la persona; sin embargo, para procurar una mayor comprensión las veremos por separado.

FE EN LA MENTE

La *fe en la mente* corresponde al espíritu del sujeto cognoscente. Cubre el aspecto intelectual, pero no en un sentido frío, sino vital: «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 32), y «por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19). Estas sentencias del Señor muestran un horizonte de aprehensión de la verdad que va, muchísimo más allá de un cerebralismo, a la dimensión existencial del ser humano, lo que resulta especialmente atractivo para el joven.

El aspecto categorial de la fe no es eludible. Todo lo contrario. Más aún, habría que recordar, como enseñaba Romano Guardini, que «la verdad es el alma de la belleza».¹² La categoría de “encuentro” o la misma perspectiva de “belleza”, a pesar de su alto valor, no lo suplantaban. La Iglesia siempre ha mantenido la importancia de la formación intelectual, especialmente en el campo de la fe. El papa León XIII señalaba que «la ignorancia religiosa es el mayor enemigo de la religión».¹³ El papa San Pío X insistió también en la urgencia de combatir aquella «perniciosa ignorancia» en materia religiosa, «de la que proceden tantos y tan graves daños».¹⁴ El Vaticano II, y junto a él los Sumos Pontífices de fines del siglo XX y el papa Benedicto XVI no cejan en destacar la importancia de una fe conocida e interiorizada.

¹² Cfr. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1999, 80.

¹³ LEÓN XIII, Carta encíclica *Officio sanctissimo*, n. 7.

¹⁴ PÍO X, Carta encíclica *Acerbo nimis*, n. 6.

Uno de los graves males de nuestro tiempo es relegar la doctrina de la fe. Por ello, una comprensión inadecuada facilita su disolución al chocar con el secularismo agresivo, el agnosticismo funcional o tantas de las otras amenazas a la fe que se dan en el mundo de hoy. Parecería que la *political correctness* del mundo norteamericano o el *pensiero debole* han llegado a muchos y para ellos “suena” desagradable, por decir lo menos, insistir en la existencia de la verdad y en la adhesión a la verdad. Son para quienes mantienen esta óptica verdades en exceso incómodas incluso para tolerarlas. Pero la persona, y el joven en particular, son naturalmente buscadores de la verdad¹⁵ y se mantendrán fundamentalmente como tales.

Sea como fuere, en el ámbito crítico moderno una fe mal conocida será una fe mal vivida, la moral será poco coherente y el culto no se dará o será meramente epidérmico, como constatamos hoy a cada paso y ciertamente no sólo ni principalmente en la juventud. El irracionalismo que es impuesto por la cultura de muerte es tanto más absurdo cuanto que se asimila sin mucha conciencia y se expresa con una soberbia pareja a su inconsciencia. Dimitir de la razón es una forma de dimitir de lo humano. Algunos ya están hablando de un mundo “posthumano”. Hoy en el irracionalismo, llamado por algunos “postmoderno”, se constata el terrible alcance que viene adquiriendo esta visión en los atentados contra la vida, dignidad y derechos humanos, especialmente de los más indefensos y necesitados. Estas manifestaciones, breve y rápidamente mencionadas, se ubican junto o en combinación con expresiones del gravísimo mal que tantas veces ha sido designado como dualismo o divorcio entre fe y vida.

A pesar de su trascendencia, hay algunos que no consideran importante la *fe en la mente*. Así, podemos comprobar cómo en muchísimos campos de formación católicos se ha abandonado la formación religiosa o se la ha reemplazado por procedimientos subjetivistas, en muchos casos con un marcado sesgo emotivo y sentimental, como si la

¹⁵ Cfr. *Qo* 1,13; JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, n. 21.

fe fuese un asunto sin importancia sobre el cual cada uno puede opinar lo que le parece o lo que su capricho le dicta, dejando de lado la enseñanza y la meditación sobre la verdad revelada, o como si fuese una mera sensación emocional subjetiva.

Detrás de estos errores de perspectiva podemos encontrar un reduccionismo, o incluso un activismo, o quizá la ausencia de capacidad o de conocimiento, o la pérdida efectiva de la fe y su sustitución por sucedáneos “impactantes” o por nociones sociológicas o antropológicas de moda. Sea cual fuere la causa del abandono de la formación intelectual, sus nefastos efectos se pueden comprobar con facilidad; basta con observar el mundo en que vivimos.

Desde el esplendor de la verdad de Dios, se descubren los auténticos dinamismos íntimos, así como los valores y claves decodificadoras que orientan y dan sentido a la actividad humana, y aún más a las interrogantes propias del joven.

La orientación que se debe seguir en este campo es la de proporcionar conocimientos adecuados para satisfacer el impulso de búsqueda del joven. Este sería el primero de los actos de la prudencia, *consiliari*, es decir, consultar o hallar. Así el joven queda en condiciones de analizarlos a la luz de la recta razón, juzgando si lo hallado es apto para el fin, lo que es el segundo paso de la fórmula prudencial, *iudicare*. Y si su conciencia informada así lo acepta, en la comunión de fe, hacerlos suyos quedando mejor capacitado para interpretar cristianamente su relación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. En este proceso se debe colaborar con el formando para que aprenda a pensar críticamente y a desarrollar una perspectiva integral del saber humano. Juntamente se le debe iniciar en sólidos conocimientos catequéticos así como de antropología y psicología cristianas, a modo de evitar una tensión entre el desarrollo mental y su madurez, por un lado, y el contenido y proyección de su fe, por otro.

Durante todo el proceso de la formación cristiana se debe desarrollar una pedagogía apelante de manera que se pueda captar y mantener el interés del educando. Ello no es un asunto de artificio, sino de ahondar en la verdad, de dejarse iluminar por su esplendor y destacar

del rico depósito de la fe aquellos acentos que respondan a un proceso orgánico orientado a los educandos, atendiendo a su determinada realidad.¹⁶

Parece oportuno destacar un par de apuntes. Primero, no se debe olvidar que la fe en la mente va inmersa dentro de un proceso integral y alude a la realidad de la persona total.¹⁷ Segundo, que, como hemos dicho, la actividad intelectual es fundamental en la jerarquía de los actos humanos. Cabe destacar su valor especial para la restauración de la dignidad a la que tiene derecho el ser humano en su vida individual y social; ello, obviamente, no excluye otros aspectos también valiosos.

FE EN EL CORAZÓN

La fe en el corazón corresponde al campo de los sentimientos y la voluntad. No basta la captación cognoscitiva de la Verdad, es necesaria su asimilación vital. Debe llegar a lo profundo de la persona joven. La fe no se queda en su aspecto objetivo conceptual, sino que su dinamismo busca irradiar en la persona entera. Por la vía de la experiencia va más allá de la expansión de la Verdad, hasta experimentarse como don que en cuanto expandido suscita movimientos afectivos e incluso aparece como *pulchrum fidei*.

Si bien es cierto que la vida cristiana es muchísimo más que meros sentimientos, la manifestación voluntaria del acto de fe no se produce exclusivamente por la motivación intelectual, sino también por la influencia afectiva. Así, el aspecto afectivo y psicológico se manifiesta como básico e imprescindible. Por todo ello, la temática cognoscitiva debe también ser afectivamente apelante, de forma que el joven se sienta en diálogo con

¹⁶ Cfr. II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINO-AMERICANO, *Documentos finales de Medellín*, Septiembre de 1968, V, 14a, e VII, 13b.

¹⁷ Esto no constituye novedad. Por ejemplo, en las primeras décadas del siglo XX, A.-D. SERTILLANGES, en su conocida obra *La vida intelectual*, resalta y desarrolla el concepto de que es el hombre entero el que piensa (Cfr. c. II, en la versión de Ediciones Encuentro, Madrid 2003, 28).

una perspectiva personalizadora que se dirige a él en su integridad y así, descubriéndolo, se vea motivado a responder, desde su libertad, con un compromiso profundo en su proceso de educación en la fe.

Es de suma importancia concebir la aproximación a esta dimensión en la perspectiva de un compartir desde la propia experiencia de fe y de encuentro con el Señor Jesús, anunciándolo en primera persona como quien se ha encontrado con Él¹⁸ y le manifiesta una adhesión afectiva. El camino ideal para ello es el señalado por Cristo desde lo alto de la Cruz: «He ahí a tu madre» (*Jn* 19, 27). Ello abre el camino del amor filial a la Madre, mujer de la fe, llevando al Inmaculado Corazón, que está pleno de los latidos del Sacratísimo Corazón, hacia Quien conduce en una experiencia apasionante y bellísima de amorosa fe y encuentro con Jesús en lo íntimo.

Con tal aproximación no sólo se vivirá la dimensión testimonial con el ardor de vivir el despliegue de la fe con toda su belleza, alegría y entusiasmo, sino también el magno asombro, que nunca cesa, de que al educar en la fe va siendo uno educado.

Igualmente es necesario considerar que la educación en este campo se centra, también, en la transformación de los hábitos o virtudes morales, ordenando a la persona al bien que la perfecciona como ser humano. Si la voluntad con frecuencia claudica es porque es arrastrada por las rupturas y por decodificaciones erradas de qué constituye el bien, sucumbiendo a los sucedáneos, confundiendo el ideal de la belleza, como expresión de armonía y orden en el bien y la verdad, con el propio gusto o disgusto regido por el mero subjetivismo o capricho. La maestría o ejercicio de las virtudes ayuda a encaminar la voluntad hacia el bien objetivo y a alejarla del desorden.

La adhesión a Jesús y su seguimiento ardoroso por el camino de la fe son dimensiones fundamentales de un encuentro vital y de una apertura tan efectiva como sólidamente afectiva a Aquel que es la res-

¹⁸ Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en la Catedral de Santo Domingo durante la Misa para el clero, religiosos y seminaristas*, "L'Osservatore Romano", edic. en lengua española, 28 de enero de 1979, 7.

puesta plena al hambre de infinito, de bondad, de belleza, de verdad del ser humano.

En todo, es indispensable tener en cuenta que el cristianismo es la religión personalizante. Se basa en la relación de la persona del sujeto con Dios, Uno y Trino. Esta relación “yo-Tú” tiene que ser destacada no sólo en el campo intelectual, sino también, y muy especialmente, en el afectivo, en el vital.

FE EN LA ACCIÓN

La fe en la acción es la proyección, mediante la expresión en la vida cotidiana y el testimonio, de la fe en la mente y en el corazón. Es menester señalar que la fe en acción, en el aspecto educativo, no consiste sólo en promover el actuar, sino fundamentalmente en la creación de hábitos de recta acción y su ulterior empleo en el obrar en respuesta al plan de Dios para la realización del ser humano en sí y en relación con los demás.

En este campo es fundamental referirse a la liturgia, puesto que ésta, bien conducida y entendida, produce un impacto altamente positivo en las áreas cognoscitiva y afectiva, al tiempo que es sustento y expresión de la vida cristiana, que de ella nace y a ella conduce.¹⁹

Igualmente, es necesario recordar el sentido funcional diaconico que tiene el cristiano. La vida es servicio (*Ga* 5, 13; *Mt* 20, 28; *Mc* 10, 45; *Lc* 1, 38). Este sentido diaconal debe ser remarcado y aplicado a través de la transmisión de la buena nueva y la transformación del mundo según el divino Plan.

Ahora bien, todo el esfuerzo de la educación de la fe busca cooperar con el don de Dios a la persona que se beneficia del proceso educativo, teniendo como objeto acompañarla en su caminar de fe. En tal sentido debe expresar una reverencia por un proceso mayor, en donde

¹⁹ Cfr. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium*, 10.

la educación es sólo uno de los factores y ciertamente no el principal, por lo que el respeto real y efectivo a la libertad personal debe ser una de sus características, así como la no imposición de una manera de ser o hacer, sino comunicar el entusiasmo por la adhesión al Señor Jesús y lo que esta significa en la realización integral de la persona, que incluye la dimensión comunitaria. La tarea de la activa participación en la misión de la Iglesia, contribuyendo así al Reino, es la meta unificadora que da sentido a las buenas obras, personales y sociales.

CONCLUSIÓN

Sucintamente hemos procurado expresar algunas ideas sobre la educación de los jóvenes en la fe como respuesta a sus necesidades más profundas, a sus preocupaciones diarias, a sus dilemas existenciales y a sus horizontes, desde la luz de la verdad, la bondad y la belleza que Jesús despierta en cuantos aprenden a responder a su llamada y se abren al dinamismo de su amor y reconciliación.

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual en la presencia de los católicos en la sociedad

DINO BOFFO*

Todos conocemos la espléndida página de la *Lumen gentium* en la que se habla del carácter secular como «propio» y «peculiar» de los laicos: «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada... A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y ordenar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor».¹

Querría llamar vuestra atención sobre los dos verbos «iluminar» y «ordenar»: considerándolo bien, podemos rescatar ambos verbos de su significado común para tomarlo, en cambio, de esa sintaxis de la belleza que es intrínseca a la creación (cfr. *Gn* 1, 4: «Vio Dios que era bueno/bello»), y de lo que en el tiempo de la redención el hombre está llamado a actuar, como consecuencia de la corrupción que conllevó el pecado.

Dos verbos – iluminar y ordenar – que nos atañen a nosotros, los laicos, de manera específica y a la vez apasionante, como co-restauradores de la belleza de la creación y contempladores inexhaustos del rostro de Jesús. En efecto, el hombre, obra maestra de Dios, está llamado a participar al restablecimiento de la belleza corrupta y a la

* Director del periódico “Avvenire”.

¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 31.

refracción de la belleza crística en cada tiempo y en cada espacio, hasta la *parusía*.

Iluminar, decíamos. ¿En qué sentido? En el sentido de que la luz concreta de la creación es el hombre. En efecto, está llamado a convertirse en lo que es Cristo. «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). Un autor moderno, Pavel Florenskij, sacerdote y «mártir de la barbarie estaliniana», como eficazmente anota Bruno Forte,² comenta este pasaje evangélico en sentido absolutamente no filantrópico o moralista. Las “buenas obras” son «revelaciones luminosas y armoniosas de la personalidad espiritual – sobre todo un rostro luminoso, hermoso, de una belleza por la que se difunde al exterior “la luz interior” del hombre, y vencidos por esta irresistible luz, los hombres alaban al Padre celeste».³

Iluminar, decíamos, y ordenar, el otro verbo que el Concilio atribuía a los laicos. Se restablece el orden (ordenar) donde existe desorden, se asigna el lugar adecuado a lo que era ignorado en su justa prioridad, se restablecen las proporciones después de que se haya dado una subversión de las medidas. Cuánta actividad laical, cuántos contenidos profesionales se pueden leer exactamente según estos significados. Ordenar como actitud de los laicos cristianos, que por el bautismo tienen dentro el espíritu que mueve hacia la belleza. Esa belleza que para Agustín es orden, armonía y paz... búsqueda del vínculo íntimo que da lugar a un conjunto conveniente.⁴

¿Acaso no está aquí, en la explicación de esta habilidad, el esfuerzo por captar en las cosas su íntima razón para hacerla brillar en el *puzzle* de Dios? ¿No está acaso aquí el empuje para ese movimiento continuo del alma y de la inteligencia a reconocer a Cristo en el cora-

² B. FORTE, *Santidad trinitaria del sacerdote*, en: *Sacerdotes, forjadores de santos para el nuevo milenio. Actas del VI Congreso internacional de los sacerdotes*, Congregación para el Clero, Roma 2005, 43.

³ P. FLORENSKIJ, *Le porte regali. Saggio sull'icona*, Adelphi, Milán 1997, 50.

⁴ Cfr. SAN AGUSTÍN, *De vera religione* 32, 59.

zón del mundo, en la raíz íntima de cada acontecimiento y de cada vicisitud? En el *ordo pulchritudinis*, dentro de los asuntos individuales del mundo, implicado en la historia, el laico cristiano es en su actividad – cualquiera que sea – y en toda la extensión de su existencia, un hacedor de la belleza.

Si interpretamos con esta clave toda la misión del laico, quizá podremos percibir desde un punto de vista nuevo el déficit de mucha práctica cristiana. Cuántas veces nos parece que nos comprometemos mucho en la sociedad, en la profesión o en las relaciones, sin vislumbrar luego los resultados esperados. Pensemos en el desgaste que hacemos ordinariamente en nuestras jornadas, para que se respete la verdad que a nosotros nos parece tan resplandeciente, para dejar percibir la bondad tan sobreabundante, a nuestro parecer, de la Causa que lo guía todo. Y, sin embargo, nada o casi nada se mueve ante nuestros ojos.

Observa von Balthasar: «En un mundo sin belleza – aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado –, en un mundo que quizá no está privado de ella pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber-ser-realizado; el hombre se queda perplejo ante él [...]. En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica».⁵ Nos sentimos descritos en estas palabras. Y quién sabe si no expiamos aquí una madurez insuficiente de nuestra fe, arraigados como estamos a las exigencias de la verdad y de la bondad, pero desprovistos ante las pretensiones de la belleza. Casi como si en la experiencia de Dios que alimentamos en nosotros, esta fuese algo facultativo y periférico, un devaneo caprichoso y nada más. Lo bueno y lo verdadero nos parecen más necesarios que lo bello. En lo que hacemos por el reino hay una insuficiencia;

⁵ H.U. VON BALTHASAR, *Gloria*, vol. 1, *La percepción de la forma*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, 23.

apuntamos alto, sí, pero hasta cierto punto. Como si nos faltara – ya conceptualmente – el último tramo. Quizá desanimados a la hora de afrontarlo por las condiciones del mundo, por la difusión de las cosas sin sentido. ¿Cómo es posible que exista lo bello, entre tanta complejidad siniestra, entre una competición exasperada y otra, frente al dolor inocente? ¿Cómo es posible?

Escribió un día el entonces cardenal Ratzinger en un mensaje al Meeting por la amistad entre los pueblos: «Quien cree en Dios [...] sabe que la belleza es verdad y que la verdad es belleza, pero en Cristo sufriente aprende también que la belleza de la verdad implica ofensa, dolor y, sí, también el oscuro misterio de la muerte, que sólo se puede encontrar en la aceptación del dolor, y no en su rechazo».⁶ Por lo tanto, estamos autorizados a buscar la belleza, a saber que existe, que se anida también dentro la banalidad de lo cotidiano, en el fatigoso desplegarse de la voluntad, en la aburrida cadena de los imprevistos, en la interminable sucesión de colas que hacemos delante de cada ventanilla, en la incomprensión que se manifiesta también después de todos nuestros esfuerzos, en la paciencia extenuante que se nos pide todos los días, todo el día sólo para cumplir con nuestras obligaciones básicas. Somos especialistas de la belleza herida.

La fatiga del descargador, la incertidumbre del campesino, la repetitividad del obrero, la frustración del científico, la insatisfacción del cronista, la desilusión del educador, la incomprensión del político, la irrelevancia del ama de casa, la humillación del pobre... son el contexto en el que nos desafía la belleza. La belleza de Cristo. A Juan Pablo II le gustaba citar al poeta Cyprian Norwid, conterráneo suyo, para quien «la belleza sirve para entusiasmar en el trabajo, el trabajo para resurgir».⁷ Trabajo, empeño, pero ¿dónde? Los ámbitos los conocemos, son los que nos frenan y nos definen. Cristiano es aquel para quien el mundo existe, nos han enseñado. En la salvaguardia minucio-

⁶ J. RATZINGER, *La Belleza. La Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 15.

⁷ C. NORWID, *Promethidion*, citado en: JUAN PABLO II, *Carta a los artistas*, 4 de abril de 1999.

sa y estratégica de lo creado. En la defensa, es más, en la promoción de la vida, de toda la vida, desde la concepción hasta la muerte natural, de cada vida, incluso de la más desafortunada que hay que hacer que sea soportable a través de opciones legislativas y providencias administrativas cada vez más adecuadas. En la investigación científica y en el progreso tecnológico que, incluso en detrimento de alguna actuación, saben respetar la dignidad y la integridad de la persona. En la política interpretada en interés exclusivo de la población y para mejorar las condiciones de vida empezando por los últimos. En las relaciones entre las personas, las familias, las comunidades o los pueblos basadas en la buena fe, la previsión y la paz. En el arte en cada campo y lenguaje. En la cultura pública para que el pluralismo no signifique relativismo; no hay belleza en la contumacia y en la afasia. En la Iglesia para que también a través del amor y la dedicación de los laicos sea signo bello e instrumento de la belleza, y como tal pueda conmover, si no fascinar, a los lejanos y distraídos y a los polémicos.

Cuidar la parte, en la que encontramos el todo, esto nos toca. «A una humanidad que tan intensamente ha descubierto la mundanidad del mundo y ha perseguido el proyecto de emanciparse de toda independencia extraña al horizonte terreno, es necesario más que nunca proponer la verdad amable, el bien atractivo, el escándalo al mismo tiempo fascinante e inquietante de la santidad de Dios».⁸ El camino de la belleza no hay que concebirlo como una fórmula totalizadora, sino como la metáfora de un camino posible y fecundo para restituir un horizonte de sentido y sorprender en la verdad última y soberana la fuente verdadera de la dignidad de cada parte del todo. Aquí estamos nosotros. Rábdomantes de la belleza en el mundo.

La belleza no se maneja de cualquier manera. Es más, se nos sugiere un estilo para pasar de las bellezas a la Belleza. Lo encontramos evocado con una rara eficacia en la *Gaudium et spes*: «El hombre, redimido por Cristo y hecho, en el Espíritu Santo, nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Pues de Dios – oíd que poesía –

⁸ B. FORTE, *Santidad trinitaria del sacerdote*, cit., 35.

las recibe y las mira y respeta como objetos salidos de las manos de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posesión del mundo como quien nada tiene y es dueño de todo».⁹

Si no me equivoco, aquí nos encontramos en la cumbre de una construcción nueva, descubierta precisamente para nosotros. Pensemos por un instante en esta otra pareja de verbos: *Utens ac fruens*, usando y gozando de las cosas del mundo. Lo que sorprende, admitámoslo, es el segundo verbo “gozando”, que junto con el primero “usando”, parece que sean ambos elementos equilibradores de un modo laicalmente cristiano más adecuado de estar en el mundo. Y, además, parecen inaugurar un camino nuevo hacia una espiritualidad específicamente moderna, que ya no está marcada predominantemente por la fuga y por el desprecio del mundo, sino por el compromiso en el mundo, y por la simpatía hacia el mundo y sus bellezas. Una capacidad de estar dentro las vicisitudes de la historia y las tareas de nuestro estado, focalizando las potencialidades integrales del cristianismo, sin censuras pero sin desviaciones ilusorias.

Fascinados, es más, seducidos por la belleza, y por su suspirada integridad, atravesamos nuestros días aprendiendo a configurar nuestros pensamientos y acciones a ella, como si tuviéramos que estar siempre en la tierra mientras que nuestra mirada ya roza el Cielo.

⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, n. 37.

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual en situaciones de pobreza y de violencia

ANDREA RICCARDI*

Me alegro de poder tomar la palabra en este Congreso que puede representar, después de 1998, otro paso de madurez sapiencial de las comunidades. Doy las gracias al Consejo Pontificio para los Laicos por haber organizado esta manifestación con su espíritu de autorizada y simpática fraternidad para todos nosotros.

Estoy muy contento de saludar a muchos de vosotros, con quienes, en los pasados años, nos hemos encontrado en la amistad, en el consejo, en la gratuidad de las relaciones. En efecto, estoy convencido de que la madurez de nuestras experiencias eclesiales tiene una cita decisiva en la estima, en la gratuidad de la amistad y de la escucha recíproca, aun en la diversidad de historias y carismas. Es verdad: existe una adolescencia cuando el estupor del carisma recibido lleva a concentrarse sobre sí mismos, con la consiguiente dificultad de relación con quien está fuera y la dificultad de escuchar a los demás. Pero la autorreferencialidad, con el paso del tiempo, revela una adolescencia envejecida. Los carismas, madurando, llevan también a la fraternidad con otras comunidades.

La historia muestra cómo el aspecto carismático de la Iglesia ha encontrado una gran acogida y un sereno discernimiento en la persona del Papa. No se trata sólo del reconocimiento, sino de una compenetración madura y generosa con la misión universal de la Iglesia: esa espiritualidad de comunión de la que el obispo de Roma es maestro. Según una antigua tradición del siglo XIII, en torno a la cátedra del obispo de Roma en Letrán se encontraron en el siglo XIII San Francis-

* Fundador de la Comunidad de San Egidio.

co, Santo Domingo, San Ángel carmelita, para mantener una importante conversación sobre la Iglesia y para un intercambio de experiencias.

Algo parecido sucede en este Congreso: un modelo de comunión que tiene que pasar a la vida cotidiana, con una capacidad de apoyo, de escucha, de amistad. La comunión hace la belleza de ser cristiano. De lo contrario, incluso las llamadas “nuevas” comunidades enferman de una enfermedad bastante común que es el egocentrismo de los fragmentos en un mundo demasiado grande, el protagonismo de fundadores, responsables, miembros. Existe una tentación: el atractivo de una nueva comunidad sobre sí misma, sobre sus protagonismos, sobre sus problemas internos, sobre sus debates. Y los problemas nunca faltan en una vida comunitaria. No se puede reducir el carisma concentrándose en sí mismos. Es el atractivo que distrae de la misión del Evangelio, misión a la que Juan Pablo II ha llamado en más de una ocasión a las nuevas comunidades, la del Concilio Vaticano II. Una vida concentrada en sí mismos, para sí mismos, nunca será hermosa. El carisma llama a vivir la lógica del don. De lo contrario, se pierden la belleza y la novedad. De esto nosotros debemos responder al único fundador, a Jesús, la más hermosa de las personas.

En esta mesa redonda, como en la conferencia del cardenal Ouellet, se nos invita a dar razón de la belleza de Cristo. Es la dinámica de Pentecostés que lleva a la comunidad y a Pedro a comunicar el Evangelio en modo apasionado. Su palabra era convincente y su vida hermosa: por esto otros se unieron a ellos. ¿Una vida cristiana puede desarrollarse en contacto con lo que no es hermoso, es más, a menudo es incluso horrible? En general, se tiene tendencia a huir de las situaciones de pobreza y violencia: quien se encuentra en tales situaciones no tiene nada que ofrecer, es más, se corre el riesgo de un contagio de dolores. Sin embargo, existe un vínculo profundo entre cristianos y pobres, que es el origen de una larga historia de caridad. Una vez Danielle Mitterand, que no tiene ninguna fe cristiana, me dijo: «¿por qué en las situaciones más terribles del mundo que he visto, siempre encuentro a un cristiano o a una monja?».

En los últimos decenios, han fracasado las grandes pasiones políti-

cas de rescate de los pobres. Es más, prevalece una resignación, que empuja a no ver y a no dejarse turbar, aceptando con naturalidad la pobreza, la violencia y la guerra. La encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, no sólo ha sido profética, ha dado voz a una vivencia de muchos cristianos comprometidos con la violencia y la pobreza.

En tiempos pasados de la vida de la Iglesia, tal vez se creyó que para vivir la solidaridad con las situaciones más desesperadas, había que renunciar a la belleza de la vida cristiana, a la liturgia y a la oración: que estas fueran un lujo barroco frente a tanta pobreza. Un gran error de muchas empresas sociales y caritativas, incluso institucionales de la Iglesia, fue el orgullo de creer poder afrontar los problemas sin oración y sin amor.

Precisamente la fidelidad a las situaciones difíciles – lo digo también a partir de la experiencia de mis amigos de San Egidio en África (pienso en los 25.000 enfermos de SIDA en tratamiento o en las cárceles de aquel continente) o en Europa – no se vive sin una fe viva. Creo que no puede haber vida con los pobres sin una comunidad que rece. Pero creo también que las pobrezas de este mundo tienen que plantear más interrogantes a la vida de nuestras comunidades: sin los pobres no son hermosas.

El amor por los débiles no depende de modas o ideologías: tiene sus raíces en el cristianismo, como ha escrito muy bien el cardenal Congar: «Los pobres son cosa de la Iglesia. No son solamente su clientela o los beneficiarios de sus sustancias: la Iglesia no vive plenamente su misterio si los pobres están ausentes».¹ Ya que además los pobres son una buena parte del mundo. No me refiero sólo a situaciones de marginalidad, sino a buena parte del mundo contemporáneo, que es pobre y sufre la violencia. Hay treinta guerras en curso y recuerdo la fuerza de las organizaciones del crimen, a menudo una escuela de vida para muchos jóvenes. Recuerdo un dato conocido: dos mil ochocientos millones de personas viven con menos de dos dólares al día. Océanos de pobreza.

¹ AA.Vv., *Chiesa e povertà* Ed. A.V.E., Roma 1968, 286.

El mundo de la globalización no ha creado la paz como se esperaba después de la guerra fría. Hay guerras; violencia terrorista; violencia criminal. Michel Camdessus habla de una violencia de la economía. Existe la situación de África, acorralada entre violencia difusa, SIDA, corrupción, marginalidad en el mercado mundial, ausencia de Estado.

Especialmente hay mucho odio por ahí. Odio hacia quienes son más fuertes, hacia lo que es distinto, desconocido. El odio puede incendiar situaciones de pobreza, de marginalidad política, pero también de vacío cultural y moral. En Pascua, estaba en Guinea Conakry y, al pasar por una ciudad del interior, vi a un chaval vestido con una camiseta con la efigie de Bin Laden. Le pregunté: ¿Sabes quién es? Me contestó: ¡Uno que lucha por la justicia! Hoy, con la difusión de armas temibles y con un fuerte nivel de aculturación, muchos pueden hacer la guerra o sembrar el terror.

Los cristianos no aceptan la naturalidad de la guerra y de la violencia. La guerra no puede ganarse sólo con la fuerza. Incluso en el corazón de situaciones extremas de violencia, los cristianos no renuncian a la paz, es más, rezan para pedirla. La oración por la paz es una gran fuerza de los creyentes para vencer el mal y suscitar energías de paz.

La experiencia de la Comunidad de San Egidio es el descubrimiento de que los cristianos tienen una fuerza de paz y de reconciliación: se ve en la paz, en la que hemos sido mediadores, acordada entre mozambiqueños en el corazón de una guerra que había provocado un millón de muertos. Pero no quiero hablar de nosotros. Recuerdo sólo que no podemos tener miedo de enfrentarnos a demonios tan fuertes que – como los discípulos del Señor – nos parece que no sabemos curar. El demonio de la guerra es uno de éstos. La guerra es satánica, decía un antiguo papa: es verdad, en ella el hombre se desfigura; deja una terrible herencia, es más, es madre de todas las pobrezaas.

La ausencia de guerra es el inicio de la paz que, para nosotros, es algo más profundo que llega a identificarse con Cristo mismo, que es nuestra paz. Con la mirada fija en Él, nuestra paz, los cristianos pueden y deben comunicar cuán hermosa es: de corazón a corazón, curando aquella violencia que es una gran enfermedad de los hombres. Esto

es también muy oportuno en un mundo como el nuestro donde pocos hombres pueden desestabilizar o aterrorizar enteras regiones. Porque con los hombres hay que hablar. Hay que volver a hablar al corazón de los hombres, enfermos de violencia o crecidos en la escuela de esta. La fe cristiana nos enseña el valor de la comunicación de corazón a corazón. En efecto, evangelizar convierte este mundo en más humano.

Podría insistir en escenarios dramáticos. Quizá a través de algunos datos o experiencias personales. Quiero subrayar que hoy estamos en una situación especial: vemos no sólo las pobrezaas cercanas a nosotros, sino también las lejanas que nos llegan a través de los medios de comunicación. ¿Qué se puede hacer? Parece demasiado. El camino de la caridad empieza por el necesitado, pero a menudo lleva lejos. Lleva a cruzar la barrera de lo imposible (considerado como tal) y a vivir los milagros de la caridad.

África es el continente pobre entre los continentes, cuyos problemas parecen imposibles de resolver. Pero representa un desafío para la Iglesia y los movimientos. Si nuestros movimientos tienen una dimensión misionera no pueden no tener en cuenta la tierra más reciente de la misión, el continente más herido por la violencia, por el mal y por la pobreza, si bien el hombre y la mujer africanos tienen grandes recursos.

¿Qué dice, pues, la belleza de Cristo y de la vida cristiana en tantas situaciones verdaderamente difíciles?

Los pobres nos enseñan a amar; nos arrancan del amor por uno mismo que se ha convertido en una cárcel y un culto en nuestro mundo rico. A los pobres hay que liberarlos, pero nos liberan.

La filocalía, el amor por la belleza, no es algo estético, sino que tiene que ver también con quienes no tienen nada que dar a cambio, esos pobres cuya presencia parece embrutecer la vida, las calles, los países. El Evangelio manifiesta la tristeza del amor egoísta; lleva a la ruptura existencial con la filaucía, el amor egoísta que es – como enseña Máximo el Confesor – la madre de todas las pasiones.² La filaucía es el antiguo pecado del hombre, que en estos tiempos nuestros encuentra nuevas

² Cfr. I. HAUSHERR, *Philautia. Dall'amore di sé alla carità*, Qiqajon, Bose 1999.

justificaciones en el sentido de fragilidades, en el victimismo del mundo de los ricos, en la psicologización de las sociedades. Del impulso de la filaucía nacen las distancias que alejan a los pobres. La filaucía se ha convertido en una cultura elaborada, una especie de ética.

¡Hay que demoler esta cultura, porque mata a quien la alimenta y excluye a los necesitados! Sólo la ruptura con la filaucía, a través de la conversión, hace madurar el amor filocálico, en el que belleza y bondad se funden. No existe una estética de la vida cristiana sin la caridad. Los pobres no embrutecen. Los pobres son una experiencia espiritual de gran madurez para una comunidad cristiana y para cada persona. El contacto personal con un pobre forma parte integrante de la experiencia espiritual. Porque, para nosotros, los pobres no son sólo un problema social o económico; son rostros, historias, personas con las que tener una relación personal. Por eso, incluso frente a la abundancia de la pobreza, cada uno puede sostener a un pobre, romper el mundo del abandono. Quien sostiene a un pobre se libera de la complicidad de la filaucía. Decía un hermano nuestro africano: Nadie es tan pobre como para no poder ayudar a un pobre...

La Sagrada Escritura nos hace descubrir la belleza de los pobres: «No tenía ni apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado y marginado, hombre doliente y enfermizo...», se lee en el libro del profeta Isaías (*Is* 53, 2). El cardenal Ratzinger, en un pequeño libro, *La Fraternidad cristiana*, subrayaba con fuerza, hablando de Mateo 25, la identificación de Jesús en el pobre, en el prisionero: «Aquí no hay nada que indique que se trata solamente de los fieles [...] sino que se entiende todos los que sufren, sin distinción»,³ concluye.

El amor por el pobre lleva al descubrimiento de la belleza de quien es débil: también el pobre, el enfermo, el discapacitado tienen su belleza. Es una experiencia que se vive con el mundo de los discapacitados en San Egidio, pero también en El Arca de Jean Vanier: si se mira con amor se lee una gran belleza en los rostros y en las existencias. En este

³ J. RATZINGER, *La Fraternidad cristiana*, Ediciones Taurus, Madrid 1962, 45.

sentido estoy convencido de que, como en los grandes movimientos espirituales de la historia cristiana, hay que dejar más espacio al pobre entre nosotros. No se trata solamente de especializaciones particulares de los movimientos; hay que encontrar el rostro de Cristo en los pobres del mundo. Es una experiencia social, personal, pero también espiritual. El amor de Dios nos lleva hasta los que son pobres y nos hace decir: «Tú eres la más hermosa de las personas...» (*Sal 45 [44], 3*).

I.4. Meditaciones litúrgicas

Cristianos, es decir, *christóphoroi* en el corazón del mundo

Mons. STANISŁAW RYŁKO

En el día de hoy la Iglesia celebra la fiesta de la Visitación de la bienaventurada Virgen María. Después del anuncio del Ángel – como hemos escuchado en el Evangelio de San Lucas – María se pone en camino para visitar a su prima Isabel y servirla. Es fácil imaginar qué sentimientos invadirían su alma en la meditación del misterio que le había sido anunciado: una íntima, profunda alegría y una humilde gratitud por la inaudita grandeza del don recibido de la bondad de Dios. La sencillez de la narración del evangelista hace resaltar el carácter totalmente extraordinario de este encuentro entre dos madres singulares y los niños que llevan en el seno. Al oír el saludo de la Virgen, la anciana Isabel, llena del Espíritu Santo, exclama: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor?» (Lc 1, 42-43). A la alegría de Isabel se une el hijo, que salta de gozo en el seno: «Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno [...] ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 44-45). María responde a las palabras inspiradas de su prima con el maravilloso cántico del *Magnificat*, que la Iglesia retoma cada día en la oración de la tarde de las Vísperas: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo» (Lc 1, 46-49).

La imagen de la Visitación, extremadamente sugestiva, nos habla en realidad del encuentro entre la Antigua y la Nueva Alianza. La historia de la salvación cambia en modo decisivo. En el Hijo hecho hombre, Dios Padre abre una página nueva en la historia de la humanidad.

En el silencio de la casa de Zacarías, en las montañas de Judá, en el abrazo de dos madres se abrazan simbólicamente dos alianzas. Isabel, símbolo de la espera de Israel, lleva en su seno a Juan, el más grande entre los nacidos de mujer (cfr. *Mt* 11, 11), el último de los profetas de la Antigua Alianza; María, la sierva del Señor, lleva en su seno al Mesías anunciado por los profetas, el Redentor que por nuestra salvación derramará su sangre en la cruz – la sangre de la Nueva Alianza. En el acontecimiento de la Visitación, María se perfila, pues, como “arca de la Nueva Alianza” escogida por Dios mismo, como *christóphora*, como la que lleva a Cristo a la humanidad sedienta de salvación. Por eso la liturgia de la fiesta de la Visitación es tan gozosa. Esta es la razón de la exultación del profeta Sofonías que dice: «¡Grita alborozada, Sión, lanza clamores, Israel, celébralo alegre de todo corazón! [...] ¡Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti! [...] Yahvé tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador! » (*So* 3, 14-17).

En este contexto litúrgico comienzan los trabajos del segundo Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades. La fiesta de la Visitación, que habla de la alegría y del estupor de un encuentro, es para todos nosotros una invitación a vivir de la misma manera este acontecimiento. ¡En efecto, durante nuestro Congreso, estamos todos llamados a alegrarnos y a asombrarnos por la maravillosa variedad de carismas con los que el Espíritu Santo enriquece la Iglesia de nuestro tiempo; por su profunda unidad en el misterio de la comunión eclesial; por su belleza, cuando se viven en profundidad, con entusiasmo y fidelidad! ¡Qué hermosa es la Iglesia adornada con estos dones estupendos que dan un fuerte impulso a su misión evangelizadora en el mundo! ¡Qué hermosa es la vida transformada por el encuentro personal con Cristo! ¡Qué hermosa es la vida cristiana que genera frutos de auténtica santidad!

Por todo esto, a lo largo de este Congreso uniremos nuestras voces a la voz de la Virgen del *Magnificat* y daremos gloria al Señor por las grandes obras que realiza a través de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Esto no tiene nada que ver con triunfalismos, autorreferencia, o autoadulación. Daremos gloria a Dios, movidos por

la conciencia de que las obras que durante estos días se nos pide dar a conocer no son fruto de nuestra capacidad o de nuestra inteligencia. Sabemos que su verdadero autor y protagonista es el Espíritu Santo. «El Señor ha mirado la humildad de su sierva», canta la Virgen de la Visitación. ¡Quiera Ella revestir de humildad nuestra acción de gracias! Quiera Ella enseñarnos cada día de nuestra vida, la humildad de los verdaderos discípulos de Cristo, que saben reconocerse “siervos inútiles” (cfr. *Lc* 17, 10).

La Virgen de la Visitación, “arca de la Nueva Alianza”, señala el principal camino de la obra de la evangelización: ser *christóphoroi*, como Ella portadores de Cristo. Efectivamente, nuestro anuncio sería pobre si nuestra vida no reflejara la belleza fascinante de Cristo. Nuestra vida cristiana sería pobre si no suscitara en quien observa cómo vivimos un sobresalto, una pregunta, el deseo de conocer al Señor: «Los hombres de nuestro tiempo – escribió Juan Pablo II –, quizás no siempre conscientemente, piden a los creyentes de hoy no sólo “hablar” de Cristo, sino en cierto modo hacérselo “ver”». ¹ Y aquí es natural pensar en los nuevos carismas presentes en la Iglesia y en los itinerarios pedagógicos que éstos han generado, formando multitudes de auténticos testigos de la belleza de Cristo, dispuestos a arriesgarlo todo por la causa del Evangelio. Y de este modo en la mediocridad de nuestro mundo aparecen luces de esperanza, lugares de irresistible irradiación de la belleza que salva al hombre, como decía Dostojevski.

Al final de esta meditación, recemos con las palabras de la colecta: Señor, durante nuestro Congreso “concédenos ser dóciles a la acción de tu Espíritu, para alabar con María tu santo nombre”.

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 16.

Nueva audacia, nueva creatividad y renovada generosidad

Mons. VINCENZO PAGLIA

El Evangelio que acabamos de escuchar nos remite a la tercera y última parte de la “oración sacerdotal” de Jesús. Tiene ante sí a aquel pequeño grupo de discípulos que ha llamado, amado, cuidado, instruido durante tres largos años. Sabe que ha llegado la hora de dejarles; y tiene que confiar en sus manos su misma misión. Les tiene delante; les conoce uno por uno: conoce su ímpetu y su disponibilidad, como también sus límites y su mezquindad.

Y a pesar de todo les ha elegido precisamente a ellos para proseguir su obra entre los hombres. Se lo recuerda aquella misma noche: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (*Jn 15, 16*). No parece que a Jesús le preocupe demasiado que sean inadecuados. Quizá les ha elegido precisamente por esto. San Pablo lo había entendido bien y lo escribe en la carta a los Corintios: «Ha escogido Dios más bien a los necios del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes» (*1 Co 1, 27*). Aquella noche les tiene ante sí y les deja en manos del Padre: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno» (*Jn 17, 15*).

Queridos hermanos y hermanas, sentimos que Jesús dirige esta oración sacerdotal al Padre también por nosotros. En ella se acoge también al numeroso pueblo de los movimientos eclesiales que está presente aquí idealmente y que en la Vigilia de Pentecostés se encontrará reunido en la plaza de San Pedro junto al Santo Padre. El Señor conoce nuestro límites y nuestras debilidades, y aun así nos ha llamado y nos ha enviado como “apóstoles” para comunicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Una conciencia y una responsabilidad que en

estos años han ido madurando dentro de nosotros, también gracias a la obra de Juan Pablo II que nunca dejó de exhortarnos a seguir el Evangelio con prontitud y con alegría. Ayer recordamos más de una vez el encuentro de 1998 en la plaza de San Pedro, un acontecimiento que marcó la vida de todos nosotros. Y, por una coincidencia singular y providencial, justamente en aquel encuentro el entonces cardenal Ratzinger delineó “la esencia espiritual” de los movimientos y mostró asimismo su razón teológica, vinculándolos de manera especial al Papa. Sentimos que aquellas palabras nos comprendían profundamente y vinculaban a la dimensión apostólica la experiencia misma de los movimientos subrayando, en particular, la dimensión universal de la misión evangélica que, junto con la exigencia de la radicalidad del seguimiento, hacían que la Iglesia estuviera más preparada para dar testimonio de la belleza de ser cristiano y de la alegría de poderlo comunicar a muchos en esta difícil y compleja cima de la historia humana. Hoy podemos decir que la belleza y la alegría están inscritas en nuestra historia, en la historia de nuestros movimientos. Seguramente no por nuestros méritos – en efecto, conocemos bien nuestros límites – sino por la gracia del Señor que ha querido suscitar en su Iglesia una primavera tan hermosa.

Queridos hermanos y hermanas, en estos días el Señor nos invita a reflexionar juntos de nuevo sobre nuestra vida y sobre la vida de la Iglesia para vivir una primavera de nueva madurez. El nuevo milenio acaba de empezar y tenemos delante nuevos desafíos, se han abierto nuevos escenarios ante nuestros ojos. El Señor, una vez más, nos envía como testigos suyos. La página evangélica de la oración sacerdotal de Jesús que la liturgia de hoy nos anuncia, entre las muchas enseñanzas que ofrece, nos confirma la urgencia de ese irreprimible anhelo de la misión universal que es sin duda una de las dimensiones propias de los movimientos eclesiales. Es significativo que Jesús, después de haber dicho al Padre: «Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo», añada: «No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí» (Jn 17, 18-20). El Señor, mientras reza por sus discípulos, extiende inmediata-

mente su mirada más allá de las paredes del Cenáculo hasta tocar los confines de la tierra. Delante de sus ojos se perfilan una vez más aquellas multitudes cansadas y extenuadas como ovejas sin pastor por las que nadie sentía compasión. Aquellas multitudes esperan ahora a esos discípulos para que las reúnan: «Para que todos sean uno» (Jn 17, 21). Es el sueño de Jesús que deberíamos sentir cada vez más como nuestro. El riesgo de la autorreferencia no nos es ajeno – hemos visto sus peligros en los momentos en los que se vive como adolescentes. El Señor nos invita una vez más a aceptar su sueño sobre el mundo, como aquella noche en el Cenáculo cuando vinculó de manera singular a aquel pequeño grupo de discípulos a la gran multitud del mundo, concediéndoles el poder de curar y de reunir. No lo entendieron bien aquella noche, pero quedó claro cuando recibieron el Espíritu Santo en el día de Pentecostés. En aquel momento empezaron a predicar el Evangelio a todas las criaturas. Más tarde lo hizo Pablo que oyó cómo el mismo Señor le decía, cuando estaba encadenado, como hemos escuchado: «¡Ánimo!, pues como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así debes darlo también en Roma». Y fue aquí que también Justino, que hoy recordamos, intentó dar razón de la esperanza cristiana, como laico, en la frontera de la cultura romana.

Queridos hermanos y hermanas, esta tensión misionera, que es propia de todo el cuerpo eclesial, debe encontrar en nosotros y en nuestros movimientos, una nueva audacia, una nueva creatividad y una renovada generosidad. Pero esto supone ese vínculo con el Señor que el mismo Jesús pone como condición de la misión: «Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros», y añade: «que sean perfectamente uno». Jesús pide a sus discípulos lo imposible y, sin embargo, es la única manera que tenemos para que «el mundo conozca que tú me has enviado». Él invoca al Padre también por nosotros: «Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amado esté en ellos y yo en ellos». Queridos hermanos y hermanas, acojamos el amor del Señor. Aquí está la fuente de nuestra fuerza, de nuestra belleza, de nuestra alegría y de nuestra misión.

Seguir a Cristo

Mons. JOSEF CLEMENS

Hoy la liturgia de la Palabra nos ha presentado dos profesiones de fe en Jesús, una de San Pablo y otra de San Pedro. Está claro que son distintas, pero ambas son fundamentales. En la primera lectura (*Hch* 25, 13-21) el procurador de Judea Porcio Festo expone al rey Agripa el caso de Pablo, prisionero suyo, presentándole como uno que apoya una controvertida doctrina relativa a “un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive” (*Hch* 25, 19). ¡San Pablo anuncia a Jesucristo resucitado, a Cristo vivo!

El Evangelio es un pasaje tomado del último capítulo de San Juan, que describe la tercera aparición del Resucitado, junto al lago de Tiberíades; en concreto, hemos escuchado como San Pedro confiesa tres veces todo su amor incondicional por el Señor (*Jn* 21, 15-19). ¡El Señor resucitado lo es todo para Pedro! La experiencia de vida madurada en el seguimiento íntimo de Jesús ha llevado al apóstol a confesarle su adhesión incondicional. Podemos recordar al respecto las palabras de Pedro en la sinagoga de Cafarnaú: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68). Hemos escuchado cómo el Señor confirma al apóstol su plena potestad sobre la Iglesia naciente: «¡Apacienta mis corderos!», «Apacienta mis ovejas!». Inmediatamente después, Pedro recibe dos veces la exhortación «¡Sígueme!» (*Jn* 21, 19 y *Jn* 21, 22); sabemos que había recibido de Jesús esta misma invitación también junto al lago de Tiberíades unos años antes, en el momento de su llamada (cfr. *Mt* 4, 19 y *Mc* 1, 17). De este modo la experiencia de Pedro con el Señor se encuentra definida por una especie de gran “inclusión”, comprendida entre el día de su primera llamada y el día de la atribución definitiva de su singular misión; por lo tanto, la llamada y el consiguiente seguimiento son la clave para comprender la figura de Pedro.

Pero el seguimiento de Jesús, tal como lo hemos descrito, se realiza en cada forma de apostolado. Todos los miembros de la Iglesia son llamados a través del sacramento del bautismo y de la confirmación a seguir al Señor, todos siguen al mismo Señor, cualquiera que sea su misión en la Iglesia.

Pero ¿qué es lo que significa “seguir”, “ἀκολουθεῖν”?

El “seguimiento de Jesús” es un concepto teológico clásico que ya en el Nuevo Testamento no se refería sólo al círculo de los apóstoles sino que comprendía a todos los discípulos, por lo tanto, podemos sin duda afirmar que incluye el apostolado de todos los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Todos los fundadores y los iniciadores de estas nuevas realidades eclesiales han escuchado la llamada de Jesús: «¡Ven y sígueme!». Todos han acogido esta llamada y se han puesto en “movimiento”. ¡El seguimiento de Jesús es movimiento! Seguirle significa establecer una relación peculiar con el *Christus Viator*, que iba por todas partes predicando la buena noticia del Reino de Dios. Obedecer a la invitación “¡Sígueme!”, ir con Jesús, es inimaginable sin “dejarlo todo” (cfr. *Mc* 10, 28), sin un verdadero cambio de rumbo. “Seguir al Señor” significa unirse verdaderamente a Él (Cfr. *Mt* 4, 18-22; 9, 9; 19, 21), renunciando a cualquier otro señor.

Además de esto, lo que tienen en común todos los iniciadores de las nuevas agregaciones eclesiales es que han querido compartir su llamada con los demás, para vivirla en comunión; es más, a menudo desde el principio, acogiendo la llamada de Jesús se han unido a otras personas con las que han reconocido una afinidad espiritual. El seguimiento de Jesús esencialmente se da como seguimiento en comunidad y a menudo implica la creación de comunidades.

Naturalmente, la respuesta a la llamada de Cristo ha adoptado formas y modalidades muy variadas, en tiempos y lugares distintos; en este sentido, seguir es un concepto dinámico, un concepto en movimiento, que por naturaleza está en contraposición con cualquier interpretación “estática” o “cerrada” de la vida cristiana. De manera que, frente a la sorprendente variedad de dones y carismas que caracteriza esta nueva primavera de las agregaciones, podemos afirmar que el segui-

miento de Jesús es el verdadero elemento unificador de todos los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Este garantiza la recta profesión de fe, como también el vínculo que une a todos los fieles entre sí: en el seguimiento común se armonizan y se completan todas las peculiaridades. Por este motivo, no pueden existir en principio conflictos entre las diferentes formas y acentos en el seguimiento de Jesús, puesto que todos viven del mismo espíritu y aspiran a la misma meta.

Los movimientos eclesiales laicales y las nuevas comunidades intentan responder de manera radical, sin “poner peros”, a la llamada de Jesús, como lo han hecho las órdenes monásticas, las órdenes mendicantes y las congregaciones religiosas durante toda la historia de la Iglesia. Está claro que su seguimiento implica caminos y acentos diferentes, pero se puede seguir percibiendo firme y claramente la unidad en la fidelidad de su relación con el único Señor Jesucristo, al que todos quieren seguir. En efecto, la invitación de Jesús «¡Sígueme!» implica referirse continuamente al Señor, dirigirse constantemente a ÉL, que constituye el contenido, la medida y la orientación del seguimiento.

Las modalidades que ha asumido el seguimiento de Cristo en los movimientos eclesiales y en las nuevas comunidades varían, pasando de la vida contemplativa, al anuncio y a la catequesis, hasta el cuidado de los enfermos y los marginados, y el compromiso misionero en cada rincón de la tierra. Es evidente que se trata de acentos diferentes en el mismo seguimiento. El contenido teológico profundo sigue siendo siempre la obediencia a Cristo y, a través de ÉL, al Padre. No prevalece la preocupación por una privada perfección espiritual, sino el estar sinceramente orientados hacia Cristo y el deseo ardiente de dar testimonio de ÉL.

El Evangelio de hoy introduce el tema del martirio como una posible consecuencia del seguimiento, justamente porque seguir al Señor implica una verdadera participación en la suerte de Jesús, una comunión real de vida hasta compartir la cruz con el Mesías. Al confiar a Pedro la misión de Pastor universal, Jesús le advierte también de los sufrimientos y de los peligros que la misión comportará, hasta derramar su sangre: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú

mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme» (Jn 21, 18-19).

Creo que podemos reconocer, sin miedo a exagerar, que realmente algunas de estas nuevas realidades eclesiales han vivido una íntima comunión con Jesús en el sufrimiento. Sufrir significa incompreensión, rechazo, divisiones, calumnias y difamaciones. Sufrimiento significa también las dificultades de todo tipo que se encuentran en el duro trabajo de la misión, al llevar el anuncio de la salvación “de puerta en puerta”.

Está claro que, a pesar de la decisión fundamental de seguir a Jesús, a lo largo del camino pueden surgir dudas, se puede pasar por momentos de cerrazón y de mezquindad, o por fracasos. Recordemos el duro reproche de Jesús a Pedro justo después de haberle confiado el ministerio pastoral, como leemos en el Evangelio de Mateo: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mt 16, 23). O pensemos en el amargo fracaso de Pedro cuando reniega del Señor en su hora suprema, asustado por las preguntas de una muchacha portera: «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? Dice él: No lo soy» (Jn 18, 17). En el Evangelio de Lucas la negación asume un tono todavía más fuerte: «¡Mujer, no le conozco!» (Lc 22, 57).

Pedro negó a Jesús en tres ocasiones y después de su resurrección le declaró tres veces su amor incondicional. San Pedro tuvo que pasar por muchas pruebas, hasta darse cuenta de que podía renegar a su Señor. Pero el Señor no le abandonó, es más, quiso mantenerle a su lado y le asignó precisamente a él el supremo cuidado pastoral de la comunidad de los que siguen a Cristo. Este amor fiel de Jesús convirtió profundamente a Pedro, transformándole en un valiente anunciador de la buena noticia (cfr. *Hch* 2, 14-36; 3, 11-26). En los *Hechos de los Apóstoles* leemos: «Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo...» (*Hch* 4, 8) y un poco más adelante: «Viendo la valentía de Pedro ... reconocían ... que había estado con Jesús» (*Hch* 4, 13). La historia de Pedro ha llegado a su meta. Aquel que por miedo había negado que conociera a

Jesús fue reconocido por su valentía como el que había compartido su vida con Jesús. El hombre miedoso y pusilánime frente a otros hombres se convirtió en un fiel e intrépido anunciador hasta los confines de la tierra. Pedro predicó y vivió en primera persona el anuncio de Jesús hasta la muerte en la cruz.

Estamos a punto de celebrar la solemnidad de Pentecostés. Pidamos en esta circunstancia los dones del Espíritu Santo. Pidamos el don de la perseverancia en el seguimiento de Jesús, el don del discernimiento, el don de la fidelidad, el don de la valentía, el don del testimonio, el don de la unidad y el don de la coherencia entre la predicación y la vida.

PARTE II

Encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI Vísperas de la Vigilia de Pentecostés

Plaza de San Pedro, 3 de junio de 2006

II.1. La palabra del Papa

Homilía del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas:

Habéis venido realmente en gran número esta tarde a la plaza de San Pedro para participar en la Vigilia de Pentecostés. Os doy las gracias de corazón. Al pertenecer a pueblos y culturas diversos, representáis aquí a todos los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, reunidos espiritualmente en torno al Sucesor de Pedro, para proclamar la alegría de creer en Jesucristo y renovar el compromiso de ser sus discípulos fieles en este tiempo.

Os agradezco vuestra participación y saludo cordialmente a cada uno. Saludo con afecto, ante todo, a los señores cardenales, a los venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los religiosos y a las religiosas. Saludo a los responsables de vuestras numerosas realidades eclesiales, que muestran cuán viva es la acción del Espíritu Santo en el pueblo de Dios. Saludo a los que han preparado este acontecimiento extraordinario y, en particular, a los que trabajan en el Consejo Pontificio para los Laicos, con el secretario, Mons. Josef Clemens, y el presidente, Mons. Stanisław Ryłko, al que agradezco también las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de la liturgia de las Vísperas.

Viene a nuestra memoria con emoción el encuentro análogo que tuvo lugar en esta misma plaza, el 30 de mayo de 1998, con el amado papa Juan Pablo II. Gran evangelizador de nuestro tiempo, os acompañó y guió durante todo su pontificado; en muchas ocasiones definió “providenciales” vuestras asociaciones y comunidades, sobre todo porque el Espíritu santificador se sirve de ellas para despertar la fe en el corazón de tantos cristianos y para hacer que descubran la vocación que han recibido con el bautismo, ayudándoles a ser testigos de esperanza, llenos del fuego de amor que es precisamente don del Espíritu Santo.

Ahora, en esta Vigilia de Pentecostés, nos preguntamos: ¿Quién o qué es el Espíritu Santo? ¿Cómo podemos reconocerlo? ¿Cómo vamos nosotros a Él y Él viene a nosotros? ¿Qué es lo que hace?

Una primera respuesta nos la da el gran himno pentecostal de la Iglesia, con el que hemos iniciado las Vísperas: “*Veni, Creator Spiritus...*”, “Ven, Espíritu Creador...”. Este himno alude aquí a los primeros versículos de la Biblia, que presentan, mediante imágenes, la creación del universo. Allí se dice, ante todo, que por encima del caos, por encima de las aguas del abismo, aleteaba el Espíritu de Dios. El mundo en que vivimos es obra del Espíritu Creador. Pentecostés no es sólo el origen de la Iglesia y, por eso, de modo especial, su fiesta; Pentecostés es también una fiesta de la creación.

El mundo no existe por sí mismo; proviene del Espíritu Creador de Dios, de la Palabra creadora de Dios.

Por eso refleja también la sabiduría de Dios. La creación, en su amplitud y en la lógica omnicomprensiva de sus leyes, permite vislumbrar algo del Espíritu Creador de Dios. Nos invita al temor reverencial. Precisamente quien, como cristiano, cree en el Espíritu Creador es consciente de que no podemos usar el mundo y abusar de él y de la materia como si se tratara simplemente de un material para nuestro obrar y querer; es consciente de que debemos considerar la creación como un don que nos ha sido encomendado, no para destruirlo, sino para convertirlo en el jardín de Dios y así también en un jardín del hombre. Frente a las múltiples formas de abuso de la tierra que constatamos hoy, escuchamos casi el gemido de la creación, del que habla San Pablo (cf. *Rm* 8, 22); comenzamos a comprender las palabras del Apóstol, es decir, que la creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios, para ser libre y alcanzar su esplendor.

Queridos amigos, nosotros queremos ser esos hijos de Dios que la creación espera, y podemos serlo, porque en el bautismo el Señor nos ha hecho tales. Sí, la creación y la historia nos esperan; esperan hombres y mujeres que sean de verdad hijos de Dios y actúen en consecuencia. Si repasamos la historia, vemos que la creación pudo prosperar en torno a los monasterios, del mismo modo que con el despertar del Espíritu de Dios en el corazón de los hombres ha vuelto el fulgor del Espíritu Creador también a la tierra, un esplendor que había quedado oscurecido y a veces casi apagado por la barbarie del afán huma-

no de poder. Y de nuevo sucede lo mismo en torno a Francisco de Asís. Y acontece en cualquier lugar donde llega a las almas el Espíritu de Dios, el Espíritu que nuestro himno define como luz, amor y vigor.

Así hemos encontrado una primera respuesta a la pregunta de qué es el Espíritu Santo, qué hace y cómo podemos reconocerlo. Sale a nuestro encuentro a través de la creación y su belleza. Sin embargo, a lo largo de la historia de los hombres, la creación buena de Dios ha quedado cubierta con una gruesa capa de suciedad, que hace difícil, por no decir imposible, reconocer en ella el reflejo del Creador, aunque ante un ocaso en el mar, durante una excursión a la montaña o ante una flor abierta, se despierta en nosotros siempre de nuevo, casi espontáneamente, la conciencia de la existencia del Creador.

Pero el Espíritu Creador viene en nuestra ayuda. Ha entrado en la historia y así nos habla de un modo nuevo. En Jesucristo Dios mismo se hizo hombre y nos concedió, por decirlo así, contemplar en cierto modo la intimidad de Dios mismo. Y allí vemos algo totalmente inesperado: en Dios existe un “Yo” y un “Tú”. El Dios misterioso no es una soledad infinita; es un acontecimiento de amor. Si al contemplar la creación pensamos que podemos vislumbrar al Espíritu Creador, a Dios mismo, casi como matemática creadora, como poder que forja las leyes del mundo y su orden, pero luego también como belleza, ahora llegamos a saber que el Espíritu Creador tiene un corazón. Es Amor.

Existe el Hijo que habla con el Padre. Y ambos son uno en el Espíritu, que es, por decirlo así, la atmósfera del dar y del amar que hace de ellos un único Dios. Esta unidad de amor, que es Dios, es una unidad mucho más sublime de lo que podría ser la unidad de una última partícula indivisible. Precisamente el Dios trino es el único Dios.

A través de Jesús, por decirlo así, penetra nuestra mirada en la intimidad de Dios. San Juan, en su evangelio, lo expresó de este modo: “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado” (*Jn* 1, 18). Pero Jesús no sólo nos ha permitido penetrar con nuestra mirada en la intimidad de Dios; con Él Dios, de alguna manera, salió también de su intimidad y vino a nuestro encuentro. Esto se realiza ante todo en su vida, pasión, muerte y resu-

rrección; en su palabra. Pero Jesús no se contenta con salir a nuestro encuentro. Quiere más. Quiere unificación. Y este es el significado de las imágenes del banquete y de las bodas. Nosotros no sólo debemos saber algo de Él; además, mediante Él mismo, debemos ser atraídos hacia Dios. Por eso Él debe morir y resucitar, porque ahora ya no se encuentra en un lugar determinado, sino que su Espíritu, el Espíritu Santo, ya emana de Él y entra en nuestro corazón, uniéndonos así con Jesús mismo y con el Padre, con el Dios uno y trino.

Pentecostés es esto: Jesús, y mediante Él Dios mismo, viene a nosotros y nos atrae dentro de sí. “Él manda el Espíritu Santo”, dice la Escritura. ¿Cuál es su efecto? Ante todo, quisiera poner de relieve dos aspectos: el Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad. Miremos ambas cosas un poco más de cerca. “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”, dice Jesús en el Evangelio de San Juan (*Jn* 10, 10). Todos anhelamos vida y libertad. Pero ¿qué es esto?, ¿dónde y cómo encontramos la “vida”?

Yo creo que, espontáneamente, la inmensa mayoría de los hombres tiene el mismo concepto de vida que el hijo pródigo del evangelio. Había logrado que le entregaran su parte de la herencia y ahora se sentía libre; quería por fin vivir ya sin el peso de los deberes de casa; quería sólo vivir, recibir de la vida todo lo que puede ofrecer; gozar totalmente de la vida; vivir, sólo vivir; beber de la abundancia de la vida, sin renunciar a nada de lo bueno que pueda ofrecer. Al final acabó cuidando cerdos, envidiando incluso a esos animales. ¡Qué vacía y vana había resultado su vida! Y también había resultado vana su libertad.

¿Acaso no sucede lo mismo también hoy? Cuando sólo se quiere ser dueño de la vida, esta se hace cada vez más vacía, más pobre; fácilmente se acaba por buscar la evasión en la droga, en el gran engaño. Y surge la duda de si de verdad vivir es, en definitiva, un bien. No. De este modo no encontramos la vida.

Las palabras de Jesús sobre la vida en abundancia se encuentran en el discurso del buen pastor. Esas palabras se sitúan en un doble contexto. Sobre el pastor, Jesús nos dice que da su vida.

“Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (cf. *Jn* 10,

18). Sólo se encuentra la vida dándola; no se la encuentra tratando de apoderarse de ella. Esto es lo que debemos aprender de Cristo; y esto es lo que nos enseña el Espíritu Santo, que es puro don, que es el donarse de Dios. Cuanto más da uno su vida por los demás, por el bien mismo, tanto más abundantemente fluye el río de la vida.

En segundo lugar, el Señor nos dice que la vida se tiene estando con el Pastor, que conoce el pastizal, los lugares donde manan las fuentes de la vida. Encontramos la vida en la comunión con Aquel que es la vida en persona; en la comunión con el Dios vivo, una comunión en la que nos introduce el Espíritu Santo, al que el himno de las Vísperas llama "*fons vivus*", fuente viva. El pastizal, donde manan las fuentes de la vida, es la palabra de Dios como la encontramos en la Escritura, en la fe de la Iglesia. El pastizal es Dios mismo a quien, en la comunión de la fe, aprendemos a conocer mediante la fuerza del Espíritu Santo.

Queridos amigos, los movimientos han nacido precisamente de la sed de la vida verdadera, son movimientos por la vida en todos sus aspectos. Donde ya no fluye la verdadera fuente de la vida, donde sólo se apoderan de la vida en vez de darla, allí está en peligro incluso la vida de los demás; allí están dispuestos a eliminar la vida inerte del que aún no ha nacido, porque parece que les quita espacio a su propia vida. Si queremos proteger la vida, entonces debemos sobre todo volver a encontrar la fuente de la vida; entonces la vida misma debe volver a brotar con toda su belleza y sublimidad; entonces debemos dejarnos vivificar por el Espíritu Santo, la fuente creadora de la vida.

Al tema de la libertad ya aludimos hace poco. En la partida del hijo pródigo se unen precisamente los temas de la vida y de la libertad. Quiere la vida y por eso quiere ser totalmente libre. Ser libre significa, según esta concepción, poder hacer todo lo que se quiera, no tener que aceptar ningún criterio fuera y por encima de mí mismo, seguir únicamente mi deseo y mi voluntad. Quien vive así, pronto se enfrentará con los otros que quieren vivir de la misma manera. La consecuencia necesaria de esta concepción egoísta de la libertad es la violencia, la destrucción mutua de la libertad y de la vida.

La Sagrada Escritura, por el contrario, une el concepto de libertad

con el de filiación. Dice San Pablo: “No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!” (*Rm* 8, 15).

¿Qué significa esto? San Pablo presupone el sistema social del mundo antiguo, en el que existían los esclavos, los cuales no tenían nada y por eso no podían intervenir para hacer que las cosas funcionaran como debían. En contraposición estaban los hijos, los cuales eran también los herederos y, por eso, se preocupaban de la conservación y de la buena administración de sus propiedades o de la conservación del Estado. Dado que eran libres, tenían también una responsabilidad. Prescindiendo del contexto sociológico de aquel tiempo, vale siempre el principio: libertad y responsabilidad van juntas. La verdadera libertad se demuestra en la responsabilidad, en un modo de actuar que asume la corresponsabilidad con respecto al mundo, con respecto a sí mismos y con respecto a los demás.

Es libre el hijo, al que pertenece la cosa y que por eso no permite que sea destruida. Ahora bien, todas las responsabilidades mundanas, de las que hemos hablado, son responsabilidades parciales, pues afectan sólo a un ámbito determinado, a un Estado determinado, etc. En cambio, el Espíritu Santo nos hace hijos e hijas de Dios. Nos compromete en la misma responsabilidad de Dios con respecto a su mundo, a la humanidad entera. Nos enseña a mirar al mundo, a los demás y a nosotros mismos con los ojos de Dios.

Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente la responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Esta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevarnos.

Los movimientos eclesiales quieren y deben ser escuelas de libertad, de esta libertad verdadera. Allí queremos aprender esta verdadera libertad, no la de los esclavos, que busca quedarse con una parte del pastel de todos, aunque luego el otro no tenga. Nosotros deseamos la libertad verdadera y grande, la de los herederos, la libertad de los hijos

de Dios. En este mundo, tan lleno de libertades ficticias que destruyen el ambiente y al hombre, con la fuerza del Espíritu Santo queremos aprender juntos la libertad verdadera; construir escuelas de libertad; demostrar a los demás, con la vida, que somos libres y que es muy hermoso ser realmente libres con la verdadera libertad de los hijos de Dios.

El Espíritu Santo, al dar vida y libertad, da también unidad. Son tres dones inseparables entre sí. Ya he hablado demasiado tiempo; pero permitidme decir aún unas palabras sobre la unidad. Para comprenderla puede ser útil una frase que, en un primer momento, parece más bien alejarnos de ella. A Nicodemo que, buscando la verdad, va de noche con sus preguntas, Jesús le dice: “El Espíritu sopla donde quiere” (*Jn 3, 8*). Pero la voluntad del Espíritu no es arbitraria. Es la voluntad de la verdad y del bien. Por eso no sopla por cualquier parte, girando una vez por acá y otra vez por allá; su soplo no nos dispersa, sino que nos reúne, porque la verdad une y el amor une.

El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesucristo, el Espíritu que une al Padre y al Hijo en el Amor que en el único Dios da y acoge. Él nos une de tal manera, que San Pablo pudo decir en cierta ocasión: “Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (*Ga 3, 28*). El Espíritu Santo, con su soplo, nos impulsa hacia Cristo. El Espíritu Santo actúa corporalmente, no sólo obra subjetivamente, “espiritualmente”. A los discípulos que lo consideraban sólo un “espíritu”, Cristo resucitado les dijo: “Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu –un fantasma– no tiene carne y huesos como veis que yo tengo” (*Lc 24, 39*). Esto vale para Cristo resucitado en cualquier época de la historia.

Cristo resucitado no es un fantasma; no es sólo un espíritu, no es sólo un pensamiento, no es sólo una idea. Sigue siendo el Encarnado. Resucitó el que asumió nuestra carne, y sigue siempre edificando su Cuerpo, haciendo de nosotros su Cuerpo. El Espíritu sopla donde quiere, y su voluntad es la unidad hecha cuerpo, la unidad que encuentra el mundo y lo transforma.

En la *carta a los Efesios*, San Pablo nos dice que este Cuerpo de

Cristo, que es la Iglesia, tiene junturas (cf. *Ef* 4, 16) y también las nombra: son los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores y los maestros (cf. *Ef* 4, 12). El Espíritu es multiforme en sus dones, como lo vemos aquí.

Si repasamos la historia, si contemplamos esta asamblea reunida en la plaza de San Pedro, nos damos cuenta de que Él suscita siempre nuevos dones. Vemos cuán diversos son los órganos que crea y cómo Él actúa corporalmente siempre de nuevo. Pero en Él la multiplicidad y la unidad van juntas. Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas. Y ¡con cuánta multiformidad y corporeidad lo hace!

Y también es precisamente aquí donde la multiformidad y la unidad son inseparables entre sí. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo, en la unión con los órdenes duraderos –las junturas– de la Iglesia, con los sucesores de los Apóstoles y con el Sucesor de San Pedro. No nos evita el esfuerzo de aprender el modo de relacionarnos mutuamente; pero nos demuestra también que Él actúa con miras al único Cuerpo y a la unidad del único Cuerpo. Sólo así precisamente la unidad logra su fuerza y su belleza.

Participad en la edificación del único Cuerpo. Los pastores estarán atentos a no apagar el Espíritu (cf. *1 Ts* 5, 19) y vosotros aportaréis vuestros dones a la comunidad entera. Una vez más: el Espíritu Santo sopla donde quiere, pero su voluntad es la unidad. Él nos conduce a Cristo, a su Cuerpo. “De Cristo – nos dice San Pablo – todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del Cuerpo para su edificación en el amor” (*Ef* 4, 16).

El Espíritu Santo quiere la unidad, quiere la totalidad. Por eso, su presencia se demuestra finalmente también en el impulso misionero. Quien ha encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida – el único auténtico tesoro, la perla preciosa – corre a compartirlo por doquier, en la familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, porque sabe que ha recibido la filiación

adoptiva; sin ninguna presunción, porque todo es don; sin desalentarse, porque el Espíritu de Dios precede a su acción en el “corazón” de los hombres y como semilla en las culturas y religiones más diversas. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos.

Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Este es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres y de modo muy especial a los pobres, para que la vida de la persona, un orden más justo en la sociedad y la convivencia pacífica entre las naciones, encuentren en Cristo la “piedra angular” sobre la cual construir la auténtica civilización, la civilización del amor. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda.

Así pues, oremos a Dios Padre, por nuestro Señor Jesucristo, en la gracia del Espíritu Santo, para que la celebración de la solemnidad de Pentecostés sea como fuego ardiente y viento impetuoso para la vida cristiana y para la misión de toda la Iglesia.

Pongo las intenciones de vuestros movimientos y comunidades en el corazón de la santísima Virgen María, presente en el Cenáculo juntamente con los apóstoles; que Ella interceda para que se hagan realidad. Sobre todos vosotros invoco la efusión de los dones del Espíritu, a fin de que también en nuestro tiempo se realice la experiencia de un nuevo Pentecostés. Amén.

II.2. Palabras de saludo al Santo Padre

Mons. Stanisław Rylko

Beatísimo Padre:

El pueblo de los movimientos y de las nuevas comunidades se ha reunido en torno a Vuestra persona rebotante de alegría y de agradecimiento por el don de este encuentro de oración, que será otra piedra miliar en sus vidas y en su servicio a la Iglesia. Respondiendo a la invitación de Vuestra Santidad, este pueblo se ha puesto en camino desde todos los ángulos de la Tierra hacia el corazón de la Iglesia, para revivir con el Sucesor de Pedro el misterio de Pentecostés. Y hoy, con toda la comunidad de los creyentes, regresa idealmente a aquel Cenáculo que se encuentra en los orígenes de la Iglesia y que es fuente perenne de la cual tomar la llama viva del amor apasionado por Cristo y el impulso misionero generado por aquel «ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban» (*Hch* 2, 2). Haciendo memoria de la venida del Paráclito, los movimientos y las nuevas comunidades desean invocar junto con usted, Beatísimo Padre – al igual que hace ocho años con el Siervo de Dios Juan Pablo II – una nueva y abundante efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia y sobre el mundo entero.

Junto con Vuestra Santidad, este pueblo desea dar gracias al Espíritu por el don de la esperanza que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades representan para la Iglesia. Porque es gracias a estos carismas que una muchedumbre de hombres y mujeres de nuestro tiempo, a pesar de todos los vientos contrarios, han descubierto la belleza de ser cristiano y han encontrado la alegría de comunicarlo a los otros. Como prueba de ello, su presencia festiva en la plaza de San Pedro convertida en un Cenáculo al aire libre, testimonia al mundo que ser discípulos de Cristo es bello, que encontrar a Cristo es la más grande y fascinante aventura que se pueda vivir.

Beatísimo Padre, usted nos ha enseñado que el Espíritu Santo, donde irrumpe, siempre suscita sorpresa, desconcierto, estupor porque transforma las personas, cambia el curso de la historia, genera frutos que no habrían podido nacer de la planificación humana. Y hoy queremos elevar nuestro canto de alabanza por los frutos de santidad de vida, de comunión, de valentía y de fantasía misionera que estos carismas hacen florecer en la Iglesia de nuestro tiempo y que son signo de una renovada primavera cristiana.

«Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?» (Is 43, 19-21), dice Dios en la profecía de Isaías. ¡El momento histórico que estamos viviendo es un extraordinario reflejo de las palabras del profeta! Esta plaza pone ante los ojos de todos una maravillosa epifanía de la multiplicidad de los dones con los cuales el Espíritu de Dios sigue enriqueciendo y adornando la Iglesia. Son muy distintos entre ellos, pero están profundamente unidos en el misterio de la comunión eclesial y unánimemente volcados en la misión, un milagro de unidad que San Pablo nos explica cuando escribe: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12, 4-7).

Los movimientos y las nuevas comunidades se han reunido aquí para expresarles una vez más al Sucesor de Pedro: ¡Estamos listos para la misión! ¡La Iglesia puede contar con nosotros! ¡El Papa y los obispos pueden contar con nosotros!

Santidad, bendiga a este pueblo movido por la pasión de la gran causa del Reino de Dios y sediento de escuchar vuestra palabra de padre y maestro en la fe.

Chiara Lubich*

Beatísimo Padre:

Me dirijo a usted en nombre de todos los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales que están representados en esta plaza.

Ante todo, Santidad, queremos expresarle nuestro vivo y profundo agradecimiento por convocarnos y reunirnos de nuevo a todos aquí en el solio de Pedro, junto a usted.

¿Cómo podemos dejar de recordar en este día a su tan amado predecesor, el Santo Padre Juan Pablo II, y nuestro memorable encuentro con él en la Vigilia de Pentecostés de 1998?

Ese día él nos había preanunciado que delante de nosotros se abría «una etapa nueva: la de la madurez eclesial». Había dicho: «La Iglesia se espera de vosotros frutos ‘maduros’ de comunión y de compromiso».¹

Estas palabras tuyas, al igual que todas las otras con las que había definido nuestro lugar en la Esposa de Cristo como una expresión significativa de la dimensión carismática de la Iglesia, igualmente esencial que la dimensión institucional,² las habíamos sentido cargadas de comprensión y de reconocimiento, pero también de una gran responsabilidad. Queremos ser dignos de esta confianza.

En esa ocasión, de acuerdo con otros fundadores, le había prometido al Santo Padre Juan Pablo II que nos comprometeríamos a incrementar la comunión entre los movimientos y las nuevas comunidades.

* El presente texto fue leído por Graziella De Luca en la plaza de San Pedro, en nombre de la fundadora del Movimiento de los Focolares.

¹ JUAN PABLO II, *Discurso en el Encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades en la Vigilia de Pentecostés*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 14.

² Cfr. JUAN PABLO II, *Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los movimientos eclesiales*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 5 de junio de 1998, 5.

Hoy podemos decir que el amor recíproco y la unidad entre todos han crecido superando todas nuestras previsiones.

En efecto, vemos a nuestras comunidades y nuestros movimientos como muchas redes de amor que Dios está tejiendo en el mundo, continuando la obra admirable de las órdenes y las congregaciones religiosas, casi como para anticipar – a nivel de laboratorio – la unidad de la familia humana.

Y nuestro inmenso agradecimiento se dirige a Aquel que sabemos que es el verdadero protagonista del florecimiento de nuestros movimientos: el Espíritu Santo, que siempre nos colma con sus dones.

Él está actuando en nuestra época y a lo largo de los siglos continúa su acción a favor de la Iglesia, la cual, edificada “sobre los cimientos de los apóstoles y los profetas” (*Ef 2, 20*) es la levadura de la civilización del amor.

Santidad, queremos asegurarle que la colaboración y la comunión entre los movimientos y las nuevas comunidades seguirá existiendo, para que en plena comunión y obediencia con usted y con los pastores de la Iglesia, trabajemos para realizar los mismos fines que perseguía Jesús, el primero de todos: la unidad.

Y nuestra amada Iglesia será más una, más familia, más acogedora, más hermosa en su variedad. Dará testimonio de Cristo en sus múltiples características y de María, la Madre de Dios, la carismática por excelencia.

Patti Gallagher Mansfield

Querido Santo Padre:

Le agradecemos de todo corazón que nos haya invitado a este encuentro en la fiesta gloriosa de Pentecostés. Somos sus hijos e hijas; somos hijos e hijas de la Iglesia, hijos de María, y somos el fruto del Concilio Vaticano II.

Santo Padre, en febrero de 1967 se me concedió la gracia, en un retiro de estudiantes de la Universidad de Duquesne, de experimentar el bautismo en el Espíritu Santo, que está en los orígenes de la Renovación Carismática Católica. Quise releer inmediatamente los documentos del Concilio Vaticano II para obtener una guía en la comprensión de mi experiencia. Lo que leí en la *Lumen gentium*, en el número 12, acerca de los dones carismáticos, me animó a seguir abierta al Espíritu Santo y a sus sorpresas. Cada movimiento y comunidad tiene su propia historia especial, pero en cada uno de ellos está la misma realidad: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Rm 5, 5*).

Santo Padre, le damos las gracias por el amor que nos tiene. Gracias por apoyarnos y animarnos constantemente. Gracias por haber dicho que es un amigo de los movimientos y que nosotros somos signo de una nueva primavera. Jesús dijo: «Si uno me ama, guardará mi palabra» (cfr. *Jn 14, 23*), y nosotros estamos aquí dispuestos a recibir su palabra, Santo Padre, y a seguir sus indicaciones, porque le queremos.

Santa Catalina de Siena llamaba al Papa de su tiempo, “papá, el dulce Cristo en la tierra”. Hoy queremos hacernos eco de su ternura y afecto llamándole a usted, el papa Benedicto XVI, “el dulce Cristo en la tierra” *para nosotros*. Estamos completamente a su disposición y al servicio de la nueva evangelización. No nos predicamos a nosotros mismos – ni nuestros movimientos, ni nuestras comunidades, y tampoco

co nuestras obras – no, no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor y a nosotros como siervos del Papa por amor a Jesús (cfr. 2 Cor 4, 5).

Santidad, usted proclamó a la Iglesia y al mundo: “*¡Deus caritas est!*”. Podemos nosotros también unirnos a usted proclamando que Jesús mismo es aquella perla preciosa y aquel tesoro escondido en el campo por lo cual vale la pena abandonar todo (cfr. Mt 13, 46).

Gracias, Santo Padre, por habernos convocado aquí, en el corazón de la Iglesia, porque es aquí que descubrimos la vocación que compartimos como movimientos eclesiales y nuevas comunidades. ¡Nuestra vocación es el amor! Hoy repetimos como nuestras las palabras de Santa Teresa de Lisieux: En el corazón de la Iglesia, nuestra madre, nosotros queremos ser y seremos el amor.

Luis Fernando Figari

Beatísimo Padre:

En esta fiesta de fe quiero compartir la intensa experiencia que me produce meditar sobre aquel bello pasaje de la Escritura que dice: «Estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (*Ap* 3, 20). El Señor Jesús se presenta como quien pide ser recibido. Toca respetuosamente la puerta del corazón y pide ser admitido, para entrar en el ámbito personal. ¡Qué humildad la del Señor! ¡Su amor misericordioso no conoce límite! Llama insistentemente a la intimidad de cada uno, y pide ser escuchado. ¡Qué fiel perseverancia! Se descubre una finalidad escatológica, pero su dinámica empieza aquí en esta tierra con la llamada de Jesús. Oír y abrir al Señor es encontrarse con Él, es guardar su Palabra, es hacerse partícipe de su amor que nos transforma. Quien responde según lo que dice la Virgen María en Caná: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5), escucha y obedece a Cristo, y se abre también al Padre, quien pone su morada en él. La cena nos habla de la comunión a la que estamos invitados, pero también del camino en comunión y amistad con Jesús. Pienso que es una de aquellas magníficas síntesis que nos ofrece la Escritura para alentarnos a recorrer la senda hacia el encuentro pleno y definitivo.

El Verbo eterno hecho hombre en la Inmaculada Virgen María para redimir a los seres humanos viene al encuentro de cada uno para introducirnos en el maravilloso regalo de la reconciliación, con Dios, con uno mismo, con el prójimo, con toda la creación. Él nos llama con amorosa insistencia a vivir la vida cristiana en cada momento, nos enseña desde su luminosa presencia entre nosotros a ser personas según el plan de Dios, Él hace manifiesta nuestra identidad más profunda y responde a las preguntas existencialmente más acuciantes que se hace el ser humano.

Hoy existe un mundo que se cierra a la voz y a la luz de Cristo. La Iglesia, *Ecclesia Sua*, busca con amor iluminar y dar calor a los seres humanos. Como las llamas de fuego de Pentecostés, hoy también el fuego del Espíritu busca incesantemente iluminar las mentes, arder en los corazones, irradiar en la vida. Por ello el Señor Jesús toca a nuestra puerta e invita a una respuesta libre a los hombres y mujeres de hoy.

Cada tiempo tiene sus oscuridades; son los desafíos de esa época. Las crisis personales, la ruptura entre fe y vida, el secularismo asfixiante, el relativismo, el agnosticismo funcional, la pérdida de la identidad cristiana, la hegemonía de lo superficial y rutinario, la incompreensión de lo que significa la realización humana según Dios, nuevas y viejas ideologías y psicologismos que alejan al hombre de su senda, la masificación, las injusticias, el flagelo de la pobreza, la violencia, son todas voces que muchas veces sin saberlo están clamando por una respuesta veraz, de amor, que traiga paz y reconciliación a las personas y a los pueblos. ¡Ése es un clamor por el Señor Jesús! ¡Y es que sólo ÉL es la respuesta a las rupturas e inquietudes del ser humano!

El Espíritu que cubrió a la Virgen en la Anunciación-Encarnación, Aquel que con la manifestación de ardientes lenguas de fuego tocó las mentes y los corazones en Pentecostés, es el mismo que ha suscitado en este tiempo una ola de movimientos eclesiales y otras comunidades de fieles para vivir la vida cristiana, para anunciar al mundo que Cristo es real, que reconcilia al hombre, que le muestra su identidad y lo invita al amor y a la comunión, a participar de la naturaleza divina. Es Dios que viene en auxilio de los seres humanos y, como en tantas otras ocasiones en nuestra bimilenaria historia, suscita en el seno de la Iglesia movimientos que, mostrando la riquísima pluralidad eclesial, contribuyen desde la comunión con Pedro y bajo Pedro a la gran misión de la Iglesia: anunciar al Señor Jesús al mundo, invitando a la transformación del hombre y de las realidades terrenas según el plan divino.

Beatísimo Padre, con inmensa gratitud por sus muy apreciadas enseñanzas y por su aliento tan entusiasta, los miembros de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades hemos de sentirnos, a pesar de nuestra fragilidad, impulsados a un mayor compromiso en la

nueva evangelización, avivando el ímpetu por la coherencia y el ardor testimonial en la Iglesia, buscando nuevos y audaces métodos y expresiones para anunciar a Cristo y sus enseñanzas, desde la experiencia de quien ha escuchado su llamada, ha oído Su voz y se ha abierto a Él en un encuentro vital, dando testimonio, según nos sea concedido por el Espíritu, de la fe, la esperanza y la caridad hasta los confines de la tierra y en todas las realidades de la humanidad.

Con corazón profundamente agradecido, Beatísimo Padre, le decimos: ¡Ayúdenos a seguir el camino de Cristo! ¡Guíenos! ¡Confirmanos en la fe! Muchísimas gracias por todo.

II.3. Reflexiones sobre la salmodia de las Vísperas

La gracia y el don de una oración concorde*

Rezar con los Salmos en la Vigilia de Pentecostés en el lugar que recuerda el martirio del apóstol Pedro es una ocasión espiritual por la que Le estamos muy agradecidos, Santo Padre, de todo corazón. Para nosotros que no sabemos rezar, los Salmos son algo muy valioso: el don de un alfabeto con el que dirigirse al Señor. Él, con su Palabra, nos enseña a rezar: «¡Alabad, siervos de Yahvé, alabad el nombre de Yahvé!». *Laudate pueri*: quien reza, a cualquier edad, encuentra el corazón del niño. Grita el nombre del Señor, como un niño que en la oscuridad busca a su madre. En esto hay una enseñanza para nosotros, nuevas comunidades y movimientos: «si no cambiáis y os hacéis como los niños...» (*Mt* 18, 3). Un carisma fructifica con la oración y con el corazón de niños. ¡Porque es don!

«De la salida del sol hasta su ocaso». El apóstol exhorta: «Orad constantemente» (*1 Ts* 5, 17). Sin descanso: ¿cómo es posible? Somos laicos, inmersos en las cosas del mundo: atraídos y distraídos por ellas. ¿Cómo es posible? La oración no sólo es posible, sino que es necesaria. Dice Jesús: «Separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn* 15, 5). Es verdad. Revivo muchos momentos: las tempestades, las debilidades, la banalidad necia del pecado, males y miserias demasiado grandes. Sin oración nos habríamos resignado. Puedo decirlo al menos por lo que a mí se refiere, al menos por lo que se refiere a mis amigos de la Comunidad de San Egidio.

Cuanto más pasa el tiempo, más sentimos que debemos rezar. La vida comunitaria es una escuela de oración para todos, jóvenes y ancianos: «¡Bendito el nombre de Yahvé, desde ahora y por siempre!». La

* Reflexión sobre el Salmo 112 de Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio.

oración es el tejido en el que el carisma no se apaga ni se vacía en el orgullo, sino que fructifica. Porque el carisma es un don, no es una utopía, ni una ideología, ni un proyecto de poder.

A lo largo de los años hemos visto cómo se encendían y se apagaban las estrellas de las utopías que prometían un mundo nuevo; por otra parte, hemos visto crecer la resignación indiferente al dolor ajeno, complaciente con el mal. Pero la Palabra de Dios, la liturgia y la oración nos han formado con sentimientos muy distintos: un amor tenaz y paciente. Es el amor de Dios, don de Pentecostés, fundamento de todo carisma, que se comunica a nuestros corazones gracias al Espíritu que nos es dado.

El Salmo canta a Dios, «excelso sobre los pueblos». Los devotos judíos lo imaginaban más allá de los cielos: «más alta que los cielos su gloria». Alejado de las miserias de la tierra. En nuestro mundo crecen las distancias (entre grandes y pequeños, entre pueblos y civilizaciones): las grandes distancias generan desprecio, algunas veces conflictos. Sin embargo, quien está verdaderamente lejos de nuestro mundo mezquino es quien está más cerca: «¿Quién como Yahvé, nuestro Dios, con su trono arriba, en las alturas, que se abaja para ver el cielo y la tierra?». El Excelso se inclina. Está escrito en muchas páginas de la Escritura: «En lo excelso y sagrado yo moro, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados» (*Is 57, 15*).

Las vidas humanas no discurren en el olvido, bajo las miradas indiferentes de la gente. El Salmo 11 dice: «Sus pupilas examinan a los hombres». Dios no está distraído, ni es indiferente. Sus ojos rompen la indiferencia. Jesús mira, muchas veces, a los hombres en su dolor, incluso a Pedro después de que le traicionara. El Excelso se inclina y mira. Esto no deja la vida de los hombres y de las mujeres como antes. El Salmo lo canta en dos pequeñas pero eficaces imágenes: el pobre y la estéril.

El pobre. Quien conoce las periferias del mundo ha visto con frecuencia montañas de basura sobre las que a veces juegan los niños. Ha caminado por caminos polvorientos. Pienso en este momento en África

ca, tan entrañable para nosotros. Pero también tengo presentes a los pobres cuya casa es un basurero, a los ancianos abandonados o a los que viven en las cárceles. Desgraciadamente, así es una buena parte del mundo. Pero los hombres no ven ni se inclinan. Dios, en cambio, no es indiferente: «Levanta del polvo al desvalido, alza al pobre del estiércol, para sentarlo en medio de los nobles, en medio de los nobles de su pueblo». El pobre se sienta con dignidad entre los nobles. Estos, si no tienen en cuenta al pobre, pueden convertirse en una asamblea de malvados.

Es un mundo al que el amor le ha dado la vuelta. Sucede: lo hemos visto, con paciencia. No es una utopía. Nace del amor paciente y tenaz que Dios derrama en los corazones de los creyentes. El Dios que escucha el lamento de los pobres y de los humildes: «Fuiste fortaleza para el débil, fortaleza para el pobre en su aprieto» (*Is 25, 4*).

La estéril. No estamos condenados a la esterilidad de vivir para nosotros mismos. Esta es la gran esterilidad: vivir para sí mismos. La estéril del Salmo recuerda las vidas estériles: mujeres de la Biblia, pero también hombres de hoy, ricos de recursos, pero incapaces de dar vida. Hay un mundo de gente rica y estéril que tiene miedo de dar la vida y no sabe hacerlo. También sobre ellos se inclina el Señor: «Se asoma Yahvé desde los cielos hacia los hijos de Adán» (*Sal 14, 2*). El Señor se inclina sobre nosotros. Lo vemos en Jesús: «No fue un mensajero ni un ángel: Él mismo en persona los liberó. Por su amor y su compasión Él los rescató» (*Is 63, 9*). Es la Pascua que hemos celebrado y guardamos en el corazón.

Hoy cantamos la fecundidad de la vida del Espíritu: «Asienta a la estéril en su casa, como madre feliz con hijos». Esto sucede para mucha gente que era rica y estéril. Es nuestra gran alegría de esta tarde, de los que somos ricos y estériles, convertidos finalmente en humildes y fecundos, padres de hijos en esta hermosa casa sin paredes, pero tan fraternal e íntima. Aquí con el Sucesor de Pedro donde siempre encuentran acogida y apoyo los pequeños y grandes carismas que el Señor da a la Iglesia, da a hombres que eran estériles.

Nosotros, comunidades y movimientos, somos gente estéril que,

gracias al amor de Dios que se inclina, hemos recibido un carisma fecundo. Ahora habitamos gozosos como hijos en la Iglesia. Hoy con usted, Santo Padre, con los obispos, con todos vosotros. Además de los presentes, esta tarde hay otros en esta plaza: un gran «pueblo humilde y pobre» – dice Sofonías (So 3, 12). Hay muchos pobres levantados por el amor de estos humildes que somos nosotros.

Es la original alianza de los pobres y de los humildes que vive en la Iglesia, fruto del Espíritu. Se celebra lo que usted, Santo Padre, ha escrito en su encíclica, por la que le estamos agradecidos: «Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí».¹

Juan Crisóstomo, obispo en tiempos difíciles, decía: el Salmo 112 invita al acuerdo en la oración. Gran verdad. Exige cada vez más caridad y estima entre nosotros. Somos diferentes, pero no estamos distantes: llamados por usted, Santo Padre, a comunicar con más amor y fuerza el Evangelio. Somos débiles, pero somos revestidos por una fuerza que viene de lo alto. Por esto damos gracias al Señor con el aleluya que abre y cierra el Salmo, y llevamos en nuestro corazón, dentro de nosotros, una pregunta: «¿Quién como Yahvé, nuestro Dios?».

¹ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 15.

« ¡El Señor reconstruye Jerusalén! »*

Queridísimo Padre:

Gracias por la ocasión que se me ofrece de decir unas palabras. Hemos escuchado el Salmo 146 en el que se nos invita a alabar a Dios porque «El Señor reconstruye Jerusalén».

Jerusalén y sobre todo su templo fueron reconstruidos por Zorobabel y Josué, un laico y un sacerdote. Primero, Moisés y Aarón, después, Pedro y Pablo, los dos testigos de los que habla el Apocalipsis, de ellos podemos decir: carisma e institución. Carisma e institución son igualmente esenciales a la misión de la Iglesia, como dijo el papa Juan Pablo II en Pentecostés de 1998.

En relación a la fiesta que hoy celebramos, el papa Juan Pablo II, en el Simposio de los obispos europeos en 1985, hablando de la necesidad que tiene la Iglesia de una nueva evangelización, dijo: «Para realizar una obra de evangelización eficaz debemos volver a inspirarnos en el primerísimo modelo apostólico. Dicho modelo, originario y paradigmático, lo contemplamos en el Cenáculo: los Apóstoles están unidos y perseverantes con María en espera de recibir el don del Espíritu. Sólo con la efusión del Espíritu comienza la obra de evangelización. El don del Espíritu es el primer motor, la primera fuente, el primer sople de la auténtica evangelización. Es preciso, pues, comenzar la evangelización invocando al Espíritu y buscando dónde sopla el Espíritu (cfr. *Jn* 3, 8). Algunos síntomas de este sople del Espíritu están ciertamente presentes hoy en Europa. Para encontrarlos, sostenerlos y desarrollarlos habrá a veces que dejar esquemas atrofiados para ir allí donde inicia la vida, donde vemos que se producen frutos de vida “según el Espíritu” (cfr. *Rm* 8)».¹

* Reflexión sobre el Salmo 146 de Kiko Argüello, iniciador del Camino Neocatecumenal.

¹ JUAN PABLO II, *Discurso en el VI Simposio de los obispos del Consejo de las Conferencias episcopales de Europa*, “L’Osservatore Romano”, edic. en lengua española, 20 de octubre de 1985, 11.

El Papa dijo esto a los obispos europeos después de haber hablado de la destrucción de la familia y de la secularización de Europa, afirmando que el Espíritu Santo ya ha respondido. ¡Está respondiendo! Podríamos decir: aquí estamos, Santo Padre, esta es la respuesta, aquí están los nuevos carismas, las nuevas realidades que el Espíritu Santo suscita como ayuda para los sacerdotes, para las parroquias, para los obispos, para el Papa. “El Señor reconstruye Jerusalén”.

Todos necesitamos que la eclesiología del Vaticano II se haga realidad, una eclesiología de comunión, de la Iglesia como cuerpo. En definitiva, que el Concilio Vaticano II se cumpla hoy es más urgente que nunca. El papa Juan XXIII en la Constitución apostólica *Humanae salutis* con la que convocaba el Concilio empezaba diciendo: «La Iglesia asiste hoy a una crisis real de la sociedad. Cuando la humanidad está en los comienzos de una nueva era, tareas de una inmensa gravedad y amplitud esperan a la Iglesia, como en las épocas más trágicas de su historia. Se trata, en efecto, de poner en contacto con las energías vivificantes y perennes del Evangelio al mundo moderno».² El papa Juan XXIII profetizó lo que hoy es una realidad «los comienzos de una nueva era», la postmodernidad, el ateísmo nihilista, la apostasía de Europa. El Apocalipsis dice que el Cordero degollado vence a la bestia. Los cristianos, para convertirse en este cordero, necesitan los carismas, necesitan las nuevas realidades eclesiales, los movimientos, las nuevas comunidades. Todos necesitamos una fe adulta y, por lo tanto, hace falta abrir en las parroquias la iniciación cristiana. Comunidades como la Santa Familia de Nazaret. Nuestro Señor Jesucristo para llegar a ser adulto necesitó tener una familia, la Familia de Nazaret. La pequeña comunidad cristiana salva a la familia y la familia salva a la Iglesia. Esta es la misión del Camino Neocatecumenal en la Iglesia y en las parroquias.

Termino, Santidad, diciendo que el Camino Neocatecumenal, jun-

² JUAN XXIII, Constitución apostólica *Humanae salutis*, n. 3.

«¡El Señor reconstruye Jerusalén!»

to con muchos otros que hoy están presentes aquí en esta plaza, son el signo de que este Salmo se realiza: «El Señor reconstruye Jerusalén», el Señor reconstruye su Iglesia.

Espero que este hecho, en esta tarde admirable de Pentecostés de 2006 sea para usted y para todos nosotros un signo de esperanza y de gran consolución.

La fascinación incontestable del cristianismo. Cristo, mendigo del corazón del hombre*

«El verdadero protagonista de la historia es el mendigo: Cristo, mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo».¹ Con estas palabras, hace ocho años, concluyó don Giussani su intervención precisamente aquí, en la plaza de San Pedro, arrodillado ante Juan Pablo II. Hoy volvemos como mendigos, todavía más deseosos de Cristo, llenos de asombro al ver cómo Cristo ha seguido mendigando nuestro corazón.

1. «GRANDES Y MARAVILLOSAS SON TUS OBRAS, SEÑOR, DIOS TODOPODEROSO; JUSTOS Y VERDADEROS TUS CAMINOS, ¡OH REY DE LAS NACIONES!»

También nosotros podemos decir, como los mártires del Apocalipsis tras haber visto su victoria: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso». ¿Cuáles son las obras que nos hacen cantar? La resurrección de Cristo que, por obra del Espíritu Santo, nos ha aferrado en el bautismo, y nos ha hecho “suyos”.

Por la victoria de Cristo exultamos de gozo y de gratitud al ver cómo Él, aferrando toda nuestra humanidad, la lleva a una plenitud sin igual, instándonos a no vivir ya para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros (cfr. 2 Cor 5, 14-15). En la carne, en los acontecimientos de la vida, es donde se nos concede la gracia de vivir esta novedad: «Esta vida en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2, 20). El asombro por el amor que

* Reflexión sobre el Cántico (Ap 15, 3-4) de don Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

¹ L. GIUSSANI, *Cristo, mendicante del cuore dell'uomo*, en: *Il Papa e i Movimenti*, Pontificio Consiglio per i Laici, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 1998, 39 (Tdt).

Cristo tiene por cada uno de nosotros domina nuestra vida, porque «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (*ibíd.*). De este modo hemos experimentado «el poder de su resurrección» (*Flp 3, 10*).

Esta es la derrota de la nada que se cierne siempre sobre el hombre, y que tantas veces le hace dudar de que exista una respuesta que corresponda a las exigencias de verdad, de belleza, de justicia, de felicidad de su corazón, porque nada es capaz de fascinarlo totalmente durante mucho tiempo. En efecto, «sin la resurrección de Cristo queda una sola alternativa: la nada».² En Cristo resucitado, en cambio, vemos la victoria del Ser sobre la nada, y con ello se reaviva en nosotros la única esperanza que no falla (*cfr. Rm 5, 5*).

Gracias al encuentro con el carisma de don Giussani, en el gran cauce de la Iglesia, Cristo ha llegado a ser cada vez más familiar, más que nuestro padre y nuestra madre, hasta suscitar en nosotros la pregunta: «¿Quién eres Tú, oh Cristo?», conforme al mismo método que llevó a los discípulos de la experiencia del encuentro con la humanidad de Cristo a la gran pregunta sobre su divinidad. Es así cómo nosotros, los bautizados, nos hemos revestido de Cristo (*cfr. Ga 3, 27*). Esta es la fascinación incontestable del cristianismo: nos hace partícipes de un acontecimiento que aferra todo nuestro yo y nos rescata cada vez que flaqueamos, al igual que a los discípulos de Emaús, que decían conmovidos: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (*Lc 24, 32*). Así, a la luz de los dones del Espíritu, toda la realidad y la vida entera atestiguan que la fe en Cristo, destino y salvación del mundo, es razonable.

2. «¿QUIÉN NO TEMERÁ, SEÑOR, Y NO GLORIFICARÁ TU NOMBRE? PORQUE SÓLO TÚ ERES SANTO»

El reconocimiento del Señor es fácil por la imponencia de su amor, que resplandece en sus obras. Como lo fue para el pueblo de

² L. GIUSSANI, *Cristo resucitado, la derrota de la nada*, en: "Huellas", n. 4, abril de 2006, 5.

Israel, que ante el brazo poderoso de Dios, temió al Señor y creyó en Él (cfr. *Ex* 14, 31). Basta que nuestra libertad ceda ante Cristo y, como Su Santidad nos ha recordado de manera admirable en su encíclica, se deje implicar por Cristo en la «dinámica de su entrega» a nosotros.³ En la persona de Jesucristo esta entrega alcanza un «realismo inaudito»: el Dios encarnado adquiere un atractivo tan irresistible que «nos atrae a todos hacia sí».⁴ El hombre que se encuentra con Él siente que corresponde de tal modo a la espera de su corazón que, ante la manifestación de la belleza de su santidad, no duda en exclamar: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (*Jn* 6, 68-69).

Pero muchas veces, como el mismo Pedro, advertimos también todo el drama de la humana libertad que, en lugar de abrirse confiada al reconocimiento, asombrado y agradecido, del Señor presente, puede cerrarse en una pretensión orgullosa de autonomía o en el escepticismo, tal vez llegando a la desesperación ante la propia impotencia y ante la imponente del mal. Sin embargo, como Su Santidad nos ha recordado también en la encíclica, la santidad de Dios se muestra en el amor apasionado por su pueblo, por cada hombre, amor que a la vez perdona.⁶ Toda la fragilidad del hombre y su traición, todas las negras posibilidades de la historia se ven atravesadas por la pregunta dirigida a Pedro aquel amanecer en la orilla del lago: «¿Me amas?» (*Jn* 21, 17). Con esta pregunta, sencilla y definitiva, la santidad única de Dios revela su inconcebible y misteriosa profundidad en la humanidad de Cristo: Dios es misericordia. En ella el hombre, cada uno de nosotros, es creado de nuevo en la verdad de su dependencia original, y la libertad florece de nuevo como adhesión humilde y dichosa, cargada de petición: «Sí, Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero» (*ibíd.*). En este “sí” libre de la criatura, dentro de las circunstancias de la vida, se

³ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 13.

⁴ *Ibíd.*, n. 12.

⁵ *Ibíd.*, n. 14.

⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 10.

refleja y obra la gloria de Dios: «*Gloria Dei vivens homo*». ⁷ La gloria de Dios es el hombre que vive.

3. «TODAS LAS NACIONES VENDRÁN, SEÑOR, Y SE POSTRARÁN ANTE TI, PORQUE HAN QUEDADO DE MANIFIESTO TUS JUSTOS DESIGNIOS»

El juicio del Apocalipsis nos desvela la verdad del último día, cuando todos vendrán y se postrarán en el reconocimiento de que Jesús es el Señor, y Cristo será definitivamente «todo en todos» (*Col 3, 11*). Este juicio luminoso no está en contradicción con un mundo que parece alejarse de Dios. Pero la dramática situación en la que vivimos vuelve más urgente la apremiante pregunta de Cristo: «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?» (*Lc 18, 8*).

Responder a esta pregunta nos hace conscientes del alcance de este encuentro. Y al reunirnos hoy alrededor de Pedro nos afianzamos en la certeza de que la plenitud final vive ya en la pertenencia a la Iglesia, al «pequeño rebaño», anticipo y prenda de la manifestación definitiva. Pero, al mismo tiempo, nos apremia la tarea a la que estamos llamados. Como en el primer Pentecostés, también nosotros hemos sido elegidos, llamados a convertirnos en testigos de la belleza de Cristo ante todas las naciones. ¡Qué sencillez de corazón hace falta para dejarse plasmar por Cristo, de manera que toda nuestra vida cotidiana resplandezca de novedad, desde el trabajo a la familia, desde las relaciones a las iniciativas! Lo único que podrá suscitar en los que vayamos encontrando el deseo de venir con nosotros a postrarse ante el Señor es que vean realizada en nosotros la promesa de Cristo de que quien le siga recibirá el ciento por uno aquí y ahora (cfr. *Mc 10, 29-30*).

⁷ SAN IRENEO, *Adversus haereses*, IV, 20, 7.

APÉNDICE

«Su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia»

*Homilía del Santo Padre Benedicto XVI
en la misa del Domingo de Pentecostés,
plaza de San Pedro, 4 de junio de 2006*

Queridos hermanos y hermanas:

En el día de Pentecostés el Espíritu Santo descendió con fuerza sobre los apóstoles; así comenzó la misión de la Iglesia en el mundo. Jesús mismo había preparado a los Once para esta misión al aparecerseles en varias ocasiones después de la resurrección (cfr. *Hch* 1, 3). Antes de la ascensión al cielo, «les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre» (cfr. *Hch* 1, 4-5); es decir, les pidió que permanecieran juntos para prepararse a recibir el don del Espíritu Santo. Y ellos se reunieron en oración con María en el Cenáculo, en espera de ese acontecimiento prometido (cfr. *Hch* 1, 14).

Permanecer juntos fue la condición que puso Jesús para acoger el don del Espíritu Santo; presupuesto de su concordia fue una oración prolongada. Así nos da una magnífica lección para toda comunidad cristiana. A veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una esmerada programación y de su sucesiva aplicación inteligente mediante un compromiso concreto. Ciertamente, el Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier respuesta nuestra se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia. Las raíces de nuestro ser y de nuestro obrar están en el silencio sabio y providente de Dios.

Las imágenes que utiliza San Lucas para indicar la irrupción del Espíritu Santo – el viento y el fuego – aluden al Sinaí, donde Dios se había revelado al pueblo de Israel y le había concedido su alianza

(cfr. *Ex* 19, 3 ss.). La fiesta del Sinaí, que Israel celebraba cincuenta días después de la Pascua, era la fiesta del Pacto. Al hablar de lenguas de fuego (cfr. *Hch* 2, 3), San Lucas quiere presentar Pentecostés como un nuevo Sinaí, como la fiesta del nuevo Pacto, en el que la alianza con Israel se extiende a todos los pueblos de la tierra. La Iglesia es católica y misionera desde su nacimiento. La universalidad de la salvación se pone significativamente de relieve mediante la lista de las numerosas etnias a las que pertenecen quienes escuchan el primer anuncio de los apóstoles (cfr. *Hch* 2, 9-11).

El Pueblo de Dios, que había encontrado en el Sinaí su primera configuración, se amplía hoy hasta superar toda frontera de raza, cultura, espacio y tiempo. A diferencia de lo que sucedió con la torre de Babel (cfr. *Gn* 11, 1-9), cuando los hombres, que querían construir con sus manos un camino hacia el cielo, habían acabado por destruir su misma capacidad de comprenderse recíprocamente, en Pentecostés el Espíritu, con el don de las lenguas, muestra que su presencia une y transforma la confusión en comunión. El orgullo y el egoísmo del hombre siempre crean divisiones, levantan muros de indiferencia, de odio y de violencia. El Espíritu Santo, por el contrario, capacita a los corazones para comprender las lenguas de todos, porque reconstruye el puente de la auténtica comunicación entre la tierra y el cielo. El Espíritu Santo es el Amor.

Pero, ¿cómo entrar en el misterio del Espíritu Santo? ¿Cómo comprender el secreto del Amor? El pasaje evangélico de hoy nos lleva al Cenáculo donde, terminada la última Cena, los apóstoles se sienten tristes y desconcertados. El motivo es que las palabras de Jesús suscitan interrogantes inquietantes: habla del odio del mundo hacia Él y hacia los suyos, habla de su misteriosa partida y queda todavía mucho por decir, pero por el momento los apóstoles no pueden soportar esa carga (cfr. *Jn* 16, 12). Para consolarlos les explica el significado de su partida: se irá, pero volverá; mientras tanto no los abandonará, no los dejará huérfanos. Enviará al Consolador, al Espíritu del Padre, y será el Espíritu quien les dará a conocer que la obra de Cristo es obra de amor: amor de Él que se ha entregado y amor del Padre que lo ha dado.

Este es el misterio de Pentecostés: el Espíritu Santo ilumina el corazón humano y, al revelar a Cristo crucificado y resucitado, indica el camino para llegar a ser más semejantes a Él, o sea, ser «expresión e instrumento del amor que proviene de Él» (*Deus caritas est*, 33). Reunida con María, como en su nacimiento, la Iglesia hoy implora: «*Veni, Sancte Spiritus!*» – «¡Ven, Espíritu Santo! Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Amén.

« Un único movimiento animado por el Espíritu Santo »

*Palabras del Santo Padre Benedicto XVI
antes de recitar la oración mariana Regina Coeli
Plaza de San Pedro, 4 de junio de 2006*

Queridos hermanos y hermanas:

La solemnidad de Pentecostés, que celebramos hoy, nos invita a volver a los orígenes de la Iglesia, que, como afirma el Concilio Vaticano II, “se manifestó por la efusión del Espíritu” (*Lumen gentium*, 2). En Pentecostés la Iglesia se manifestó una, santa, católica y apostólica; se manifestó misionera, con el don de hablar todas las lenguas del mundo, porque a todos los pueblos está destinada la buena nueva del amor de Dios. “El Espíritu – enseña también el Concilio – conduce a la Iglesia a la verdad total, la une en la comunión y el servicio, la construye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos, y la adorna con sus frutos” (*ib.*, 4).

Entre las realidades suscitadas por el Espíritu en la Iglesia están los movimientos y las comunidades eclesiales, con las que ayer tuve la alegría de reunirme en esta plaza, en un gran encuentro mundial.

Toda la Iglesia, como solía decir el papa Juan Pablo II, es un único gran movimiento animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa la historia para regarla con la gracia de Dios y hacerla fecunda en vida, bondad, belleza, justicia y paz.

ÍNDICE

Introducción	
<i>Mons. Stanisław Ryłko</i>	V

PARTE I

II Congreso mundial de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades

I.1. Mensajes

Mensaje de Su Santidad Benedicto XVI	5
Carta del Congreso al Santo Padre	9

I.2. Conferencias

La belleza de Cristo y la misión de la Iglesia

Nuevos frutos de madurez eclesial	
<i>Mons. Stanisław Ryłko</i>	15
Cristo, la más hermosa de las personas	
<i>Card. Christoph Schönborn, O.P.</i>	29
La belleza de ser cristianos	
<i>Card. Marc Ouellet, P.S.S.</i>	41
Movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la misión de la Iglesia. Prioridades y perspectivas	
<i>Card. Angelo Scola</i>	59

I.3. Mesas redondas

El encuentro con la belleza de Cristo. Itinerarios educativos

Introducción	
<i>Matteo Calisi</i>	89
En el origen de todo, el descubrimiento de que “Dios es amor”	
<i>Alba Sgariglia</i>	91
Pequeñas comunidades cristianas para la nueva evangelización	
<i>Kiko Argüello</i>	99
La respuesta a una exigencia humana	
<i>Giancarlo Cesana</i>	107
Una oración escuchada más allá de cualquier previsión	
<i>Patti Gallagher Mansfield</i>	111
Una gracia destinada a todos los cristianos	
<i>Laurent Fabre, S.I.</i>	117
Vivir la bendición de Dios compartiendo la vida	
<i>Jean Vanier</i>	121

Dar razón de la belleza de Cristo en el mundo actual

Introducción	
<i>Alberto Savorana</i>	127
Entre sectas y <i>new age</i>	
<i>Bernard Peyrous</i>	131
En la relación con el islam	
<i>Mons. Fouad Twal</i>	143
En la educación de los jóvenes	
<i>Luis Fernando Figari</i>	149

En la presencia de los católicos en la sociedad <i>Dino Boffo</i>	161
En situaciones de pobreza y de violencia <i>Andrea Riccardi</i>	167

I.4. Meditaciones litúrgicas

Cristianos, es decir, <i>christóphoroi</i> en el corazón del mundo <i>Mons. Stanisław Ryłko</i>	177
Nueva audacia, nueva creatividad y renovada generosidad <i>Mons. Vincenzo Paglia</i>	181
Seguir a Cristo <i>Mons. Josef Clemens</i>	185

PARTE II

Encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI Vísperas de la Vigilia de Pentecostés

II.1. La palabra del Papa

Homilía del Santo Padre	195
-----------------------------------	-----

II.2. Palabras de saludo al Santo Padre

<i>Mons. Stanisław Ryłko</i>	207
<i>Chiara Lubich</i>	209
<i>Patti Gallagher Mansfield</i>	211
<i>Luis Fernando Figari</i>	213

II.3. Reflexiones sobre la salmodia de las Vísperas

La gracia y el don de una oración concorde <i>Andrea Riccardi</i>	219
«¡El Señor reconstruye Jerusalén!» <i>Kiko Argüello</i>	223
La fascinación incontestable del cristianismo. Cristo, mendigo del corazón del hombre <i>Don Julián Carrón</i>	227

APÉNDICE

«Su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia»	233
«Un único movimiento animado por el Espíritu Santo»	237

COLECCIÓN «LAICOS HOY»

Los textos publicados en la colección “ Laicos hoy ” recogen las actas de los diversos eventos organizados por el Consejo Pontificio para los Laicos (congresos, seminarios de estudio, asambleas plenarias). Se editan en italiano, inglés, francés y español.

1. *Redescubrir el Bautismo*, XVII Asamblea plenaria, 27-31 de octubre de 1997 (€ 6,00).
2. *Los movimientos en la Iglesia*, Congreso mundial de los movimientos eclesiales, 27-29 de mayo de 1998 (€ 10,00). Disponible sólo en italiano e inglés.
3. *Redescubrir la Confirmación*, XVIII Asamblea plenaria, 27 de febrero-2 de marzo de 1999 (€ 10,00).
4. *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los obispos*, Seminario de estudio, 16-18 de junio de 1999 (€ 10,00).
5. *Congreso del laicado católico – Roma 2000*, Congreso internacional, 25-30 de noviembre de 2000 (€ 15,00).
6. *Ecumenismo y diálogo interreligioso: la contribución de los fieles laicos*, Seminario de estudio, 22-23 de junio de 2001 (€ 10,00). Disponible sólo en italiano.
7. *Redescubrir la Eucaristía*, XX Asamblea plenaria, 21-23 de noviembre de 2002 (€ 6,00).
8. *Hombres y mujeres: diversidad y recíproca complementariedad*, Seminario de estudio 30-31 de enero de 2004 (€ 10,00). Disponible sólo en italiano e inglés.

9. *Redescubrir el verdadero rostro de la parroquia*, XXI Asamblea plenaria, 24-28 de noviembre de 2004 (€ 10,00). Disponible sólo en italiano.
10. *El mundo del deporte hoy: campo de compromiso cristiano*, Seminario de estudio 11-12 de noviembre de 2005 (€ 10,00). Disponible en italiano e inglés.

Los textos de la colección pueden ser solicitados en las oficinas del Consejo Pontificio para los Laicos.

Dirección Postal: Consejo Pontificio para los Laicos
Palazzo San Calisto
00120 Città del Vaticano

Oficina: Piazza San Calisto, 16 (Trastevere)
00153 ROMA

Teléfono: + 39 (0)669887396

Fax: + 39(0)669887214

E-mail: pcpl@laity.va

